

LA ORACIÓN

PEDRO JOSÉ DE CLORIVIÈRE

NOTA ACLARATORIA

Las notas están tomadas de la edición crítica publicada por el P. RAYEZ, S. I., aunque en este libro sólo se ponen las que han parecido útiles para aclarar o profundizar el texto del P. Clorivière. Para conocer la totalidad hay que recurrir a la edición francesa.

La INTRODUCCIÓN es del P. RAYEZ (ed. crítica citada: Desclée, París, 1961).

El texto del P. Clorivière es el de la edición española publicada en Méjico, pero se han hecho algunas pequeñas correcciones y se han añadido algunos párrafos que figuran en el edición crítica y no en la traducción española antedicha.

La presentación del texto se ha cambiado algo para facilitar su lectura.

INTRODUCCIÓN

Muy pronto hará dos siglos que se escribieron las CONSIDERACIONES SOBRE EL EJERCICIO DE LA ORACIÓN. Su autor Pedro José de Clorivière, iba con frecuencia a dar instrucciones espirituales a los ermitaños instalados en el Mont-Valérien, cerca de París. El hermano Théodule, superior de la comunidad, consciente de la profundidad y seguridad de aquella enseñanza, lo invitó a redactar su doctrina sobre la oración; lo incluiría a continuación del "DIRECTORIO DE LOS ERMITAÑOS" que se estaba volviendo a imprimir. Efectivamente, el DIRECTORIO se imprimió, pero en él no se pusieron las CONSIDERACIONES.

I.- ORIGEN DE LA OBRA

Las CONSIDERACIONES se habían acabado en 1778 y conocieron las vicisitudes de la censura. Joseph Grisel, "hombre experimentado en los caminos de Dios" y superior eclesiástico de los ermitaños, había dado su aprobación. Mons. de Beaumont, arzobispo de París, pide la revisión a Antoine Jacquier, superior general de los lazaristas. Se consulta a varias personas y se sugiere a Clorivière que suprima de su escrito la exposición de la oración pasiva o que explique las razones por las que la ha incluido.

En la obra no había ni rastro de quietismo y los ermitaños tampoco eran sospechosos. Sin embargo, "LAS NOTICIAS ECLESIASTICAS" vigilaban. En el mismo momento en que Clorivière componía su tratado el periódico jansenista la había tomado con la doctrina del P. Grisel sobre los estados de oración.

Ciertamente la ortodoxia de su "AÑO RELIGIOSO" estaba fuera de duda, pero se comprende la vigilancia de los censores del arzobispado cuando los jansenistas de la capital ponían en la picota a un sacerdote influyente de la diócesis.

Sin embargo, los censores habían rectificado su primera actitud y, antes de recibir las explicaciones solicitadas, hicieron saber al autor, el 2 de julio de 1779

Por entonces Clorivière había aceptado volver a su diócesis de origen.

El obispo de Saint-Malo, Mons. des Laurents le había ofrecido la primera parroquia vacante; fue la de Paramé, para la que fue nombrado el Padre el 4 de diciembre siguiente. El nuevo pastor ya no pensó más en la publicación y los hermanos, para evitarle cualquier disgusto, reeditaron su DIRECTORIO sin incluir en él las CONSIDERACIONES.

Sin embargo, aparecieron 23 años más tarde en 1802. Hasta entonces, en efecto, Clorivière, convertido en director espiritual cada vez más consultado y en fundador de Sociedades religiosas en las que la vida de oración es particularmente apreciada, tiene ocasión con frecuencia de sugerir la doctrina de sus CONSIDERACIONES e incluso de dar a leer pasajes, si no el manuscrito completo.

II.- NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA OBRA: "LECTURA Y EXPERIENCIA" DE CLORIVIÈRE

Las CONSIDERACIONES forman un tratado sustancial de la oración y sin duda único en su género en aquellos tiempos. Por eso merece los elogios que se le concedieron.

J. -V. Bainvel verá en Clorivière "un maestro... que conoce a fondo el terreno en que se mueve" y que lo hace con claridad, precisión, justeza, seguridad y discernimiento; y H. Monier-Vinard, "un hombre al que le son familiares los senderos más arduos de la mística y que habla de ellos a la vez «exprofeso» y por experiencia".

Apoyado en un sólido conocimiento de la Teología espiritual, este manual, en efecto, emplea la experiencia personal del autor y la de los más auténticos espirituales. Clorivière explica con sencillez:

"Nos hemos contentado con los conocimientos adquiridos por la lectura y la experiencia y con las luces que el Espíritu Santo suele conceder a los que piden humildemente su ayuda".

Parece que sería relativamente fácil y fructífero recordar los autores en que más se inspira el P. de Clorivière. En realidad su doctrina sobre la oración,

Parece que sería relativamente fácil y fructífero recordar los autores en que más se inspira el P. de Clorivière. En realidad su doctrina sobre la oración, e incluso en cierto modo su experiencia personal se unen a un movimiento espiritual a la vez carmelitano, de S. Francisco de Sales e ignaciano, cuyos rasgos esenciales son constantes:

- Libertad del alma bajo la dirección del Espíritu Santo.
- Estrecha unión entre la abnegación o la “mortificación” y la oración.
- Insistencia en la vida y la oración de recogimiento y abandono en manos del Señor.
- Modo de vivir conforme a Cristo.

Este movimiento espiritual comienza con Sta. Teresa de Ávila, cuyos escritos conoce perfectamente Clorivière.

Pasa por S. Juan de la Cruz, del que se toman preferentemente las descripciones de las noches y las pruebas del alma¹.

Es notablemente orquestado y divulgado por S. Francisco de Sales, cuya influencia se advierte en todos los que, después de él, hablan más o menos de la oración.

Esta doctrina de la oración es recogida luego, y se podría decir revitalizada, por la corriente espiritual del P. Louis Lallemant y sus mejores discípulos, Jean-Joseph Surin, Jean Rogoleuc y Vicent Huby.

La querrela Bossuet-Fénélon, por otro lado, tiene la ventaja de clarificar el vocabulario de la oración y subrayar la perfecta ortodoxia de la doctrina.

Y Jean-Pierre Caussade no dudará en hacer a Bossuet sostener unas tesis que habrían alarmado al ilustre prelado, si el prudente jesuita no tuviera la tranquila audacia de extraerlas de los mismos escritos del obispo de Meaux.

Durante aquel tiempo la doctrina de la oración que transmitía esta corriente espiritual, todos los días era divulgada, sin ruido de controversia y en un lenguaje común, por las “INSTRUCCIONES FAMILIARES” de Noël Courbon, cuya influencia durará dos siglos sin interrupción.

¹ Capítulo 39.

El tratado de las CONSIDERACIONES es heredero de estos maestros y como su portavoz: es verdaderamente "SU" manual de oración. En él se encuentra:

- la doctrina común,
- el vocabulario, cuyo tecnicismo se ha evitado a propósito,
- las nociones principales y las divisiones esenciales,
- los principios fundamentales.

También este manual práctico "jalona de claridad" el camino de la oración. En efecto, no parece que se pueda encontrar en otra parte una exposición tan clara, tan metódica y tan matizada de los grados de la oración y más en especial de los criterios que permiten acceder a un nuevo estado de oración.

La vida mística de Clorivière nos ha sido como revelada en estos últimos tiempos por la publicación de su diario espiritual y las cuentas de conciencia dadas a sus superiores y por los primeros intentos de estudio de su experiencia.

Entre la experiencia y la enseñanza han surgido aproximaciones que recaen en puntos esenciales:

Oración de quietud en sus distintas formas.

Oración de unión.

Conciencia y sentimiento de presencia, confusa o distinta, del Señor y de la Virgen.

Adhesión unitiva.

Visiones imaginativas e intelectuales,

sin contar las palabras interiores.

Estas confrontaciones son muy esclarecedoras; frecuentemente ilustrarán el comentario del tratado.

Efectivamente, Clorivière describe su propio estado espiritual y sus vicisitudes en un estilo sencillo y tradicional, al alcance de sus dirigidos y de cualquier alma. El querría preparar a cada uno para la unión transformante como se preparaba él mismo.

- por medio de una estrecha dependencia del Espíritu Santo - “obrar en todo, escribe, en una entera dependencia del Espíritu Santo”².

- de una conformidad amorosa y crucificante con Cristo Jesús,

- de una sed de purificación y transparencia que ampara la preocupación por la abnegación continua en todas las cosas.

Por eso conviene repetir el juicio que daba de Clorivière uno de los mejores conocedores de su mística:

“Todo esto nos muestra a un hombre al que se le han concedido los favores más destacados y que habla con conocimiento de causa. Además es un excelente teólogo; si hemos tratado cuidadosamente de penetrar en su pensamiento es porque él es un maestro indiscutible en estas cuestiones tan delicadas; su palabra tiene autoridad y es difícil encontrar un guía más competente y al mismo tiempo más seguro”.

III.- LÍNEAS MAESTRAS DE LA OBRA

La obra tiene dos partes:

- 1) Sobre la oración.
- 2) Sobre la oración mental de desigual extensión e importancia.

1) SOBRE LA ORACIÓN.

La primera parte apenas necesita ser presentada. Sus catorce capítulos, cada uno de una página por término medio, ofrecen una doctrina teológica profunda y que ensancha el corazón, sobre:

- la naturaleza y la excelencia de la oración,
- su necesidad,
- sus ventajas
- sus características,
- las intenciones y peticiones de la oración,

² “Notes intimes”, 16 feb. 1766, Tomo I, p. 145, sobre todo p. 279. La “dependencia del Espíritu Santo” es una de las características más profundas de la espiritualidad de Clorivière.

- su preparación,
- sus tentaciones,
- sus distracciones.

En fin, sobre el espíritu de oración.

Nuestra oración es comunitaria y litúrgica³ eminentemente eclesial y universal⁴. Oramos en, con y por la Iglesia “en calidad de miembros del Cuerpo Místico de Cristo”. Por este hecho la doctrina de Clorivière es profundamente escriturística: nada que no se fundamente en la Escritura; hay que orar con las mismas palabras de la Escritura⁵. En definitiva, doctrina esencialmente paulina⁶: Cristo está en el centro, pues “por Cristo y en Cristo” adquiere la oración su sentido, su valor y su eficacia.

El tratado de las CONSIDERACIONES alcanza sus verdaderas dimensiones únicamente si comprendemos que Cristo es el TODO de nuestra vida y de la vida del mundo. ¡Qué pasión por Cristo hay en Clorivière! ¡Qué acentos de confianza y de triunfo!

“Recuerde, escribiré a una dirigida el 27 de diciembre de 1805, recuerde lo que le he dicho con frecuencia, que no tiene que considerarse aparte y como separada de Ntro. Señor... El es la vid, Vd. una de las ramas; no deje de ser lo que es; no pierda ese fondo de miseria que le es propio, pero que está como absorbido en la grandeza, en la santidad inmensa del Señor, a la que está Vd. unida”.⁷

Y a otra persona con la que se escribía: “El alma nunca tiene que considerarse aislada, sino siempre en unión con Jesucristo, con quien no forma más que un mismo todo ante Dios cuando quiere sinceramente ser suya. Sus riquezas, su caridad, las virtudes, los méritos de Jesucristo, todo en Jesucristo y Jesucristo mismo es nuestro todo entero”.⁸

³ 1ª parte, Cap. 5.

⁴ 1ª parte, caps. 8, 11, etc.

⁵ 1ª parte, caps. 1, 8, 11, etc.

⁶ 1ª parte, Cap. 1; 2ª parte, Cap. 21, ...

⁷ A adelaïde de Cicé, *Lettres*, p. 364.

⁸ A Mlle. de Virel, HCM y sobrina de Clorivière, 13 julio 1806, *Lettres*, pp. 691-692. Esta doctrina profundamente dilatoria ya está expuesta en la “Lettre à une persone tourmentée”, p. 486, y la encontramos también en una carta a A. Lange, sacerdote del Corazón de Jesús, el 19 de enero de 1812, *Lettres*, p. 837.

Este sentido de Cristo y de nuestra vida en Cristo da a la oración su perspectiva real. La oración no es un repliegue sobre sí: es la unión con Cristo y, en Cristo, con toda la Iglesia.

Precisamente es en la oración donde Clorivière captó la significación objetiva de la misma, o mejor donde la recibió. Esta es en adelante nuestra vida de bautizados: imagen del Padre, a imagen del Hijo Primogénito. “Señor, acaba tu obra y, por la gloria de tu Santo Nombre, imprime en mí la divina semejanza, y haz de mí en mis sentimientos y afectos interiores y en toda mi conducta exterior una perfecta imagen tuya”.⁹

Toda esta doctrina, tan profundamente vivida por Clorivière, está recogida ya desde el primer capítulo de sus CONSIDERACIONES en una página magnífica que se ofrece al lector como un acto de fe y un pórtico solemne.

- “Como siempre oramos por Jesucristo y en JC., en calidad de miembros de su Cuerpo Místico,
- como, según el Apóstol, el mismo Espíritu Santo suple a nuestra debilidad y ora en nosotros con gemidos inefables (Rom. 8,26),
- orar es estrechar los lazos que el Hijo de Dios ha querido contraer con nosotros,
- es servirle de instrumento en cierto modo,
- es aparecer ante su Padre revestido de sus méritos como él mismo quiso aparecer revestido de nuestros pecados,
- es llegar a ser, conjuntamente con él y en dependencia de él, intercesor por todo el género humano y especialmente por la Iglesia,
- es, en fin, usar un poder sobrenatural que sólo Dios ha podido darnos como a sus hijos queridos, y seguir el atractivo y el impulso de su Espíritu Santo”¹⁰

2) SOBRE LA ORACIÓN MENTAL

El estudio de la oración mental, activa y pasiva, se fundamenta en la Teología y la experiencia. Parece útil analizarla aquí en sus grandes líneas para descubrir mejor su riqueza y su profundidad; insistiremos en el progreso de la oración, sus grados, sus pruebas y las intervenciones especiales de Dios.

⁹ Conclusión del retiro de 1768, “Notes intimes”, tomo I, pp. 273-274.

¹⁰ 1ª parte, Cap. I.

ESPÍRITU Y ORACIÓN MENTAL

Los seis primeros capítulos de esta segunda parte constituyen la entrada en materia. Muestran la importancia de la oración, sus dificultades y sus ilusiones. De entrada importa subrayar que la oración mental se presenta como fácil y conveniente para todo el mundo (capítulos 2 y 3):

“No hay nadie que no pueda hacer oración” afirma el título del capítulo 2º. Parece que la oración mental “depende más del corazón que de la mente”. La mejor “no es en la que se razona mejor, sino en la que se penetra más de los sentimientos que se deben tener”. (Cap. 2)

Si se hace con las disposiciones requeridas, poco a poco la oración mental “llegará a ser como natural, de manera que nuestra alma se inclinará hacia ella como a su centro”. (Cap. 3) Sin embargo, Clorivière no minimiza las dificultades y las ilusiones que podemos encontrar en el ejercicio de la oración. Distingue las ilusiones de los principiantes y las de los adelantados. (Cap. 5).

Aunque pone vigorosamente el acento, como es necesario, en la oración “práctica” (Cap. 6) “dirigida a la corrección de los defectos... y a la adquisición de las virtudes”, el autor da pruebas de gran prudencia y de un justo discernimiento en la aplicación. Para él los frutos y el resultado de la oración son a la manera del Espíritu Santo. El provecho “práctico” será distinto según los grados de la oración, a causa de la purificación del alma y de su estado de unión con el Señor.¹¹

Estos frutos o estos efectos de la oración nos son presentados con toda la claridad deseable.

Los efectos dependen:

* de la ascesis, y al purificarnos nos une a Cristo,

¹¹ Es fácil darse cuenta de ello al confrontar los capítulos que recuerdan la necesidad de una oración “práctica” en los distintos grados de la oración: por ejemplo para la meditación el Cap. 12, para la oración afectiva el Cap. 21, para la oración de recogimiento el Cap. 25, para la oración de quietud el Cap. 35, para la oración de unión el Cap. 40. Convendría releer lo que Clorivière entendía por “oración práctica” para sí mismo. Ver las notas del Cap. 6, 2ª parte.

* o de la mística y al ponernos en la escuela del Espíritu Santo, hacen que nos adhiramos a Cristo Esposo.

Veremos sin dificultad que el autor insiste con predilección en los efectos místicos, aunque en su mente, ya lo sabemos, mortificación y oración necesariamente vayan juntas.

El “adelanto en la virtud”, la preocupación por “hacer práctica la meditación” (caps. 6, 12, 17), las “resoluciones” generales o particulares (Cap. 13) son las preocupaciones ordinarias de una oración de tendencia ascética.

La “conformidad de sentimientos y de afectos con nuestro divino Salvador” (cap. 27), “la atención apacible y silenciosa a la presencia de Dios (cap. 27), “la vida escondida en Dios”, “transformada en JC” (cap. 40), la influencia más inmediata y más invasora del divino Espíritu, constituye los jalones esenciales de una oración con tendencia mística.

La primera clase de oración corresponde en los designios de Dios a la purificación activa, etapa preliminar de cualquier profundización espiritual. El Señor continúa por sí mismo la purificación del alma en la oración mística (purificación pasiva).

Está claro que Dios no se preocupa por este esquema. Con frecuencia ocurre que estos dos modos de oración se compenetran y se armonizan, tanto más cuanto que a menudo hay un paso insensible de uno a otro. Clorivière recuerda varias veces (caps. 32, 40, etc.) que quizá no hay dos almas a las que el Espíritu Santo conduzca de la misma manera. (Cap. 41).

Y cualquiera que sea el camino por el que nos lleve, el principal afecto, que hará verdaderamente “práctica” nuestra oración, será llevar el espíritu de oración por todas partes.¹²

Este “espíritu de oración” sólo se desarrolla donde reina el Espíritu Santo. Clorivière muestra un gran respeto al trabajo del espíritu. No consciente ninguna traba a su acción, ni en la elección de los métodos de oración, ni en las relaciones con Dios. Su enseñanza es capital en este punto. “Le dije, escribe a un sacerdote del Corazón de Jesús, que en la oración había que saber abandonarse al Espíritu de Dios... A los que empiezan se les recomienda unos métodos de

¹² A Etienne-Ignace Pochard, sacerdote del Corazón de Jesús el 3 de agosto de 1800, Lettres, p. 864.

métodos de oración que en esa situación les son muy útiles, y que les favorece seguir exactamente. Actuando así, este ejercicio es santo. Pero no se puede decir que se abandonan al Espíritu de Dios, todavía no son capaces de ello. El Espíritu de Dios sigue su operación más que la dirige.

No es así después: cuando ocupa más a un alma, cuando la posee, quiere ser maestro de su oración, ilumina la mente, caldea el corazón, algunas veces excita al alma a la acción; otras la mantiene en el reposo y el silencio.

Si el alma, como ocurre con demasiada frecuencia, quiere seguir dueña de sus operaciones, si quiere sustituir la acción del Espíritu Santo por la suya propia y someterlo más que estarle sometida, se hace un daño infinito a sí misma. Vive siempre en ella misma en lugar de vivir en Jesucristo.

Atención al Espíritu y docilidad a sus mociones “de este modo es como llegará a instaurar en Vd. su reino y a vivir en una continua dependencia de su voluntad, señal por la que quiere el Apóstol que se reconozca a los verdaderos hijos de Dios: “Qui Spiritu Dei aguntur, hi sunt filii Dei”¹³

El espíritu es la libertad en el amor: “Ubi Spiritus, ibi libertas”, recuerda Clorivière oportunamente como un aforismo de primordial importancia.

PROGRESO DE LA ORACIÓN MENTAL

A partir de aquí el tratado aborda el problema de la oración y sus diferentes grados.

La oración implica:

- el desprendimiento de lo sensible,
- el recogimiento interior, y
- el ejercicio de las potencias del alma aplicadas a las verdades de la fe y al mismo Dios. (Cap. 7)

Estos rasgos característicos de la oración se encuentran cada vez más acentuados en los distintos grados. El alma, progresivamente purificada, se

¹³ Rom. 8, 14. El pasaje citado corresponde a una carta dirigida al mismo padre del Corazón de Jesús el 10 de enero de 1799, *Lettres*, p. 852-3.

entrega más a la acción de Dios que toma más y más exclusivamente posesión de ella.

Estos grados distinguen con nitidez pero con todo el discernimiento necesario la oración activa y la pasiva; cada una de ellas tiene tres etapas:

- Por un lado la meditación discursiva
 - la oración afectiva
 - la oración de recogimiento.

- Por otro la oración de quietud
 - la oración de unión
 - el matrimonio espiritual.

Cada uno de estos grados se recoge y presenta con toda claridad.

Meditación discursiva

El primer grado o meditación discursiva es ampliamente desarrollado.

Clorivière estima que las almas son retenidas demasiado tiempo en la meditación discursiva, o son conducidas a ella indebidamente, por no ser ilustradas por un director perspicaz sobre el curso ordinario de la oración;¹⁴ pero acepta sin dificultad que este grado de oración es el más común y “generalmente” la manera de “todos aquellos que se contentan con una virtud mediocre y que nunca, por lo menos con constancia, han tomado la firme resolución de tender generosamente a la perfección. (Cap. 7).

¹⁴ Clorivière hizo la experiencia a su costa, como cuenta en una de sus manifestaciones de conciencia a su superior en septiembre de 1766. Este hecho es instructivo y merece contarse: “Yo había tenido en otro tiempo algún acceso a esta oración (pasiva) el año que siguió a mi conversión y luego continué orando de este modo hasta mi llegada al noviciado. Entonces se me dijo que me aplicase a la meditación y a la oración afectiva, lo que hice por obediencia durante algunos años, sin consolación. En mi último retiro en Lieja en septiembre Dios tuvo a bien llamarme de nuevo a esta oración de una manera más especial y más fuerte: me entregué a ella con el permiso de mis directores”. (Notes intimes, tomo I, p. 199).

Ciertamente el Señor pudo conceder al joven Clorivière, por su absoluta obediencia, las gracias de luz y de purificación que habría podido recibir por una oración más pasiva. Esto es bastante claro y no se puede más que admirar esta obediencia y este espíritu de fe. El discernimiento espiritual de su maestro de novicios, por el contrario, hay que ponerlo en tela de juicio.

La purificación de las potencias del alma, memoria, inteligencia y voluntad, es el camino obligado para cualquier oración. Vaciar insensiblemente la memoria de mil objetos inútiles o peligrosos y llenarla de las cosas de Dios; iluminar, convencer, persuadir, a la inteligencia que inclinará a la voluntad para que se adhiera con fuerza a Dios (Cap. 8). Poco a poco el alma “gusta a Dios, se inclina hacia Dios de modo natural”; “coge gusto en considerar los efectos admirables del amor y la bondad de Dios con los hombres y cada uno de los misterios del Hombre Dios” (Cap. 17). La fe se hace “más fuerte y más penetrante”(ib), la meditación introduce poco a poco “en una región de luz” (Cap. 16).

También ocurre que Dios permite tentaciones y arideces¹⁵ en la meditación discursiva y que la transforma en “una oración de trabajo y de combate” (Cap. 18). Estas pruebas purificadoras, proporcionadas a las fuerzas y a la gracia de cada uno “desprenden al alma de sí misma, la disponen para recibir gracias cada vez mayores” y “para confrontarse por completo al beneplácito de Dios”. (Cap. 18).

Clorivière sugiere el método ignaciano llamado de las tres potencias para los que se ejercitan en la meditación discursiva (Cap. 9). Desea que se mueva a gusto en ella. “Es un gran defecto multiplicar demasiado los razonamientos... más que reanimar la devoción la secan”. (Cap. 11). Ya afirmaba a propósito de los preludios sugeridos por el método, “conducirse en ellos con tranquilidad y dedicarles poco tiempo” (Cap. 9).

Más adelante concluirá con claridad y a la luz de la experiencia de la dirección espiritual: “No hay una regla fija... incluso al conformarse a él (al método) hay que actuar con mucha calma, evitar la demasiada violencia y usar una cierta libertad de espíritu”. (Cap. 15). E inmediatamente da esta regla general, que es una regla de oro:

“Se propone lo que va bien al mayor número de fieles y en la mayoría de circunstancias; pero en lo referente a la práctica interior, no se pretende instituir ningún método como deber absoluto, porque le corresponde al Espíritu Santo conducir las almas, y él tiene mil caminos distintos para hacerlo”. (ib).

Cualquier método es superfluo desde el momento en que Dios concede su luz, su gracia, su fuego, que son como palabras de Dios. Entonces hay que

¹⁵ El Cap. 18 describe la aridez con mucha exactitud e indica claramente la actitud del alma durante esta prueba; se sacará gran provecho leyendo atentamente este corto capítulo.

Cualquier método es superfluo desde el momento en que Dios concede su luz, su gracia, su fuego, que son como palabras de Dios. Entonces hay que “imponer silencio a nuestros propios razonamientos para escucharlo y contentarnos con abrir nuestro corazón a sus santas operaciones”. (ib).

La entrada en la oración mental empieza, pues, “de ordinario”, por la meditación discursiva que tiene como fin “purificar y embellecer” las potencias del alma (Cap. 8). Este ejercicio tiende a simplificarse más y más, siguiendo la misma ley de la vida interior que opera cada vez “de una manera más espiritual y más íntima” (Cap. 23).¹⁶

La oración se fija en primer lugar en un plano más exterior: representación de escenas bíblicas, consideraciones de temas religiosos, movimientos afectivos formulados como oración.

El contacto con las cosas espirituales se interioriza insensiblemente; los elementos exteriores se merman, se reducen, como en un centro, a la visión interior de Dios, al gusto por las cosas de Dios, al impulso del corazón hacia Dios y los intereses de Dios. Esta oración más interior tiende a hacerse permanente y el alma, sin esfuerzo, vive en presencia de Dios. Sus potencias se recogen en Dios. Es el reposo en Dios.

A partir de entonces, desprendida de sus estorbos, el alma está abierta, disponible, consintiendo enteramente en las “operaciones” de Dios, según expresión habitual de Clorivière, es decir, en el trabajo de la gracia de Dios, trabajo que la hace de una transparencia cada vez más delicada, presa de un amor más y más devorador y unitivo, en una conformidad más profunda y más apostólica.

Ciertamente el alma puede ser objeto de engaños diabólicos, a veces repentinos y violentos, que la ilusionan y la distraen de Dios. También puede

¹⁶ Las relaciones con Dios insensiblemente tienden a simplificarse e interiorizarse. A menudo les toca a los directores iluminar a las almas y apremiarlas para que entren por este nuevo camino. Clorivière no duda en escribir el 6 de noviembre de 1790 a Adelaida de Cicé, alma indecisa: “Es verdad, en todos los tiempos se debe vigilar sobre sí, todos los tiempos se deben vigilar sobre sí, examinar frecuentemente la conciencia, etc., pero no se hace siempre de la misma manera. A medida que se adelanta, y eso tienen que juzgarlo los directores, se hace de un modo más sencillo, que no hace salir el alma de su recogimiento y tampoco le impide estar más ocupada de Dios que de sí misma. Así quería yo que obrase Vd., sin apresuramiento, sin inquietud” (Lettres, p. 53). Los mismos consejos se le dan a Etienne-Ignace Pochard el 5 de diciembre de 1798 y el 10 de enero de 1799. (Lettres, pp. 846 y 852)

purificación más real y más exigente o a pruebas que la tratan con dureza y la desconciertan.

En fin, se cree “perdida” porque Dios la “recoge” en una especie de “inacción” que corre peligro de confundirse con pereza natural. La verdad es que Dios conduce al alma a través de una vida de fe austera y despojada que aceptará por una disposición de mayor abandono.

El Espíritu Santo por medio de signos fácilmente discernibles por el alma o por un director atento, le advierte cuándo es el momento de pasar de un grado de oración a otro, de la meditación discursiva a la oración afectiva, por ejemplo, a menos que el Espíritu intervenga por su propia iniciativa para hacer gustar durante cierto tiempo la oración de recogimiento o la oración de unión.

Por otro lado sería tan perjudicial desear uno mismo otro modo de oración, como detenerse indebidamente en el grado que el Espíritu nos impulsa a abandonar. “No se debe dejar con facilidad el uso de la meditación, ni inclinarse por propia iniciativa a un grado oración más elevado”; pero si el alma no aceptase salir de él en el momento oportuno “su oración degeneraría en un estudio fastidioso e incluso correría el riesgo de cansarse de ella insensiblemente e ir con repugnancia”. (Cap. 10).

Parece que es el caso de personas relativamente numerosas, viviendo en comunidad o no, y que están, o que directores imprudentes dejan, en la ignorancia de los “camino de Dios”.¹⁷

Las almas fervorosas se familiarizan rápidamente con las verdades de la fe y los misterios del Señor, cuyo recuerdo se les hace “casi siempre presente”. (Cap. 19)

La fe fortalecida y luminosa, la voluntad abrasada por el amor, atraen al alma más allá del razonamiento “cuya marcha les parece demasiado lenta y de ningún modo comparable a la fe, cuyo atrevido vuelo los lleva inmediatamente hasta Dios”.(ib)

La fe los desprende “de todo afecto a los bienes de la tierra y de los sentidos”, la voluntad les hace “sacrificarlo todo a la dicha de caminar tan cerca como les sea posible tras los pasos de su divino Maestro”. (Cap. 7).

¹⁷ Cap. 19. Ver también el Cap. 10 y la nota que lo acompaña. Clorivière en el prefacio habla igualmente de los confesores “mediocrementemente instruidos en los estados de oración”, pasiva o no.

La fe los desprende “de todo afecto a los bienes de la tierra y de los sentidos”, la voluntad les hace “sacrificarlo todo a la dicha de caminar tan cerca como les sea posible tras los pasos de su divino Maestro”. (Cap. 7).

Tales son los signos habituales que invitan a pasar a la oración afectiva.

Oración afectiva

La oración afectiva es frecuente en muchas personas fervorosas. Es el método de todos aquellos a quienes repele instintivamente la apariencia intelectual y sistemática de un método como el “de las tres potencias”.

Esas almas se encuentran en ella espontáneamente a gusto y “libres”. La libertad, es, en efecto, una de las características esenciales de este estado de oración. “Se experimenta más la agradable libertad que la presencia del Espíritu Santo suele producir en las almas”. (Cap. 20). Como “un leño seco” el alma “vivamente excitada por un simple recuerdo”, sobre todo por los misterios del Hombre-Dios, “inmediatamente lo abarca todo y produce... por la moción del Espíritu Santo que la anima con más fuerza los actos más generosos y más fervorosos”.(ib).

En la oración afectiva el alma “se toma el tiempo de escuchar al Señor”, de saborear algunos afectos “en los que descansa a gusto” (Cap. 22). Experimenta la necesidad de una conformidad más profunda con Cristo Jesús en sus estados de sufrimiento, se desposa con la cruz, “su ambición sería vivir y morir en sus brazos” (Cap. 21).

En ella la cruz es dura. El alma es el campo cerrado de los espíritus. Dios la conduce por “alternativas casi continuas de dulzura y aridez, de luz y oscuridad”; se retira a “la punta del espíritu” o “la cima del alma”. (Cap. 23).

Esa pedagogía divina produce en el alma:

- un despojamiento de todo apego a las luces y a las consolaciones,
- una humildad más sólida,
- la adhesión a la voluntad de Dios únicamente.

De ese modo el alma poco a poco accede “a una región donde reina la fe sola y donde Dios, en la paz y la calma, hace sentir su presencia en medio

Oración de recogimiento

La oración de recogimiento de que habla Clorivière corresponde a la que otros autores llaman oración de simplicidad, de simple mirada, de simple visión, de simple atención, de presencia de Dios, u oración de fe.

Efectivamente, el elemento de simplicidad es una de las características esenciales que tiende a un estado de recogimiento cada vez más total y al estado pasivo.

Las almas fieles a las que Dios ha probado, progresivamente se hacen más conscientes de que “no es la multiplicidad ni la variedad de sus actos lo que las hace más agradables a Dios”; comprenden que “los actos cuando son más simples más perfectos son, y más sitúan al alma en esa calma en que Dios se complace en actuar. (Cap. 24)¹⁸

Las potencias del alma disminuyen su actividad progresivamente, hasta cesar por completo. Se sosiegan y se callan. Es el silencio, el recogimiento interior.

Sentimos que empieza una nueva etapa de la oración, y muy distinta de la otras, cuando, por así decir, somos incapaces de continuar el trabajo con nuestras potencias; tenemos la clara impresión de la necesidad de ese esfuerzo, tanto más cuanto que nos sentimos atraídos a “recoger interiormente todas nuestras fuerzas y a retirarnos poco a poco de la multiplicidad de actos” (Cap. 24)

En la oración de recogimiento la actividad “consiste casi únicamente en recordar la presencia del Señor que el alma busca dentro de sí”. (Cap. 25).

Esta actividad “casi imperceptible” no se confunde con la inactividad. El entendimiento abarca el tema elegido “en su conjunto y sin detenerse en nada especial... Todo se le presenta al alma simultáneamente de una manera

¹⁸ Las indicaciones generales sobre la simplificación de la oración que se dan en la explicación de la oración de recogimiento (caps. 24-31) tiene grandísima importancia y podrían aplicarse con provecho al conjunto de la vida espiritual. Ya lo decía anteriormente Clorivière: la oración va simplificándose y las relaciones del alma con Dios también se simplifican, haciéndose más profundas y tienden a la unión cada vez más puramente. (Ver nota 16))

Esta actividad “casi imperceptible” no se confunde con la inactividad. El entendimiento abarca el tema elegido “en su conjunto y sin detenerse en nada especial... Todo se le presenta al alma simultáneamente de una manera confusa¹⁹, que no la distrae de su aplicación a la presencia de Dios”. La voluntad se mantiene en “un silencio amoroso en el que lo dice todo”, “que ama a Dios, que lo adora, que lo admira, que está dispuesta a hacerlo todo, a darlo todo, a sacrificarlo todo por su amor”. En fin -y la fórmula es capital- “se lo pide todo sin pedirle nada”.(ib).

La oración de recogimiento dispone al alma mejor que las precedentes para la acción directa con Dios. En efecto, aquí Dios interviene a menudo por medio de toques místicos pasivos que preparan para la quietud pasiva. “Este silencio algunas veces va acompañado de una gran dulzura: en él el alma descansa deliciosamente en Dios que le hace sentir su presencia”. (Cap. 25). Sin embargo, no es frecuente esa dulzura. A menudo el alma sufre en ese estado; no es que tema estar siempre en una ociosa inacción, sino que Dios la prueba. “Sólo la fe sostiene en la presencia de Dios y el amor que la acompaña es un amor crucificado” (Cap. 25).

En este grado de oración la dificultad mayor y más corriente procede de que se discierne mal la inactividad natural y el “reposo” espiritual, porque se cree que la actividad de las potencias protege de la ociosidad, y se tiende a alimentarla espontáneamente. La “atención apacible y silenciosa a la presencia de Dios” (Cap. 27) evidentemente es preferible a los actos, incluso a los mejores, de la inteligencia y la voluntad. La multiplicidad de actos como mínimo puede “turbar y distraer”. (Cap. 27).

Ciertamente conviene “ocuparse dulcemente y libremente” de todo buen pensamiento, de todo buen sentimiento que se presente espontáneamente (Cap. 27); pero se puede hacer “casi imperceptible” (caps. 27y 28) y sin demorarse: “de ordinario basta una mirada”. (caps. 25)²⁰

¹⁹ Sobre este vocabulario ver las notas Cap. 25.

²⁰ Para apreciar aún mejor el gran espíritu de libertad en que Clorivière entiende ver que vive el alma, releamos este texto del Cap. 27: “... Esta atención (apacible y silenciosa a la presencia de Dios)... no debe ser rígida, es decir, que si viene un buen pensamiento al que se vaya la inteligencia como espontáneamente, si la voluntad está movida por algún sentimiento piadoso hay que tener cuidado de no hacer ningún esfuerzo por desecharlo, sobre todo si ese pensamiento o sentimiento tiene por objeto la persona adorable del Hombre-Dios o de su Stma. Madre. Hay que ocuparse de ellos suavemente y con libertad; se reconocerá por experiencia que esta manera de obrar hace más profundo el recogimiento”. Ver también Cap. 34.

preciosas por su prudencia, su equilibrio, su plenitud de experiencia. “En el reposo Dios no deja jamás al alma sin algún testimonio de su presencia”.

La paz profunda -en medio de duras pruebas- un gran sentimiento de Dios, son el fruto de esta oración. Esta paz también incluye el aquietamiento de las pasiones y nuestro dominio sobre ellas, “la supresión de la actividad natural”, que se transforma en actividad de la gracia, la vida de los sentidos y del corazón ordenado según “la recta razón, que no es otra cosa que la voluntad divina”.

Nuestro cuerpo, nuestros sentidos y nuestras potencias así dispuestos se despiertan y se dilatan más libremente en el alma: “un deseo más puro y más vivo de contraer la más íntima unión con el Hombre-Dios, de no tener ya otros sentimientos que los de su divino Corazón y transformarse perfectamente en él”, “una devoción más íntima, más espiritual a la augusta Virgen, Madre de Dios, como el medio más eficaz para conseguir su cumplimiento”, “en fin, una gran dependencia del Espíritu Santo”(Cap. 29).

La humildad y el espíritu de fe crecen en proporción con los dones de Dios. Los medios para ello son dificultades y obstáculos de todas clases “de manera que entonces le parece al alma que para ella todo está perdido” (Cap. 30). Fácilmente se comprende hasta qué punto se impone la dirección espiritual para evitar cualquier paso en falso y progresar.²¹

Clorivière, clásico en su concepción de la vida espiritual, expone a partir de ahora las características de la pasividad y de la acción soberana de la gracia. Su enseñanza tradicional es firme y profundamente teológica. Nuestra indignidad ante la gracia es total. Cualquier esfuerzo para merecerla en rigor sería ilusorio y perjudicial.

Para utilizar su vocabulario, que ya era el de Sta. Teresa, la gracia de la oración pasiva es en cierto modo una “recompensa”, pero una recompensa completamente gratuita. “Sin mí no podéis hacer nada” dice el Señor. La

²¹ El papel y la importancia del director espiritual son subrayados con fuerza a lo largo de todas las CONSIDERACIONES. Sin decirlo, Clorivière se refiere a la doctrina de Sta. Teresa y de S. Juan de la Cruz: quiere un director esclarecido y experimentado, a quien puedan someterse con toda tranquilidad de alma los estados de oración y sus vicisitudes, y cuyas advertencias puedan seguirse con todo convencimiento. La experiencia de Clorivière había sido bastante mortificante. Leyendo sus cartas de dirección nos convencemos de que era un guía experimentado, firme si es preciso, pero profundamente respetuoso del trabajo del Espíritu en las almas.

Para utilizar su vocabulario, que ya era el de Sta. Teresa, la gracia de la oración pasiva es en cierto modo una “recompensa”, pero una recompensa completamente gratuita. “Sin mí no podéis hacer nada” dice el Señor. La acción de Dios en el alma cada vez se hace más excluyente de la nuestra. La simplificación de la oración tenía por objeto quitar cualquier traba a la acción divina. Este desprendimiento comprende también el de los caminos por los que Dios quiera llevarnos “convencidos de que si son humildes y dóciles a los movimientos de la gracia” eso es lo que importa; el resto se dará por añadidura, tanto más cuanto que “se puede llegar sin la oración pasiva a una santidad muy sublime” (Cap. 32)²².

En el sentido estricto de la palabra²³ oración pasiva es “aquella en que el espíritu humano deja de actuar para dar lugar a la acción del Espíritu Divino” (Cap. 32).

Ciertamente “unas almas todavía muy imperfectas” pueden experimentarlo de pasada, sin darse demasiada cuenta; el Señor obra de ese modo con los principiantes generosos para animarlos, para estimularlos, o incluso para sosegarlos al día siguiente de una dura conversión.

Esos momentos, dejados exclusivamente a merced de Dios, pueden transformarse en un estado casi permanente de oración pasiva.

²² Es evidente que no tenemos que esperar de Clorivière que dirima las controversias recientes sobre la contemplación y la pasividad, sobre el llamamiento de todas las almas a la contemplación y a la vida mística o sobre el concepto desmedidamente amplio de vida mística -sobre todo cuando esas controversias ya nos parecen anticuadas-. Por su formación y por la inclinación de su alma, por su enseñanza y por su experiencia de dirección, lo hemos visto, Clorivière se sitúa en lo relacionado con la doctrina de la oración y la mística en general, en la tradición ignaciana, carmelitana y de S. Francisco de Sales.

²³ El empleo de las expresiones “estado pasivo”, “sobrenatural”, “extraordinario”, que encontramos en Clorivière es clásico desde Sta. Teresa, e incluso antes. Los autores espirituales y los teólogos reconocían y enseñaban de buena gana que el juego normal de la actividad y la gracia -inhabitación de la Stma. Trinidad en el alma, sacramentos, mociones del Espíritu, etc.- nos situaban en una especie de pasividad. Sin embargo, la gracia dejaba entonces vía libre a la actividad normal y ordinaria de nuestras facultades. En el momento en que esta actividad de las facultades se encontraba influida, “suspendida, “adormecida, “atada”, en un estado aunque sea pasajero de recogimiento o en la unión a Dios, es cuando los autores hablaban de “pasividad” en sentido estricto. La intervención directa de Dios, de la gracia de Dios, sobre nuestras facultades pasajeras o más o menos constantes, es lo que determina la pasividad para nuestros autores. Esta definición es corriente en el historia de la espiritualidad. En las notas del tratado recordaremos algunos ejemplos de ello.

Para llegar a esta adhesión sustancial, a esta transformación radical, al matrimonio espiritual y a la unión transformante, para emplear el lenguaje de los místicos,²⁴ serán necesarias nuevas etapas y nuevas pruebas, de las que sólo Dios decidirá.

Oración de quietud

En la oración de quietud experimentamos el estado de pasividad, según Clorivière.

En todas las formas de la oración de quietud (Cap. 34) es una constante el recogimiento pasivo; es repentino, imprevisible. “Cuando el alma se presenta a la oración... se encuentra inmediatamente, sin saber cómo, recogida dentro de sí misma, con un suave sentido de la presencia de N. S.” (Cap. 33).

¿Qué ocurre en este estado?

- Un desprendimiento de lo creado que se hace “como natural” (Cap. 35) y una adhesión cada vez más profunda a los misterios de la fe.

- Un “sentimiento de Dios” nuevo, invasor. “Dios parece entonces el único Ser... El alma encuentra a su Dios por todas partes, por todas partes lo adora y se anonada ante Él”. (Cap. 36).

- Una docilidad más y más amorosa a las repetidas luces del Espíritu. “Entra más particularmente bajo la dirección del Espíritu Santo, quien, por frecuentes inspiraciones y más vivas luces le deja conocer más claramente su voluntad”. (Cap. 35).

Dios reside en el centro del alma, o en la cima, en el fondo, en la fina punta -todo es lo mismo- y desde allí tenemos como la impresión de que esta acción de Dios nos envuelve y nos invade por entero. Esta invasión es dulce, penetrante, amorosa, radiante. Otras veces la presencia del Señor no es sensible más que “en la punta o cima de la voluntad, en lo que esta potencia tiene más espiritual. (Cap. 34).

²⁴ Para expresar mejor -a pesar de todo imperfectamente- la naturaleza de esta transformación radical, Clorivière se complace con todos los místicos en emplear el vocabulario conyugal del Cantar de los Cantares. Ver sobre todo los caps. 33, 34, 35, 37, 38, etc. El alma ya no se contenta con los dones del Señor, está unida al Amado con la unión más total posible.

más que “en la punta o cima de la voluntad, en lo que esta potencia tiene más espiritual. (Cap. 34).

Sea como sea, de lo que el alma es más consciente, lo que más le afecta, es el carácter de novedad que provoca la acción divina.

Su fe era sincera, su sentido de Dios era grande, su adhesión a la vida trinitaria profunda. A partir de ahora todo es nuevo, resplandeciente. “Se realiza... un cambio asombroso, que no puede dejar de atribuir a una mayor efusión de gracia” (Cap. 35). O también son unos sentimientos tan profundamente grabados en ella que parece que se le han hecho como naturales... El alma reconoce entonces más claramente lo que al principio veía sólo de una manera confusa...” (Cap. 35). “Se penetra mucho mejor el sentido de estas palabras: Yo soy el que es” (Cap. 36).

¿Cómo responde el alma a esta “operación” de Dios en ella, o cuál debe ser su comportamiento? “Adherirse sencilla y pacientemente a la acción de Dios en el vacío y la desnudez de su propia acción” (Cap. 34). “Dejar a Nuestro Señor disponer a su gusto del alma, como de una cosa que le pertenece y morir a su propia actividad, para recibir de Él todos sus movimientos, no obrando sino bajo su influencia”. (Cap. 33).

En la oración de quietud Dios reserva duras pruebas al alma o permite sutiles tentaciones. Una de las trampas más peligrosas del demonio pretende convencer “de que los misterios del Hombre-Dios serían un obstáculo para esta sublime contemplación” y que debería desviarse de ellos. (Cap. 36)²⁵

En la respuesta clásica a esta objeción, que considera diabólica, -sin duda recogida de Santa Teresa de Ávila- Clorivière asocia deliberadamente “con la conveniente proporción” a la Virgen María “a la que se debe mirar como inseparable de su Hijo” (Cap. 36) en la acción y en la contemplación.

La oración de quietud es un verdadero “tiempo de prueba y de lucha”: el alma ve que se le retira todo consuelo, “incluso le quedarán tan pocos vestigios de él en la memoria, que dudará si alguna vez ha participado algo en los favores del divino Esposo”. (Cap. 37). Es un estado de oración en la fe desnuda, y un tiempo en que el Señor muestra unas exigencias más claras y más dolorosas.

²⁵ Clorivière volatiliza esta objeción en una página de las más bellas que se ha escrito sobre Cristo (Cap. 36). Sabemos que la Teología y la espiritualidad de Clorivière son profundamente cristocéntricas.

Algunos se resisten a esta desapropiación o soportan mal esta sequedad y este vacío agobiante. Atravesar esas purificaciones pasivas es un paso decisivo para el alma que Dios quiere unir a Él.

Entonces el paso está abierto, “el divino Esposo, que, sin dejarse notar, ocupaba siempre el fondo de su corazón, les hace sentir su presencia” (Cap. 37).²⁶ Al mismo tiempo los ilustra respecto a su amor, se lo hace desear y los atrae a él. Les vela más profundamente los dos grandes misterios de amor, el de la Cena y el de la Cruz. En este grado supremo de la oración se realiza, por fin, tan plenamente como es posible, el misterio eucarístico, que es el misterio de la unión por excelencia de la esposa y el Esposo.

Oración de unión

Y de esa manera el alma entra sin darse demasiada cuenta en una oración cada vez más profunda hasta llegar a ser total, tan total como es posible en esta tierra. Llegado a este grado, Clorivière no se complica con distinciones y gradaciones nuevas. Nos hablará sencillamente de un “estado más estable y perfecto” (Cap. 40) en el interior mismo de la oración de unión, que comprende la oración correspondiente al tiempo de desposorio espiritual y la que corresponde al “estado más estable” del matrimonio espiritual.

La oración de unión es “el término y la perfección” (Cap. 38) del estado pasivo. Efectivamente hay continuidad y progreso de un grado al otro: oración de recogimiento, oración de quietud, oración de unión cada vez más estable.

Dios no se arrepiente de sus dones, que se encadenan unos a otros. La gracia se dilata normalmente en el alma dispuesta y dócil. Clorivière mantiene sin la menor duda estos datos esenciales de la vida mística: gratuidad absoluta de las gracias recibidas y desarrollo lógico y constante del progreso del alma. Dios “enriquece” al alma; fertiliza una tierra que sin Él quedaría estéril; la

²⁶ Será interesante considerar el esquema trazado por H. Monier-Vinard: “Puesto que la oración pasiva es una percepción de Dios en el fondo del alma, por la cumbre de las potencias, se comprende sin dificultad que a medida que aumenta el conocimiento místico, llega hasta las facultades interiores... Al principio es simple percepción de Dios, percepción de su presencia o de su operación; luego se convierte en “sentimiento de la presencia y de la operación de Dios, después es sentimiento crece más y se produce en el alma la presencia sensible en la en la que no solamente se “siente” que una persona está a nuestro lado sin que podamos verla, como por ejemplo en la oscuridad, sino que incluso se la distingue como en un claroscuro que va iluminándose... por los sentidos interiores” (La mystique du P. de Clorivière pág., 149).

Dios no se arrepiente de sus dones, que se encadenan unos a otros. La gracia se dilata normalmente en el alma dispuesta y dócil. Clorivière mantiene sin la menor duda estos datos esenciales de la vida mística: gratuidad absoluta de las gracias recibidas y desarrollo lógico y constante del progreso del alma. Dios “enriquece” al alma; fertiliza una tierra que sin Él quedaría estéril; la “recompensa”, según una expresión familiar a nuestro autor. Los dones atraen otros dones y Dios no se cansa de concederlos. Es una ley muy conocida de la liberalidad divina: el alma está como aplastada por esta magnificencia, que la hace más humilde, más pequeña, más despojada, “aniquilada”. Tal es el camino de la gracia y su pedagogía.

En la oración de unión “la operación del Espíritu de Dios” se realiza prácticamente sola. (Cap. 38).

El Espíritu de Dios se garantiza la libertad de acción y suspende el juego de las potencias del alma durante todo el tiempo necesario. Los sentidos exteriores se inmovilizan y funcionan “muy difícilmente”²⁷.

Aunque el alma consiente en la acción de Dios de un modo general no puede “cooperar en nada”; este consentimiento global y permanente es toda su colaboración. Ni siquiera sabe con exactitud lo que le pasa, no tiene “ningún conocimiento” de ello, ni discursivo ni intuitivo. ¿Qué ocurre, pues, y cómo puede el alma percibir algo a pesar de todo?

El alma recibe en el fondo de sí misma “las impresiones de amor que el Señor se digna comunicarle” y no hay palabras para expresar y describir “la excelencia y la grandeza de este beneficio”. Así Clorivière toma las mismas palabras del Cantar de los Cantares, cuyo Cap. 38 es verdaderamente un comentario místico.

Se trata, explica, del encuentro breve sin duda, pero que aporta ya las arras de la unión definitiva del Esposo y la esposa. “Ya no es Rey, es un

²⁷ Es durante esta “sujeción de las potencias” y en la privación funcional de los sentidos exteriores donde puede producirse fenómenos paramísticos, tales como que el cuerpo parece sustraído a las leyes físicas y biológicas ordinarias (ley del peso, arritmia, abstención de los alimentos, letargia, aparente sonambulismo, etc.). Estos fenómenos que a veces acompañan a ciertos estados interiores no van ligados a ellos de ninguna manera y, a fortiori, no pueden fundamentar un juicio sobre la santidad del sujeto. Los místicos, por ejemplo Sta. Teresa de Ávila y S. Juan de la Cruz, los interpretarán incluso como una debilidad de constitución: el cuerpo y los sentidos no están en condiciones de llevar “la operación del Espíritu de Dios”.

Este primer grado de la oración de unión en que el alma “recibe esas impresiones de amor” la deja enamorada y vibrante. Sin embargo, no es aún más que “una primera entrevista entre dos esposos, no es un compromiso estable y permanente”.

Quedarían por describir los efectos de este primer grado de la oración de unión, las pruebas a las que expone al alma y por qué camino las conducirá al matrimonio.

Este estado de unión -y es un punto constante en todos los que son gratificados por él- produce en el alma “una firme seguridad del favor que acaba de recibir” (Cap. 38), una certeza que no se puede desarraigar propiamente de este grado; no experimentarla necesariamente daría que pensar que el alma todavía no ha llegado a ese estado de unión.

“El alma languidece de amor”. Los “impulsos de amor”, las impresiones de amor renuevan en ella unos deseos incesantes y ardientes de amar más y de “unirse cada vez más” al Señor escondiéndose “en sus llagas”, “es decir, en su Corazón abierto”.²⁸

Esta languidez de amor y de unión no son menos concretas. En efecto, la oración de unión deja en el alma “un recuerdo continuo de N.S. y sus misterios” que cada vez más exclusivamente es su alimento, su vida, su clima. El alma se pasaría horas enteras en esa inefable contemplación “casi sin que se dé cuenta de ello”, “sin salir de ese reposo interior”. Sin embargo, en ese estado no puede deslizarse la menor sombra de quietismo si el alma verdaderamente es dócil, porque la oración de unión la apremia al mismo tiempo a “la práctica constante de las virtudes más heroicas”.

Dios ejercita abundantemente y de mil maneras esas virtudes heroicas en este primer estado de unión. Efectivamente, aquí introduce Clorivière la noche pasiva del espíritu que describe de manera personal (Cap. 39).

²⁸ La devoción al Corazón de Cristo está profundamente integrada en la vida mística de Clorivière, y lo mismo su devoción mariana. Pero la Virgen María no es, ni puede ser, más que la intermediaria de contemplación (“Haced todo lo que Él os diga” Jn 2,5); el Corazón de Cristo es el término de la contemplación cristocéntrica. Por esto, Clorivière declara empleando las palabras del Cantar de los Cantares: “Es ahí (en su corazón) donde quiere que (el alma) se muestre a él y le haga oír su voz (2,14). La devoción al Corazón de Cristo es esencialmente mística. Las prácticas de devoción, que de ningún modo descuida Clorivière ni para él ni para los demás, adquieren así su sentido y su valor.

Dios ejercita abundantemente y de mil maneras esas virtudes heroicas en este primer estado de unión. Efectivamente, aquí introduce Clorivière la noche pasiva del espíritu que describe de manera personal (Cap. 39).

Se inspira en su modelo, el gran doctor místico S. Juan de la Cruz; se deshace del vocabulario demasiado técnico para ser comprendido por muchos más fácilmente. Pero se encontrarían sin dificultad las mismas acciones purificadoras de Dios en su doctrina espiritual.

La noche pasiva se considera como un verdadero “estado de tinieblas y de oscuridad”, tanto en razón de su duración -”algunas veces muchos años”- como de su intensidad, pues afecta enteramente al alma e incluso a los sentidos. Durante todo este tiempo la oración tendrá su propia colaboración: oración de sufrimiento, oración de pruebas.

Ese tiempo de purificación es “una especie de purgatorio”, “una especie de martirio”, (Cap. 39) explica Clorivière para señalar al mismo tiempo la agudeza y el desenlace: el fuego del amor divino quemará todas las imperfecciones, purificará de “todas las manchas”, separará de todas las ataduras.

Nunca será demasiada la purificación para permitir al alma ser “admitida en el cielo interior donde sólo habita Dios” y donde debe realizarse el matrimonio espiritual.

Sentimiento de la ausencia de Dios “fuente de las demás pruebas”; creciente desconcierto nacido de la obsesión de ser responsable de esa ausencia, debida a nuestras infidelidades; estado de embotamiento provocado por semejante constatación, en el que ya nada hace mella en el alma, en el que todo la irrita y la desorienta; en fin, es el diabólico desencadenamiento de tentaciones apenas imaginables contra la fe, contra la pureza, de blasfemias y de odio de Dios.

Como las almas entonces casi no son conscientes de que “el Señor las sostiene poderosamente”, viven en la angustia, de donde solo puede sacarlas un sentimiento cada vez más profundo de su bajeza y de su nada, y un abandono cada vez más ciego y amoroso sólo en Dios. Ese es el fin de la noche pasiva a través de la que las conduce Dios.

Conducirse en la fe y desprenderse de lo sensible, seguir, como lo harían los niños, las luces de los que los dirigen, “cumplir todos los deberes profesionales”, he ahí la actitud que no engaña.

Al mismo tiempo que una vigorosa resistencia a las sugerencias del “espíritu de la mentira” a pesar del “sentimiento violento de haber consentido en ellas” el Señor busca provocar en el alma un absoluto abandono a su voluntad, una ciega sumisión a su justicia. Sí, es un buen martirio.

Por último, otra prueba, otra clase de martirio envuelve el alma, el “martirio del amor”, el del “amor herido que no puede vivir lejos de lo que ama”. El amor ha reavivado su hoguera o más bien el deseo del amor y del encuentro con el amado.

Después de la purificación de las potencias del alma queda la purificación del amor mismo. El deseo del amor y el amor mismo son quemados en el fuego del Amor. Ninguna escoria es soportable, ni ningún retraso, ni ninguna división.

Ahora bien, el alma enamorada todo lo de la tierra le parece escoria, retraso y división, tanto las criaturas que “llegan hacerse insoportables”, como la vida, y “la compañía de los espíritus” e, incluso, “las alegrías del cielo, sin Él”. “Se ha encendido una gran hoguera” que reanima las “visitas” fugitivas del Señor o los rayos momentáneos de su presencia, redoblando el tormento.

Este es el purgatorio de amor al final del cual alborea el comienzo de las bodas del Cordero.

En el día de los desponsorios espirituales todo es luz²⁹, todo es alegría, todo es responso. La oración de unión se corona con el matrimonio místico. En su habitual sobriedad Clorivière no hace apenas más que comentar los textos esenciales de la Escritura³⁰ y más particularmente S. Pablo y S. Juan. ¿No anuncia el Evangelio joánico los esponsales del alma y la Trinidad: “Vendremos a él y pondremos en él nuestra morada”, “Yo mismo me manifestaré a él? (Cap. 14). Incendio y abrazo del alma, que salida de sí y pérdida en Dios, ya no forma más que un solo espíritu con Dios “sin dejar, sin embargo, de ser” (Cap. 40).

²⁹ A Clorivière le gusta caracterizar la unión con Dios como la entrada en una “región de luz”, en un “estado de luz y de paz”.

³⁰ Los textos de la Escritura empleados con más frecuencia en el tratado los escoge Clorivière (págs. 90 y 231-232). Esta colección constituye una pequeña suma de los textos místicos de la Escritura. Se encuentran recopilaciones parecidas en varios autores espirituales.

anuncia el Evangelio joánico los esponsales del alma y la Trinidad: “Vendremos a él y pondremos en él nuestra morada”, “Yo mismo me manifestaré a él?” (Cap. 14). Incendio y abrazo del alma, que salida de sí y pérdida en Dios, ya no forma más que un solo espíritu con Dios “sin dejar, sin embargo, de ser” (Cap. 40).

“Como divinizada”, “toda llena de Dios” el alma está “como instalada en una situación de luz y de paz”. “Está transformada en Jesucristo” (caps. 40 y 46). Las expresiones paulinas se amontonan bajo la pluma de Clorivière.

A.. partir de entonces la unión entre Esposo y esposa es total y perfecta. Podría parecer que la celabración del matrimonio espiritual se acompaña de ordinario, si no necesariamente, de la visión intelectual de las tres personas de la Stma. Trinidad. (Cap. 46).

Haya visión o no al alma se le concede conocer este gran misterio, es decir, penetrar al descubierto lo que nos enseña la fe -sin salir del terreno de la fe-. El alma goza entonces continuamente de “la compañía de las tres divinas Personas” en “un estado de luz y de paz”, donde es favorecida con “secretos” trinitarios, que deben aprovechar a la Iglesia, y con los sentimientos, penas, sufrimientos de Jesucristo que desde entonces comparte con Él (Cap. 46).

Sin embargo, mal que pese a las almas atraídas por la ilusión, Clorivière nos recuerda nuestra condición terrena. “En este grado, como en todos los demás, hay más y hay menos”. En la tierra, es forzoso reconocerlo, “siempre se puede acercarse a Dios y alejarse cada vez más de sí mismo”. (Cap. 40).

Ninguna unión espiritual aquí abajo, aunque fuese la más sublime, puede dejar de tener en cuenta nuestra condición de pecadores. Las esposas “temen más que nunca desagradar al divino Esposo”; su temor “lleno de amor y de confianza” no tiene nada de servil, evidentemente; es, según el lenguaje de los místicos, el “casto temor de las esposas” (caps. 40 y 46).

Efectivamente, las CONSIDERACIONES nos dejan con una última recomendación de humildad. (Cap. 41)³¹.

³¹ Los caps. 42 y 46 en realidad constituyen un apéndice en que el autor trata de los fenómenos místicos y paramísticos que no entran en el marco ordinario de la oración, ni siquiera en la oración pasiva. No es menos verdad que Clorivière habla de ello con maestría a partir de su experiencia.

Las almas más sencillas pueden ser conducidas a la más alta santidad por caminos muy escondidos. No conviene desear lo que no se nos da. La oración pasiva y el estado pasivo, como tampoco los fenómenos místicos extraordinarios, no son necesarios para nuestra santificación. Si ocurriera que un alma sin conocer la contemplación, fuera “más humilde y más caritativa que un alma muy contemplativa”, sería indiscutiblemente más santa y más bella a los ojos de Dios”. (Cap. 41).

No deja de ser cierto que los grados más elevados de oración “dados de ordinario a almas muertas a sí mismas” “contribuyen maravillosamente” (Cap. 41) a la santificación del cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia.

PREFACIO

No hay cosa que se nos recomiende más frecuentemente y con mayor insistencia que el ejercicio de la oración. Todos los libros santos nos apremian a ella. El mismo Jesucristo en su evangelio, S. Pablo y los demás apóstoles en sus epístolas nos exhortan a la oración continua. Los Santos Padres con voz unánime la elogian, no se cansan cuando hablan de la necesidad, de la sublimidad y de las ventajas de la oración.

La razón y la fe, de común acuerdo, usan el mismo lenguaje; hacen comprender al hombre claramente que para él, el deber más justo, el más honroso, el que le proporciona más ventajas, el indispensable, consiste en dirigir en todo tiempo su homenaje de gratitud a Aquel que le ha dado el ser, de quien recibe a cada instante una multitud inmensa de beneficios de todas clases; servirse de todas las potencias de su alma, de todas sus facultades y sobre todo de la palabra, para alabar y bendecir al soberano Señor de quien esencialmente procede y depende, y ante quien todos los demás seres desaparecen; aprovechar este sublime privilegio que la Majestad Divina otorga al hombre de poder conversar con Él, de solicitar en sus apremiantes necesidades, la asistencia del único que puede remediarlas y hacerlo feliz. El hombre que no ve, que no siente esta verdad, es seguramente un ser desprovisto de razón.

Esto que la fe, la razón y la autoridad nos enseñan, lo que la naturaleza misma nos manifiesta de la oración, lo prueba constantemente la experiencia de todos los hombres, de todos los tiempos y de todos los países. Un hombre de oración es un hombre perfecto. Que abandone la oración, e inmediatamente dejará de ser lo que era; lleva en sí mismo el sello de la reprobación. En todos los tiempos, en todos los países, el ejercicio frecuente de la oración ha multiplicado los Santos, manteniendo el buen orden y hecho la felicidad de los pueblos. Las casas religiosas, las Ordenes enteras, no se han conservado en su primitivo fervor, sino tanto cuanto se ha conservado en ellas el espíritu de oración.

Cuán cierto es que el ejercicio de la oración es el deber esencial, indispensable del cristiano. De allí nace la necesidad de instruirse sobre esta gran obligación y sobre la manera de practicarla.

Pero ¿no hay bastante instrucción sobre esta materia? Sin duda, el número de libros que tratan de la oración es casi infinito. No hay libro de piedad que no hable de la oración, ningún orador cristiano que en el curso de sus predicaciones no instruya a menudo a fieles sobre este deber tan importante; pero ¿qué sucede? Las instrucciones sobre la oración están mezcladas con otras,

importante; pero ¿qué sucede? Las instrucciones sobre la oración están mezcladas con otras, están ahogadas en volúmenes que pocas personas pueden tener en las manos, que muy pocas tienen tiempo de leer; varias de estas instrucciones son científicas y dogmáticas, muy por encima del alcance de la mayoría; otras, en mayor número, son superficiales y demasiado vagas para poder fijar el espíritu y conmover los corazones. En cuanto a los sermones, cuando se refieren a la oración, no pueden hacerlo de una manera detallada y que convenga a todo el mundo. Por otra parte, el lenguaje de la cátedra es demasiado elevado para el pueblo sencillo, y la impresión que hace sobre el espíritu un discurso pasajero, ordinariamente dura poco.

Estas razones, unidas a la opinión de algunas personas prudentes, me han hecho publicar esta obra. No es propiamente un tratado sobre la oración; un tratado expone algo científico, con citas de todas clases. Esto no hubiera sido difícil; pero hubiera engrosado el volumen, lo cual me parecía inútil en una materia que para el común de los fieles, no está sujeta a discusión, y además hubiera sido poco conforme a nuestros planes y a la piadosa sencillez de aquellos a quienes estaba destinado este escrito.

Es un simple manual que se puede llevar fácilmente consigo, y su nombre hace comprender que para escribirlo no ha habido necesidad de entregarse a ninguna investigación; que nos hemos contentado con los conocimientos adquiridos por la lectura y la experiencia, y por las luces que el Espíritu Santo acostumbra conceder a los que humildemente piden su ayuda; y que no es la teoría, sino la práctica de la oración lo que nos importa principal y casi únicamente.

Este escrito fue redactado en 1778 a petición y para el uso de los ermitaños del Monte Valeriano. Cuando tuvo la aprobación del P. Grisel, hombre experimentado en las vías de Dios y superior eclesiástico de esta buena Hermandad, fue presentado al Arzobispo de París con el fin de obtener el permiso de imprimirlo e insertarlo en el Directorio de la Orden. El P. Beaumont lo sometió entonces a la censura del Superior General de S. Lázaro. La obra pareció buena y útil; pero los censores deliberaron sobre la conveniencia de publicar o no la parte que se refiere a los diferentes grados de la oración pasiva, y me suplicaron que expusiera al Superior de los lazaristas la razones que me habían impulsado a hablar de estas clases de oración:

1°.- Que sin esta parte del escrito, nuestras CONSIDERACIONES sobre el ejercicio de la oración serían incompletas.

2°.- Que según el testimonio de Sta. Teresa, el número de almas que llama Dios a las oraciones pasivas, por lo menos a las que se llaman ordinarias, es bastante considerable.

3°.- Que los que no son llamados a ellas, si tienen buen espíritu, serán excitados por el conocimiento de estas vías, a bendecir al Señor y a mantenerse en la humildad.

4°.- Que los llamados a ellas, sabrán cómo deben portarse para no poner obstáculo a los designios de Dios, cómo deben aprovechar los dones divinos, y al mismo tiempo serán tranquilizados en los temores que en estos estados son generalmente excesivos y perjudican mucho al bien de las almas.

5°.- Que los que fácilmente creyeren estar en estas vías, serán desengañados al poner atención a las señales por las que se puede conocer la verdad.

6°.- Que muchos confesores están medianamente instruidos en estos estados de oración, y por lo mismo es necesario hablar de ellos, a fin de evitar el mal que esta ignorancia puede causar.

7°.- En fin, que un gran número de libros hablan de estos cambios sin indicar suficientemente las ilusiones en que se pueden caer, y los medios que hay que emplear para precaverse de ellas.

No tuve necesidad de entrar en el detalle de estas razones. El Superior General me dijo que habiendo consultado a los hombres más espirituales de su casa, habían opinado que la obra debería imprimirse como estaba y completa; y que así daría al Sr. Arzobispo todo su testimonio a su favor. Esto me lo dijo el 2 de julio de 1779. Habiendo salido de la capital antes de fin de año, no me ocupé ya del asunto; pero supe que la obra no fue impresa.

Pero aun en esto, creo ver una nueva bondad en la Providencia. La utilidad de este escrito es mayor al extenderse a mayor número de personas, y nos parece que no podría escogerse ocasión más favorable para publicarla que

el tiempo presente, en el que el Gobierno se muestra dispuesto a favorecer el restablecimiento de la religión católica entre nosotros. (Época del Concordato).

Entramos en los planes de Dios al ofrecer a los pueblos un medio de volverse hombres nuevos, verdaderos cristianos, adoradores en espíritu y en verdad.

Puedo esperar, pues, con la bendición que ruego al Señor derrame abundantemente sobre esta pequeña obra, que en las presentes circunstancias no será inútil a todos los que deseen aprovecharse de ella. La ofrezco en general a todos los fieles, porque no hay ninguno que no deba recurrir a menudo a la oración, ninguno a quien no sea posible y muy ventajoso el hacer oración mental. Le ofrezco particularmente a las almas fervorosas que trabajan seriamente por adquirir la perfección, porque sin el ejercicio frecuente y conveniente de la oración se lisonjearán en vano de llegar algún día al objeto de sus deseos.

Sí, contra mi voluntad, se me hubiera escapado algo que no estuviera conforme a la doctrina de la santa Iglesia, lo someto completamente a su corrección.

LAUDETUR JESUS CHRISTUS

PRIMERA PARTE

LA ORACIÓN

CAPÍTULO I

NATURALEZA Y EXCELENCIA DE LA ORACIÓN

La oración es una elevación del espíritu y del corazón a Dios, por la cual el hombre rinde a su infinita Majestad el homenaje que esencialmente le debe como a su Creador, soberano Dueño y único fin; sea adorando y contemplando su grandeza e inefables perfecciones, sea alabándolo, sea confesando su dependencia y miserias propias, sea, por fin, pidiéndole humildemente y con confianza todo lo que necesita para el alma y para el cuerpo.

Darse al santo ejercicio de la oración es, pues, separar el pensamiento y los afectos de la tierra y de todas las cosas creadas, para fijarlos en Dios, pasando por encima de todas las criaturas, visibles e invisibles; es dejar al comercio de los hombres para hablar con Aquel cuya omnipotente mano ha sacado de la nada a los ángeles y a los hombres; es ser introducido de alguna manera a la Sociedad de los Espíritus Celestiales y cumplir desde aquí abajo una función que ellos consideran con justicia como el más glorioso de sus privilegios.

Y todo esto no da todavía una idea bastante elevada del ejercicio de la oración. Como oramos siempre por Jesucristo y en Él, en calidad de miembros de Cuerpo Místico, como según el apóstol es el Espíritu Santo mismo quien sufre a nuestra debilidad y ora en nosotros con gemidos inenarrables³², orar es apretar los lazos que el Hijo de Dios ha querido contraer con nosotros, es servirle como instrumento, es comparecer delante del Padre revestidos con sus mismos méritos, así como Él ha querido comparecer revestido de nuestros pecados; es volverse juntamente con Él, y dependiente de Él, intercesor por todo el género humano y especialmente por la Iglesia; es, en fin, usar de un poder sobrenatural que sólo Dios ha podido darnos, como a sus amados hijos, y seguir el atractivo e impulso del Espíritu Santo.

³² Rom 8, 26: Esta enseñanza está profundamente impregnada de la doctrina de San Pablo y de la carta a los hebreos. Sería fácil multiplicar las referencias. Oramos por y en Jesucristo, cabeza del cuerpo místico, del que somos miembros; y es el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús quien ora en nosotros y nos hace conjuntamente con Cristo y en dependencia de Él, intercesores ante el Padre por todo el género humano y especialmente por la Iglesia. Cuanto más se penetre el cristianismo de esta teología de la oración mejor usará su "poder sobrenatural" en la Iglesia y en favor de ella, y más "su" oración será medida de santidad.

Es de gran importancia para todos los cristianos; y sobre todo para aquellos que hacen profesión de tender a la perfección, cuya vida debe ser una vida de oración, el recordar frecuentemente estas consideraciones, a fin de que teniendo siempre presente al espíritu cuán noble y sublime es en sí mismo el ejercicio de la oración, se consideren muy honrados de poderle consagrar un tiempo considerable y que vaya a él cada vez con un ardor nuevo.

La estima que el cristiano tenga por la oración, el celo que lleve a ella, y principalmente la perfección con que la practique, estarán en proporción con los dones que Dios le concederá y con los progresos que hará en el camino de la santidad.

CAPÍTULO II

NECESIDAD DE LA ORACIÓN

A estas consideraciones que muestran la excelencia de la oración, hay que agregar las que nos hacen ver su necesidad.

Necesidad fundada no en Dios, pues infinitamente sabio conoce lo que necesitamos,³³ aun antes de que abramos la boca para pedírselo; infinitamente bueno, su ternura no tiene necesidad de ser excitada por nuestros clamores; infinitamente grande, se basta a sí mismo, y ni su grandeza, ni su felicidad reciben ningún acrecentamiento por las alabanzas y homenajes que le tributemos; necesidad fundada en nosotros mismos, en la naturaleza misma de nuestro ser, dotado de inteligencia y de libertad, en el conocimiento que Dios nos ha dado de sí mismo, en la gratitud que exigen los beneficios que derrama a cada instante sobre nosotros con una profusión enteramente divina, en la dependencia total, absoluta, en que estamos respecto de Él, y que debemos aceptar y reconocer libremente; en fin, necesidad fundada en todo lo que el ejercicio de la oración tiene de glorioso para nosotros, puesto que no podemos orar sin elevarnos por encima de nuestra naturaleza y sin entrar en comunicación con la Divinidad.

Esta necesidad nos es intimada por el mismo Dios, y N. S. Jesucristo nos la impone frecuentemente como un mandamiento en su Evangelio, y nos ha dado el ejemplo en todo el curso de su vida mortal: “Velad y orad -dice- para no caer en tentación”. (Mt 26, 41; Mc 13, 33; Lc 21, 36). “Hay que orar siempre, sin cansarse jamás” (Lc 18,1).

El apóstol nos inculca el mismo deber: “Orad sin interrupción -dice- dad gracias a Dios en todo, pues ésta es la voluntad de Dios en Jesucristo con relación a cada uno de vosotros”. (I Tes 5, 17 y 18).

³³ Alusión al texto de Lc 12,30: “Vuestro Padre sabe lo que necesitáis”, cf. Mt 6,32. En la frase siguiente quizá hay una alusión al episodio de la cananea en Mt 15,22.

CAPÍTULO III

VENTAJAS DE LA ORACIÓN

Las ventajas de la oración responden a su excelencia y a su necesidad. Son innumerables y merecen que las consideremos con cuidado. Las encontramos todas encerradas en las magníficas promesas que hace nuestro amable Salvador a los que oran:

“Pedid y recibiréis” (Mt 7,7).

“Todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre os lo concederá” (Jn 15,16).

Estas promesas son ilimitadas, van tan lejos como el poder que tenemos de pedir, tanto cuanto se extienden los deseos de nuestro corazón.

Tenemos por garantía de su infalibilidad la palabra de la Verdad misma, el poder de Aquel que puede todo lo que quiere.

¿Cuáles serían, según esto, los bienes que la oración no pudiera conseguir? ¿De qué males no podría defendernos? Con ella estamos ya como en posesión de todos los tesoros celestiales. No hay virtud que nos sea impracticable, ni defecto del que no podamos corregirnos, ni deudas que no podamos pagar; no hay combate en el que no tengamos la seguridad de salir victoriosos ni lazos que no podamos cortar, ni tentaciones que no podamos poner bajo nuestras plantas.

La oración es un medio universal que la bondad divina nos ha dado para proveer a todas nuestras necesidades. El pecador encuentra en ella la gracia de la reconciliación; el débil la fuerza; el enfermo la salud; el afligido el consuelo en sus penas; el ciego la luz; el tibio el fervor; el fervoroso la perfección; el perfecto encuentra todos los dones espirituales que necesita para volverse cada día más perfecto.

La oración es un escudo que nos pone a cubierto de los golpes del enemigo, es un dardo cuya fuerza es insostenible para el infierno; es una armadura celestial que nos hace fuertes contra el mismo Dios³⁴.

Hasta el don de la perseverancia final, que es un bien que no podemos merecer jamás, con la oración estamos seguros de obtenerlo.

³⁴ El manuscrito remite a Gen 32,28-29, donde Jacob lucha con Dios: "Ya no te llamarás Jacob sino Israel, porque has sido fuerte contra Dios".

CAPÍTULO IV

SENTIMIENTOS DE ESTIMACIÓN Y DE AFECTO QUE HAY QUE TENER POR LA ORACIÓN

Ya que hemos conocido las inestimables ventajas de la oración, procuremos penetrarnos de la estimación y afecto que merece. Miremos como el tiempo más precioso del día las horas que le están especialmente consagradas.

Estos momentos en que el alma recibe su alimento, en que desprendida de cualquier otro cuidado, se ocupa únicamente de su Creador, en que todo la lleva a Dios, en los que puede, sin temor ni contención, dar rienda suelta a sus santos deseos, esos momentos serán para ella lo que el agua es al hombre sediento, lo que el mar es al pez.

Si la naturaleza enemiga de lo que la molesta y mortifica, siente repugnancia por el ejercicio de la oración, si el espíritu tiene trabajo por recogerse, si la imaginación vuelve a mil objetos extraños, si, como sucede frecuentemente, el demonio se empeña en quitarnos el gusto de este medio de salvación, si para engañarnos mejor cubre sus artificios con apariencia de bien, por violenta que sea la tentación, por sutiles que sean los pretextos de que se sirve el espíritu de mentira para cubrir su malicia, por trabajosa que nos parezca la oración y pequeñísimo el fruto que creemos sacar de ella, no nos dejemos engañar, sino que iluminados por la antorcha de la verdad, veamos el mérito de la oración y los grandes bienes que proporciona, armados de una fe viva, sintamos con más fuerza cuán necesario es darnos más que nunca a este santo ejercicio, y los combates que tengamos que librar para preservar en ella constantemente, serán para nosotros la ocasión de un glorioso triunfo.

CAPÍTULO V

DE LA ORACIÓN COMÚN³⁵

Entre todas las oraciones que se usan en la Iglesia, debemos tener un afecto particular a la oración común y pública, sea en los lugares donde los miembros de una misma familia o comunidad se reúnen para orar como un cuerpo, sea en las iglesias, y sobre todo en las parroquias que son una imagen más perfecta de la Iglesia entera.

“Si dos de vosotros, dice el Señor, se reúnen para orar, mi Padre que está en los cielos les concederá cualquier cosa que pidan, pues dondequiera que dos o tres personas se reúnan en mi nombre, Yo estaré en medio de ellas” (Mt 18, 19-20)

Íntimamente persuadidos de la verdad de esta promesa divina, no dudemos de que el Salvador del mundo está entonces en medio de nosotros, orando con nosotros y por nosotros.

Además, fijémonos en esto: que la oración hecha en común, la unión externa de los cuerpos y de las voces, muestra la caridad que une los corazones, hace más solemne el culto de la unión que de todos los hijos de la santa Iglesia no hace más que un solo cuerpo, y de la que reina entre nosotros, entre todos los cuidados de la Jerusalén celestial; que da mayor fuerza y eficacia a las oraciones; que el fervor de unos suple a los que pudiera faltar a los otros; que estando reunidos los fieles pueden animarse mutuamente, por su ejemplo, al profundo respeto que pide el culto divino y, en fin, que es como una liga santa que forman entre sí para hacer al cielo una violencia que le agrada, y para resistir con más energía a los esfuerzos combinados del infierno.

³⁵ Este capítulo sobre la oración comunitaria y litúrgica no es trivial para su época. En él se recuerdan todos los elementos de la oración eclesial: culto solemne y oficial tributado al Señor, oración de la asamblea cristiana reunida en un mismo cuerpo místico con los elegidos, eficacia de la oración comunitaria, la oración comunitaria signo y expresión del “ágape” viviente en el corazón de cada fiel. Más adelante Clorivière hablará de la oración vocal.

No es posible que “L’Année religieuse” de J. Grisel haya influido algo en este capítulo sobre la oración común. Pero indudablemente influyeron más los prolongados contactos de Clorivière con las benedictinas de Bruselas, de las que fue capellán 5 años. Por otra parte, cuando escribió las CONSIDERACIONES iba de una comunidad de clausura a otra, para alimentar y reavivar la vida espiritual y litúrgica de las benedictinas, carmelitas, visitandinas, etc.

CAPÍTULO VI

DE LA ORACIÓN CONTINUA³⁶

Los cristianos fervorosos no se conforman con orar en los tiempos y lugares señalados para la oración; sobre todo aquellos que el Señor, en su misericordia, ha llamado a un estado más santo, deben considerarse por eso obligados a practicar tanto cuanto les permita la debilidad humana, el consejo que el divino Maestro ha dado a todos los cristianos en general, de orar siempre (Lc 18, 1) y como dice el apóstol “sin interrupción” (I Tes 5, 17).

Cada uno se esforzará, pues, según la medida de la gracia, con dulzura y sin contención de espíritu, por ejecutar todas sus acciones, aun las más indiferentes, como el beber y comer, de manera que se conviertan en una oración continua.

Antes de comenzar una acción, la ofrecerá primero al Señor aunque sea interiormente; en el curso de la obra, de vez en cuando, renovará esta ofrenda, tendrá cuidado de purificar su intención y de pedir las gracias que necesitan para hacerla bien; se mantendrá bajo la mirada de Dios y no olvidarán unirla a las gracias que necesitan para hacerla bien; se mantendrán bajo la mirada de Dios y no olvidarán unirla a las de N. S. Jesucristo, a fin de que sus méritos suplan nuestros defectos; en fin, cuando se termine la acción hay que pedir perdón por las faltas cometidas.³⁷

³⁶ Los consejos, tan sencillos en apariencia, que contiene este capítulo son como el “ABC” de la vida espiritual y de la unión con Dios. El método indicado, por sumario que sea, puede colocar al alma en un clima de fe, de abnegación, de abandono y de atención a Dios que conducirá eficazmente a la oración continua. La oración continua es la condición para entrar en los estados de oración que se explican más adelante.

³⁷ Clorivière propone en este método:

1º El ofrecimiento de la acción antes de emprenderla, que es purificación de intención y petición de gracias.

2º La acción realizada en presencia del Señor y unida a la suya.

3º El examen de la acción terminada para agradecer y pedir perdón.

Este método recuerda “la oración preparatoria” de cada ejercicio que encontramos en el libro de San Ignacio: “... pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina Majestad” (Ej. espirituales 46).

Sin duda que los que no están aún muy adelantados en las vías de Dios, no podrán practicar esto de una manera muy perfecta; no lo esperamos de ellos. Bastará que lo deseen, que lo pidan y que hagan algunos pequeños esfuerzos para llegar a ello.

La gracia, que se complace en secundar las santas resoluciones que inspira, los hará poco a poco capaces de otros esfuerzos mayores, y a medida que avancen en la perfección, con los auxilios más abundantes que les va comunicando, harán sin trabajo y de una manera muy sencilla, lo que indicamos aquí como el medio de hacer continua su oración, porque estarán entonces más animados del Espíritu de Jesucristo.

CAPÍTULO VII

POR QUIÉNES Y POR QUÉ FINES HAY QUE ORAR

Es un deber orar por los hombres, por la perseverancia de los justos, por la conversión de los pecadores, infieles e impíos, por nuestros enemigos, por el descanso y libertad de las almas del purgatorio, por la prosperidad del Estado y por la exaltación de la santa Iglesia.

Por estas intenciones ofrezcamos nuestras acciones y sufrimientos y considerémonos como destinados, a ejemplo de nuestro divino Salvador, y en unión con Él, a apaciguar por una vida penitente y fervorosa, la cólera de un Dios justo, irritado por los pecados de los hombres. El dolor que debe penetrarnos al recuerdo de nuestros pecados propios, y de los ultrajes que no cesa de recibir la Majestad divina, el celo ardiente por la gloria de su nombre, una tierna caridad hacia los hombres, una fe viva que nos muestre claramente y nos haga sentir más la magnitud de los bienes de que se privaron casi siempre por culpa suya y de los males que los amenazan, nos llevarán a elevar nuestras plegarias al Señor para que todos los hombres reciban el fruto de la Sangre que Jesucristo ha derramado por ellos.

CAPÍTULO VIII

LO QUE HAY QUE PEDIR Y CÓMO PEDIRLO³⁸

En las peticiones que hacemos a Dios hay que buscar, primero y principalmente su gloria, y después todo lo que concierne a nuestra salvación y a la del prójimo según el modelo que nuestro divino Maestro nos ha puesto en la oración dominical. Podemos, y aún debemos, orar por las necesidades de la vida, tanto por las nuestras como por las de los demás; pero entonces tengamos cuidado de no pedir los bienes superfluos que son por consiguiente peligrosos y contrarios al espíritu de pobreza que Jesucristo ha recomendado tanto en su Evangelio.

Todo lo que no tiende a la eternidad, todo lo que no puede volver nuestra alma más hermosa y agradable a los ojos de Dios, no merece nunca ocupar nuestra atención; pero cuando conversamos con la divina Majestad en la oración, entonces es para nosotros un deber indispensable el alejar esos objetos de nuestro espíritu y colocarlos entre las cosas bajas que no merecen que las pidamos a Dios.

En cuanto a las cosas indiferentes que pueden servir o perjudicar al bien del alma, según el uso que se haga de ellas, no las pidamos sino de una manera condicional, tanto cuanto puedan contribuir a su gloria, y con una entera conformidad a su beneplácito.³⁹

³⁸ Extrañarán los fines esenciales y fundamentales asignados a cualquier oración: "Primero y principalmente la gloria de Dios" y "para que todos los hombres reciban el fruto de la sangre que Jesucristo derramó por ellos" (fin del capítulo VII). La oración debe ser universal, eclesial, de dimensiones mundiales: glorifica a Dios. Gloria in excelsis Deo, y a su Hijo Jesucristo que nos salva por su sangre.

³⁹ Esta doctrina no es más que una aplicación del "Principio y Fundamento" de los EJ. espirituales de S. Ignacio: el uso de las criaturas está subordinado a la gloria de Dios y a la total conformidad con su voluntad.

CAPÍTULO IX

DE LA PREPARACIÓN REMOTA DE LA ORACIÓN

“Antes de la oración preparad vuestra alma, dice el Sabio (Eclo 18, 23), y no seáis como un hombre que tienta a Dios”⁴⁰.

Para seguir este consejo, del cual depende en gran parte el éxito de la oración, hay que tener cuidado de disponerse a este santo ejercicio por una gran pureza de conciencia, de corazón, de espíritu y de acción; en estas cuatro clases de pureza consiste la preparación remota de la oración.

La pureza de conciencia⁴¹ proviene de una voluntad firme y constante de no consentir jamás la menor ofensa a Dios, voluntad que es preciso renovar todas las veces que se nos escape algún acto contrario.

El profeta rey nos hace comprender la necesidad de esta disposición cuando dice: “Si me hubiera reprochado la conciencia algún apego al mal, el Señor no habría escuchado mi oración” (Sal 65, 18). Nuestro Señor nos la recomienda también y une a su recomendación las mejores promesas.

“Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiéreis y se os otorgará” (Jn 15,7).

La pureza de corazón⁴² consiste en vivir exento no sólo de todo afecto pecaminoso, sino aún de todo amor a la criatura que no sea puramente por

⁴⁰ Eclo 18, 23: Ahora este texto se traduce así: “antes de hacer un voto, prepárate...”

⁴¹ Texto de Caussade: “¿En qué la hacéis consistir? En una firme disposición de la voluntad para no querer consentir nunca deliberadamente en la menor ofensa a Dios; disposición habitual que muy bien puede subsistir a pesar de varios actos contrarios que se escapan de vez en cuando, pero que son rechazados inmediatamente”.

⁴² Texto de Caussade: “Consiste en tener el corazón libre de todo apego, no sólo pecaminoso, sino de los que se llaman inocentes, puesto que comparten con la criatura un corazón que está hecho sólo para Dios”.

La pureza de corazón es una noción central de la Doctrina espiritual de Louis Lallemant. Clorivière adoptó las enseñanzas de Lallemant sobre la pureza de corazón especialmente en sus cartas de dirección, aunque aquí haya preferido seguir el desarrollo y la división de Caussade.

En sus “Exercices de trente jours” compuestos casi diez años antes de las CONSIDERACIONES la pureza de corazón ya era tomada... en el sentido de Lallemant y alcanzaba la cima en la escala de las purezas: “El conocimiento de Dios con ayuda de una fe luminosa corresponde de ordinario al grado

Dios; amor del que nacen necesariamente mil cuidados, mil pensamientos, mil inquietudes que llenan el alma, que la agitan y son la fuente principal de sus distracciones en la oración.

La dulce confianza que debe acompañar a la oración y que más que ninguna otra cosa conmueve el corazón de Dios, y lo lleva a concedernos todo lo que le pedimos, esta confianza, decimos, es enteramente incompatible con el amor desordenado de cualquier criatura.

La pureza de espíritu⁴³ es el fruto del cuidado que se ha tenido durante mucho tiempo de reprimir esa ligereza natural, esa excesiva actividad, que hace salir al alma de sí misma, a cada momento, para derramarse en las criaturas, y satisfacerse de una multitud de objetos sensibles y de reflexiones inútiles, que la ocupan de tal manera, que las verdades celestiales y el mismo Dios ya no encuentra lugar.

Para orar como conviene, es preciso, pues, velar constantemente sobre nosotros mismos para impedir que alguna cosa inútil penetre en nuestro espíritu y lo llene.⁴⁴

La pureza de intención⁴⁵ de que se trata aquí, depende completamente del cuidado que se tiene de dar a cada acción los motivos más puros y referirlos

pureza de corazón". Y el 14-8-1802 escribirá a A. de Cicé: "Aplicábase ante todo a adquirir y conservar una gran pureza de corazón; lo que requiere un cuidado continuo de huir hasta de la sombra del pecado, de reprimir las inclinaciones naturales, de mortificar incluso el ardor de sus buenos deseos, de vigilar sobre los sentidos y sobre el uso de sus facultades espirituales, de mantener continuamente la mente y el corazón elevados hacia Dios para recibir de Él la luz y la fuerza que necesite, en fin, de vivir en una gran dependencia del Espíritu Santo" (Lettres, p. 164).

⁴³ Texto de Caussade : "¿En qué consiste esta pureza? Es hacerse dueño de un cierto desenfreno del espíritu que lo lleva naturalmente a pensar en todo lo que agrada, cuando no percibe nada malo en ello, o por lo menos en haber adquirido bastante dominio sobre ese espíritu para moderar yo no sé qué actividad que lo hace correr sin parar tras las vanas imágenes de los objetos sensibles... Es una necesidad de resistir continuamente al desenfreno natural del espíritu, una necesidad de reprimir sin cesar su actividad natural..."

⁴⁴ El manuscrito añade: Es a lo que se aplicarán los hermanos seriamente durante toda la jornada, manteniéndose continuamente en la presencia de Dios".

La vigilancia de los pensamientos es un leit-motiv de la literatura espiritual; los Padres del desierto y los monjes insistieron con fuerza en ello. La meditación de las tres potencias tiene como efecto despejar la imaginación y la inteligencia de todo lo inútil para ocuparlas sólo en las cosas de Dios y en Dios mismo.

⁴⁵ Texto de Caussade: "Consiste no en el cuerpo de nuestras acciones, sino en la pureza de los motivos que nos hacen actuar y que en general se reducen todos a no actuar precisamente más que por el amor

sinceramente a Dios. “Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado” (Mt 6, 22).

Si se aplica uno cuidadosamente a los medios que hemos indicado al hablar de la oración habitual,⁴⁶ seguramente adquirirá en alto grado estas cuatro clases de pureza; pero en vano se lisonjeará de llegar a ellas sin el auxilio de la mortificación, cuya misión es mantener el cuerpo en servidumbre, ordenar los sentidos y reprimir las inutilidades del corazón y del espíritu. Si no tenemos una gran fidelidad para combatir todas las inclinaciones de la naturaleza, no podemos esperar el llevar a la oración las disposiciones que exige, ni adelantar en los caminos de Dios. Cualquier atractivo que nos desvíe de esta finalidad, debe parecernos una mera ilusión.

por el amor de Dios o según el orden de Dios... Tratando de no actuar en todo más que con el único designio de agradar a Dios, es decir, por el único motivo de puro amor, sin excluir los demás motivos”.

⁴⁶ Clorivière remite, efectivamente, al Cap. 6: De la oración continua.

CAPÍTULO X

DE LA PREPARACIÓN PRÓXIMA

La preparación próxima de la oración consiste en un recogimiento más íntimo durante el cual el alma, ayudada por un acto de fe, se establece en la presencia de Dios, recordando su Majestad, santidad y amor.

La alta idea que se forma de la divinidad la penetra del más profundo respeto y de la confianza más viva; le pide la gracia y las luces que necesita para orar bien y se reconoce indigna de comparecer ante Él⁴⁷ a causa de su gran miseria y de sus iniquidades.

Por este acto de recogimiento hay que comenzar todas las oraciones. No podemos faltar a este deber sin sentir disminuir nuestro fervor, y sin que se deslicen muchos defectos e imperfecciones, que nos harán perder el mérito de ella y aun podrían cambiar en motivo de condenación lo que de suyo debe ser para justificarse.

Sobre todo es muy necesario penetrarnos de los más bajos sentimientos de nosotros mismos y de anonadarnos a la vista de nuestros pecados, siempre que queramos presentarnos ante el trono de Dios para solicitar sus favores.

Es el medio más eficaz para atraer sobre nosotros miradas benévolas del Señor, y para hacer valer nuestras peticiones.

La oración del humilde traspasará las nubes y no reposará hasta acercarse al Altísimo. (Eclo 35, 21).

⁴⁷ Nuestra oración es la del hombre pecador. El acto de fe por el que reconocemos "La majestad, la santidad, el amor" de Dios, ante el cual estamos, es esencial en toda la oración. No se concibe otro modo de actuar. Esos actos de fe repetidos en la oración y en la acción (Cap. 6) nos harán vivir poco a poco en continua presencia de Dios. En el momento de la oración tomamos una conciencia más viva de ello.

CAPÍTULO XI

CARACTERÍSTICAS DE LA ORACIÓN

Preparándose a la oración en la forma que se acaba de indicar, se tendrá menos trabajo para perseverar en este santo ejercicio, y para dar a la oración los caracteres que deben tener.

Un profundo respeto

Respeto interior, que consiste en reprimir tanto como sea posible las divulgaciones de la imaginación y mantener las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, constantemente fijas en Dios, considerando que Dios no ve nada más como ven los hombres lo que aparece por fuera; sino que penetra en lo que tenemos de más interior y de más secreto. (I Re 16,7; Heb 4,12).

Respeto exterior que pide que conservemos siempre la postura más decente, ya sea de rodillas, ya sea que nos veamos obligados a tomar una postura menos incómoda. San Juan Clímaco dice a este respecto que los que están penetrados de un vivo sentimiento de la presencia de Dios, permanecen durante la oración como una columna inmóvil que ni los demonios, ni los objetos exteriores pueden mover.

La más íntima humildad

Hay que entrar en los sentimientos del real profeta cuando decía que se presentaba delante de Dios como una nada (Sal 38,6).

No quiere decir que no hubiera recibido de Dios grandes dones, que no hubiera hecho cosas grandes por Dios; mas viendo todo esto como efectos de la bondad divina, atribuye toda la gloria al Señor;⁴⁸ no mira en sí mismo más que lo que le es propio y no ve en sí más que la carencia total de todo bien, de toda

⁴⁸ Alusión también al Sal. 113,9: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria". Se notará con cuánta frecuencia las CONSIDERACIONES nos invitan a orar con los textos de la Escritura.

sabiduría, de toda santidad, de todo poder.⁴⁹ Se considera tal cual es, cuando no existiendo más que en la mente del Creador, no era nada en sí mismo, y no podía en consecuencia merecer nada, ni pretender nada.

En este estado es como el alma debe presentarse ante Dios en la oración, para recibir en cierto modo de nuevo el ser, y todos los dones, tanto naturales como sobrenaturales, que se sirva concederle; reclamando esto nada más de su bondad y esperando lo que le conceda como un puro efecto de su misericordia. Debe comparecer delante de Dios con la confusión que merece su calidad de pecador, calidad que nos coloca todavía más abajo de la nada. En esta calidad⁵⁰ somos más merecedores de su justa cólera⁵¹ que acreedores a sus beneficio, dignos del desprecio de todos los seres creados, dignos de ser excluidos para siempre del Reino celestial y de ser relegados en el abismo del infierno para ser allí presa del fuego eterno.

Estamos en realidad enriquecidos con los beneficios de Dios, no tenemos perdida todavía la cualidad de hijos, estamos completamente cubiertos con la sangre de Jesucristo; mas todos estos títulos de nobleza y de grandeza se han convertido para nosotros en objeto de aprobio por el mal uso que hemos hecho. ¿Conviene comparecer delante de nuestro Padre, habiéndonos portado como hijos ingratos y desnaturalizados? ¿Conviene reclamar la sangre de Jesucristo

⁴⁹ Con facilidad se tacharían de exageradas semejantes afirmaciones, si no se supiera que solo Dios es "todo bien, toda sabiduría, toda santidad, todo poder" y que no somos nada ante la trascendencia y la omnipotencia divinas. Las expresiones empleadas por S. Ignacio en la meditación de los pecados personales ayudarán a comprender mejor esta página: "Considerar quién es Dios contra el cual he pecado... su bondad a mi perversidad" (Ej. espirituales, 59)

⁵⁰ "Calidad" en sentido estricto significa propiedad de un ser o de una cosa. Nosotros somos propiamente pecadores, es nuestro estado. Clorivière se complace en desarrollar -en unos términos habituales a los autores espirituales y que no se pueden tomar al pie de la letra el pensamiento de la "nada" que es el salmista y todos los hombres con él.

Si como criaturas no somos más que "nada", ¡qué diremos como pecadores! Somos indignos de ser criaturas de Dios, "la calidad de pecadores nos rebaja más abajo de la nada". Pero recordemos que "nuestra miseria y nuestra debilidad quedan como sepultadas en la inmensidad de los beneficios de Dios. La doctrina de este capítulo forma un todo. Aislar un desarrollo de él lo endurecería y torcería el pensamiento. Ver la "Lettre à une personne tourmentée", página 479.

⁵¹ La Escritura pone en Dios sentimientos humanos de cólera, de venganza o de odio. Se comprende que Dios no pueda amar a los que lo rechazan, y sin embargo, su amor se sigue ofreciendo a todos. Las criaturas, hermosas al salir de las manos del Creador, ¿no deberían también apartarse de los ingratos pecadores? Sin embargo, no lo harán. "Recorrer todas las criaturas, explica S. Ignacio, cómo me han dejado en vida y conservado en ella; ... y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos" (Ej. espirituales, 60).

que tantas veces hemos pisoteado? ¿Conviene presentarnos ante el Dios de santidad, no siendo por nosotros mismos más que corrupción y pecado?

Con estas consideraciones y otras semejantes que podemos fácilmente recordar nos acostumbramos a conservarnos durante la oración en estos sentimientos de humildad de los que dependen en gran parte su mérito y su eficacia.

Un fervor sólido

Este fervor es independiente del gusto, de las luces, de las consolaciones que hacen la devoción sensible, sentimiento delicioso, cuya dulzura adormece en nosotros los movimientos de la naturaleza, hace que el alma encuentre su contento y reposo en el ejercicio de la oración.

Esta devoción es un don que hay que recibir con gratitud; pero no depende de nosotros el tenerlo: como no es lo que hace nuestra oración más meritoria y más agradable a Dios, no se puede proponer como uno de los caracteres de la oración; aún hay que tener cuidado de no apoyarse mucho en ella y tener allí su satisfacción cuando le ha sido concedido, ni desearlo vivamente cuando estamos privados de ella. Sería buscar el propio contentamiento y no el de Dios.

El fervor⁵² sólido y verdadero es un deseo real y constante de agradar a Dios; deseo que no siempre es sensible, pero que se advierte por los efectos y ante todo los estados de ánimo, aún los más penosos y humillantes, en los que Dios permite a veces que estemos durante el ejercicio de la oración; deseo que es en nosotros el efecto de una fe viva, de una esperanza firme, de un amor puro.

El medio para despertar sin cesar en nosotros este fervor, es considerar frecuentemente lo que le debemos a Dios, la grandeza de los bienes que pedimos en la oración y la necesidad que tenemos de alcanzarlos.

⁵² La consolación sensible puede tener como causa a Dios, al demonio o a nosotros mismos. Distinguir con cuidado el fervor sólido de la consolación sensible. Esta doctrina hay que relacionarla con la de S. Ignacio en los Ejercicios espirituales cuando explica lo que es la consolación espiritual (nº 316).

Una confianza filial

Que nuestro divino Maestro nos impone, es el primer sentimiento y el primer deber cuando en la oración que se dignó enseñarnos, dice consideremos a Dios bajo el dulce título de Padre. Tomó verdadero empeño en inculcarnos esto, tanto por los preceptos más formales como por las parábolas más conmovedoras.

Ha atribuido a la confianza la mayor parte de las curaciones milagrosas relatadas en el Evangelio; es la medida que regulariza los dones que se reciben de Él; se compromete a no rehusarle nada: "Tened fe cierta de recibirla y se os otorgará"⁵³.

La confianza no tiene nada de contrario a la humildad y debe acompañarla siempre, pues sin ella la humildad no sería verdadera; nos debilitaría y nos llevaría al abatimiento en lugar de fortalecernos y de afianzarnos más en Dios y provendría más bien de un ardid del espíritu de malicia que del Espíritu Santo.

Para practicar la humildad consideramos, ayudados por las luces de la verdad, lo que somos de nosotros mismos, pero es preciso, ayudados de esta misma divina luz, considerar lo que somos por efecto de la bondad de Dios, y por la alianza estrecha que Jesucristo ha querido contraer con nosotros.

Cuando lo hacemos desaparecen nuestra miseria y nuestra debilidad, son como absorbidas en la inmensidad de los beneficios de Dios; la misma fealdad y la multitud de nuestros pecados son consumidos por el ardor incomprensible de la caridad.

Somos los hijos queridos del Altísimo; el sello de sus perfecciones está grabado en nuestras almas; somos imágenes vivas de su Majestad, asociados a los espíritus bienaventurados, hermanos de su Hijo, miembros de este mismo Hijo hecho hombre, Jesucristo es nuestra cabeza y como tal nos comunica la vida; su sangre, sus sufrimientos, sus virtudes, sus méritos, todos sus derechos, su Reino, en una palabra, todo lo que ha hecho, todo lo que posee es nuestro; y recíprocamente todo lo que somos le pertenece; todo lo que hacemos, todo lo

⁵³ Mc 11,24; Jn 15,7. En este párrafo el autor recurre a cantidad de palabras y de acciones del Señor, cuyas referencias no da, que serían demasiado numerosas. Su preocupación es fundamentar siempre en la Escritura su doctrina sobre la oración.

hace, Él lo pide por nosotros y dentro de nosotros. No podemos pedir nada demasiado grande, nada que no hayamos de antemano merecido en Jesucristo y por Jesucristo; Dios, a menos que se dé a Sí mismo, no nos puede hacer un don semejante al que Jesucristo le ha ofrecido por nosotros.⁵⁴

¿Cómo, pues, pudiera faltarnos la confianza en la oración? ¿Cómo no estar completamente seguros con tan incontables pruebas del amor de Dios para nosotros? ¿Por tantas promesas repetidas tan frecuentemente y con tanta solemnidad?

Aquel que nos ha dado a su Hijo único, dice el apóstol, que lo entregó a la muerte por nosotros, ¿no nos ha abierto al mismo tiempo todos los tesoros? (Rom 8,32) ¿Se habrá reservado para sí algún otro bien que no nos haya dado?...

Puede suceder, aún debe suceder según la conducta ordinaria de Dios sobre las almas, que durante la oración nos asalten sentimientos de desaliento; entonces es cuando debemos recordar las consideraciones que son capaces de reanimar nuestra confianza. Recordemos que cuando hemos tenido la desgracia de olvidar que somos hijos de Dios, Dios mismo no ha olvidado que es nuestro Padre, que esta cualidad inclina su corazón en nuestro favor y que después de todo tenemos cerca de Él un intercesor, un abogado, al que no se le puede rehusar nada. (cf 1 Jn 2,1).

Una constancia firme y generosa

Este sentimiento está fundado en los mismos motivos que el anterior, y nuestro Señor nos obliga a él en varios pasajes del Evangelio. Dios no puede faltar a la palabra que nos ha dado. Nos concede todo lo que le pedimos. De esto debemos estar seguros, pero lo hace a menudo de un modo que no nos es conocido.

Frecuentemente tiene más en cuenta la intención de nuestro corazón que lo que pedimos, porque ve nuestra buena voluntad de agradecerle al mismo tiempo que creemos que aquello es lo más ventajoso para nosotros. A menudo también tarda mucho tiempo en escucharnos aunque le pidamos cosas buenas.

⁵⁴ Esta página recoge el conjunto de los temas cristológicos evocados ya al principio del tratado (Cap. I) para afirmar que nuestra confianza filial no se funda simplemente en sentimientos afectivos, sino en la enseñanza irrefragable de la Escritura. Más tarde Clorivière desarrollará ese tema con complacencia en su COMMENTAIRE DU DISCOURS APRÈS LA CÈNE (Cap. 14, ver. 6)

tiempo que creemos que aquello es lo más ventajoso para nosotros. A menudo también tarda mucho tiempo en escucharnos aunque le pidamos cosas buenas.

Si no consultara más que a Sí mismo, el deseo inmenso que tiene de comunicarse a nosotros, le llevaría a concedernos sin tardanza todos los bienes que solicitamos, pero nuestro interés exige que obre de otra manera.

Lo hace para mantenernos en la humildad, para que sintamos más el valor de sus favores y la necesidad que tenemos de ellos; a fin de que cuando los hayamos obtenido, le devolvemos a Él la gloria y que los estimemos más; y porque la tardanza despierta nuestro fervor y nos hace practicar muchas virtudes que cada día aumentan nuestros méritos y nos acercan a la perfección.

No perdamos de vista estas consideraciones; nos serán muy necesarias, sobre todo cuando tengamos la tentación de creer que cuando nuestras oraciones tardan mucho en ser oídas.

Que nuestra oración sea respetuosa, que sea humilde, que sea fervorosa, que esté animada por la confianza, en fin, que sea constante y perseverante, y no tardaremos entonces en conocer por propia experiencia la infalible verdad de este oráculo de nuestro divino Maestro: el que pide, recibe; el que busca encuentra y al que llama se le abrirá. (Lc 11,10).

CAPÍTULO XII

DEL CUIDADO QUE SE HA DE TENER PARA COMBATIR LAS TENTACIONES CONTRA LA ORACIÓN

El enemigo de la salud que conoce que sus artificios y esfuerzos son impotentes contra aquellos que verdaderamente se han dado a la oración, acostumbra poner en práctica todo lo que puede para inspirarles disgusto por este santo ejercicio, o impedirles sacar fruto de él.

Si estamos bien penetrados de la excelencia, de la necesidad y de las innumerables ventajas de la oración, nos prevendremos contra el primero de estos peligros. Evitaremos el segundo llevando a la oración las disposiciones que exige.

Conviene además, y es consecuencia de lo que hemos dicho, que tengamos horror y nos reprochemos vivamente todas las negligencias voluntarias en las que podemos incurrir durante la meditación. Hay que juzgar de la magnitud de estas faltas por el respeto que debemos a la Majestad divina que entonces se digna escucharnos.

CAPÍTULO XIII

LAS DISTRACCIONES

Guardémonos, sin embargo, de caer en demasiada inquietud en lo que se refiere a las distracciones que nos pueden sobrevenir durante la oración, sin que haya en esto culpa de parte nuestra o bien que esta falta sea muy ligera y efecto casi inevitable de la inconstancia natural del espíritu humano. Para estar al abrigo de esta tentación, de la cual el espíritu malo se vale contra las almas más fervorosas, es necesario conocer las diferentes clases de distracciones.

Algunas provienen del corazón. Se piensa naturalmente en lo que se ama. Cuando se tiene demasiado afecto a algún objeto, a algún empleo, a sí mismo, se ocupa de ello, se llena todo de lo que concierne a este objeto amado. Entonces, en el momento de la oración, se elevan un cúmulo de pensamientos, de imágenes, por decirlo así del corazón y se presentan al espíritu. Estos pensamientos son en su principio voluntarios, aunque no lo sean siempre actualmente, si no se tiene cuidado de combatirlos. Este combate no basta; hay que cortar la raíz purificando el corazón.

Hay otras distracciones que provienen del espíritu. Estas no son voluntarias, sino cuando se descuida el rechazarlas, a menos que sean ocasionadas por una gran disipación o demasiado pensar en objetos extraños a nuestro estado, o por el poco cuidado que se tenga de recogerse y de velar sobre los sentidos. Como, hablando en general, el corazón no tiene parte alguna en la producción de esta clase de distracciones, no hay que preocuparse tanto, sino en el caso de dejarse llevar de ellas voluntariamente o de no desecharlas con prontitud; son el efecto de la debilidad de nuestro espíritu que no puede deshacerse del pensamiento de las cosas que lo ocupan; a veces, el demonio se sirve del poder que tiene sobre nuestra fantasía,⁵⁵ y sugiere por su medio al espíritu mil ideas extravagantes y peligrosas.

A veces, en fin, Dios permite que todo esto se acumule para probar a un alma que ama, y ésta se encuentra durante algún tiempo en un torbellino de pensamientos, de los que no puede por nada desprenderse.

⁵⁵ Fantasía (del latín phantasia) por imaginación, era expresión corriente en el siglo XVII, y ya menos frecuente en el VIII.

Cuando hayamos hecho todo lo que está en nuestro poder para prepararnos a la oración, cuando nuestro corazón se haya desembarazado de todo afecto vano y desordenado, que hayamos tenido cuidado de recogerlos de cuando en cuando durante el día, que nuestras acciones se hayan hecho por Dios; que al principio de la oración hayamos dirigido hacia Él más especialmente nuestra intención y que, en fin, durante la oración, tengamos constantemente firme voluntad de rechazarlas lo mejor que podamos; por grandes, por continuas, por malvadas que puedan ser las distracciones que nos asaltan, no nos deben atribular; el deseo que tenemos de ser librados de ellas, la humillación que sentimos de vernos sujetos a ellas, lo que estas distracciones nos hacen sufrir, son razones suficientes para persuadirnos de que no son voluntarias.

Hagamos, sin duda, algunos esfuerzos para rechazarlas, pero que no sea combatiéndolas directamente: evitemos también el examinar si son voluntarias, hasta qué punto lo son y lo que puede ser la causa de ellas; este examen puede dejarse para más tarde. Basta entonces recogerse un instante, elevar su espíritu a Dios y continuar la oración con más atención y fervor.

Si las distracciones vuelven sin cesar a la carga y hasta parece que triunfan de nuestro esfuerzo, humillémonos y suframos pacientemente esta prueba, sin perder para nada la paz de nuestra alma. De cualquier causa que venga, si persistimos con fidelidad en la determinación que hemos tomado al principio de la oración de bendecir a Dios y alabarle con todas las fuerzas de nuestra alma, nuestras distracciones pueden hacer nuestra oración más penosa, pero no menos agradable a Dios y servirán al mismo tiempo para aumentar el mérito y la utilidad.

CAPÍTULO XIV

HAY QUE PEDIR A MENUDO A DIOS EL ESPÍRITU DE ORACIÓN

Si estamos convencidos de que para hablar dignamente con Dios es necesario que su divina Majestad misma nos enseñe a hacerlo,⁵⁶ y nos dé su gracia, debemos imponernos el deber de solicitar sin cesar esta gracia, gracia inestimable, gracia completamente necesaria, a los que sinceramente desean avanzar cada día en las vías de Dios; gracia preciosa, que se convertirá en fuerza, luz, consolación; gracia, en fin, fuente de infinidad de gracias con cuya ayuda podremos marchar sin temor por estos caminos escarpados por donde nuestro Señor nos lleve y que nos son trazados en su Evangelio.

No conoceremos haber obtenido esta gracia sino cuando tengamos hacia la oración esta alta estima, este afecto cordial, que nos llevan a suspirar sin cesar por ella y nos hacen sobreponernos generosamente a todas las dificultades que se encuentran en este santo ejercicio.

No nos hagamos ilusiones de haberla conseguido con cierta perfección, sino cuando hayamos adquirido la santa costumbre en la que consiste la oración habitual⁵⁷ que nos ha sido recomendada con tanta insistencia por los maestros de la vida espiritual, y que debe ser el objeto de los deseos de todos los verdaderos cristianos, sobre todo de aquellos que se proponen poner en toda su conducta la perfección evangélica.

PASAJES DE LA ESCRITURA

Es preciso orar siempre sin cansarse jamás (Luc 18).

En verdad, en verdad os digo: todo lo que pidiéreis a mi Padre en mi nombre... (Jn 16)

⁵⁶ Alusión a la petición hecha por los apóstoles al Señor: "Señor, enséñanos orar" (Lc 11,1)

⁵⁷ Se ha hablado de la "oración continua" en el Cap. 6.

Tal Espíritu sostiene nuestra flaqueza, pues no sabemos pedir nada en la oración como es preciso. El espíritu mismo pide por nosotros con gemidos inenarrables. (Rom 8)

No hay más que un Señor de todos y es rico para todos los que lo invocan. (Rom 10).

Pedís y no recibís, porque pedís mal (Santiago 4).

SEGUNDA PARTE

LA ORACIÓN MENTAL

CAPÍTULO I

ESTIMA QUE HAN TENIDO LOS SANTOS DE LA ORACIÓN MENTAL

Los Santos y los Maestros de la vida espiritual han prodigado magníficos elogios a la Oración mental, a este ejercicio en el que el alma, desprendiéndose tanto cuanto le es posible de la esclavitud en que los sentidos la tienen con relación a los objetos que son de su incumbencia, se recoge dentro de sí misma y se sirve de todo el imperio que tiene sobre sus propias potencias para aplicarlas a los objetos sobrenaturales de la fe, a Dios mismo, y a todo lo que más la puede llevar a Dios. Le han atribuido, de un modo especial, todas las excelencias, todas las ventajas, que pertenecen a la Oración; unánimemente la han visto como el medio más poderoso y eficaz para retirar del vicio, para romper con hábitos malos, para penetrarse bien de la importancia de la salvación y del alcance de las obligaciones que nos impone la calidad de cristianos, para aprender a mortificarse, para adquirir las ilusiones y desconcertar sus artimañas, para aprender a mortificarse, para adquirir las virtudes sólidas, para someterse en los senderos penosos a la naturaleza que nos ha trazado el Evangelio, para marchar con valor en seguimiento del Hombre Dios, en fin, para practicar con perseverancia lo que estas lecciones y estos ejemplos han enseñado a los hombres de más sublime y de más perfecto.

Conociendo cuánta fuerza y eficacia tiene este medio, los santos lo han practicado en el grado que su estado y sus ocupaciones indispensables se lo han permitido recurriendo a ella todo el tiempo. La oración era para ellos una escuela en donde el Espíritu Santo les servía de maestro⁵⁸, un gabinete misterioso a donde se retiraban para defenderse de sus enemigos, un jardín de delicias, donde, lejos de las criaturas, se entretenían con el Esposo de sus almas, un gabinete misterioso en el que el gran Rey les ha descubierto sus secretos más profundos, un lazo sagrado que los unía fuertemente, pero de un modo sublime, al único objeto de su amor, un encanto divino que los atraía poderosamente tras Él, y los hacía correr con más ardor al olor de sus perfumes⁵⁹.

⁵⁸ El Espíritu Santo, maestro de oración, es un punto esencial de la doctrina espiritual de Clorivière; ver sobre todo el Cap. XLI y la Introducción.

⁵⁹ Varias de estas expresiones y comparaciones, tomadas del Cantar de los Cantares serán recogidas y explicadas más adelante, con ocasión de la oración de quietud (Cap. XXXIII, XXXIV, XXXV) y de unión (Cap. XXXVIII).- "Gabinete misterioso" es una expresión inusual, que aquí equivale a "fondo del alma".

En vista de estas múltiples prerrogativas de la oración mental, entremos en los sentimientos que los santos han tenido a su respecto para sacar, como ellos, las más grandes ventajas; tengamos cuidado y empeño de aficionarnos a fondo en todo lo que le concierne.

CAPÍTULO II

NO HAY QUIEN NO PUEDA HACER ORACIÓN

El espíritu malo, para evitar que nos demos a la oración, o para hacer que la abandonemos, se esfuerza a veces por persuadirnos de que no somos para el caso, que no somos capaces, que no tenemos la virtud que pide un ejercicio tan elevado.

Error pernicioso que acostumbra cubrir con un velo de falsa humildad, error que proviene a veces de la multitud de detalles de que se ven llenos los diferentes métodos de oración y siempre de la ignorancia que se tiene de lo que es en sí la verdadera oración y del modo como hay que hacerla.

Error, por consiguiente,⁶⁰ del que nos es fácil defendernos, reflexionando que la buena oración depende más bien del corazón que del espíritu, que estando uno instruido en las principales verdades de la religión, es capaz de pensar en ellas y de sacar de allí motivos para vivir bien y para amar, siendo esto suficiente para hacer una excelente oración; que la mejor oración no es aquella en la que se razona mejor, sino aquella en donde se penetra más de los sentimientos que se deben tener; que la sutileza del espíritu y la capacidad natural estorban luego más que lo que sirven a la oración; en fin, que el Espíritu de Dios no quiere que se obre con contención, ama la libertad y permite a cada uno seguir su atractivo particular, cuando este atractivo es bueno y lleva al espíritu cosas santas.

⁶⁰ Nunca se insistirá bastante en este equívoco: transformar la oración, que debe estar hecha de oraciones vocales, de actos de presencia de Dios, de impulsos de amor y de humilde ofrenda, en una meditación "en la que se razona", en la que se pusiera en actividad "la sutileza de la mente" y nuestros conocimientos intelectuales. El "corazón" aquí se opone a la "mente" al ingenio intelectual. El óbolo de la viuda y el grito de la cananea eran indicio de su fe: las dificultades intelectuales de Nicodemo lo retenían en el umbral. Una palabra muy sencilla, una actitud aparentemente banal del Señor arrebatan al alma más humilde y la "transforman" en Dios, mientras podríamos leer y escrutar la Biblia entera sin que esta búsqueda contribuya a hacernos formular un acto de amor de Dios. "La buena oración depende mucho más del corazón que de la mente", por eso muchas almas muy sencillas y amantes son atraídas a ella. Gustosamente se unirá este principio con el que ya enunciaba J.- P. Caussade: la oración "debe ser la obra del corazón mucho más que de la mente, y de un corazón que habla con una confianza filial a aquel que Jesucristo nos manda llamar Padre nuestro desde el comienzo de la oración".

Si nos penetramos de antemano de estas reflexiones y persistimos en la firme voluntad de agradar al Señor y de trabajar seriamente en nuestra perfección, no tendremos que temer a pesar de todas las dificultades que experimentemos en el ejercicio de la oración, que el enemigo pueda prevalecer hasta el punto de persuadirnos de que somos incapaces de hacerla bien y de sacar de ella ninguna ventaja considerable para nuestro adelanto en la virtud.

CAPÍTULO III

EL EJERCICIO DE LA ORACIÓN NO ES UNA COSA TAN DIFÍCIL COMO SE LO IMAGINAN LOS HOMBRES DEL SIGLO⁶¹

Es útil para aquellos que verdaderamente desean su perfección, saber que la oración mental no es un ejercicio que esté por encima de su alcance, que somos capaces de hacerla y que siendo uno de los principales medios que pueden emplear para llegar al fin que se han propuesto y al que Dios los llama, seguramente Dios está dispuesto a darles todas las gracias y luces que necesitan para llegar a hacerla bien.

Tiene, además, que estar íntimamente persuadidos de que este santo ejercicio no tiene ni de lejos dificultades que muchos, que no la conocen bien, se imaginan encontrar en ella; y que al contrario, es para todas las almas que se sienten verdaderamente deseosas de su perfección, una mínima fecunda donde no solamente encontrarán grandes riquezas espirituales, capaces de compensar de todos los trabajos que se pueden encontrar en la práctica asidua de la oración, sino una paz sólida y llena de dulzura que hará luego desaparecer lo que estos trabajos puedan tener de temible y doloroso.

⁶¹ Este párrafo podría parecer desconcertante después de lo que se acaba de decir en el Cap. II (ver nota 60) ¿No parece abrir perspectivas nuevas y presentar ciertas exigencias intelectuales a las “almas sencillas” a las que, precisamente, buscaba dar confianza? No, a pesar de las apariencias. El presente capítulo constituye como una base preliminar al problema de la oración. S. Ignacio de Loyola lo llamaba “Principio y Fundamento” y Charles Péguy “el porche”.

Efectivamente, hay una cuestión previa a la oración, una toma de posición necesaria: estar plenamente convencido e íntimamente persuadido del valor del mundo espiritual en general y de la gratuidad de lo sobrenatural en particular.

De ello se desprende ineludiblemente la jerarquía de los seres y de sus actividades.

Nuestra “degradación” en lo sensible “ocasionada por el pecado” y nuestra opacidad congénita, que es el demonio, tiende a “degradarnos”, a “someternos”, a hacernos esclavos de lo carnal. Esta degradación y esta esclavitud desvían el interés por el mundo del espíritu, alejan la preocupación y el gusto por todo lo espiritual.

Hay que devolver el alma y sus facultades a su primer destino: “acordarse de las grandezas de Dios”, penetrarse de la Verdad que es Dios, unirse invenciblemente a “Aquel que es el único digno de amor”. Esta “conversión” supone que el alma ha llegado a ser dueña de sí misma y que ha vuelto a encontrar el dominio sobre el cuerpo y los sentidos. Tal es el “orden” esencial que “la gracia de Jesucristo debe establecerse”. La voluntad de hacer predominar lo espiritual sobre lo carnal preparará para el ejercicio de la oración, y la oración a su vez ayudará enormemente a jerarquizar “vida natural” y “vida espiritual” “al fin para el que Dios las ha creado” una y otra.

Para convencernos de ello, consideremos la naturaleza de la oración. ¿Qué pide al alma?⁶²

Que ejerza las funciones que le son propias como sustancia espiritual, que se aplique al fin para el cual Dios la creó, que se sirva de su entendimiento para convencerse y penetrarse más y más de las verdades que la fe le presenta, y que son las que deben ordenar su conducta; que se sirva en fin, de su voluntad para unirse fuerte e inviolablemente con Aquel que es el único digno de su amor, y para tomar la resolución de hacer todo lo que pueda agradarle y de evitar con cuidado todo lo que sea contrario a su infinita santidad.

Esta es la naturaleza de la oración; estas son las obligaciones que impone. ¿Hay algo en todo esto que no sea conforme con la condición del alma razonable? ¿Sería para ella tan difícil el hacer lo que hay de más conforme con su naturaleza, lo que constituye su excelencia, por lo que el Señor la ha creado tal cual es?

Es cierto que en su estado actual, el alma está en gran dependencia de los sentidos; dependencia aumentada y fortalecida por la degradación en que el pecado ha puesto al hombre, por los hábitos, vicios y por la malicia del espíritu de las tinieblas; mas ¿qué se sigue de esto? Que debe tener en consideración la debilidad del alma, convenido; sería exigirle demasiado, sería pedirle algo naturalmente imposible, el pretender que en todo tiempo se dedicara a hacer exclusivamente uso de sus potencias espirituales.

Mas de esto no se sigue el que no pueda, sino mucho trabajo, durante un tiempo limitado, dedicarse a las operaciones propias de su naturaleza espiritual, mientras en beneficio del cuerpo al que está unida, sacrifica casi todos los cuidados para proveer a sus necesidades, aún a veces hasta el punto de olvidarse de sí misma y obrar más bien como vil esclavo del cuerpo, que como una reina que debería gobernarlo y sujetarlo a su voluntad.

¿Qué más se sigue? Que como la naturaleza viciada por el pecado, secundada por el hábito y animada por el mal espíritu, deprime al alma, la aparta insensiblemente de sus nobles operaciones y la retiene en un indigno servilismo bajo el imperio de los sentidos, nos conviene, para secundar a la gracia, siempre opuesta a esta naturaleza corrompida, ir disminuyendo

⁶² La descripción de las exigencias de la oración responde al primer modo, la meditación, que se presentará un poco más adelante (caps. VIII-XVIII). En los otros grados el corazón tiene mucho más lugar que la mente.

gradualmente, tanto cuanto podamos, los actos de esta vida natural que nos es común con los brutos⁶³, y por el contrario multiplicar los actos de esta vida espiritual que nos es común con los ángeles llevando a nuestra alma por lo menos de cuando en cuando al ejercicio de las funciones que le son propias.

A medida que nos dediquemos con mayor fervor al santo ejercicio de la oración, notaremos que nuestra alma recobra el ascendiente que le conviene tener sobre los sentidos y que, la gracia de J.C. restableciendo en parte sus potencias, el orden que el pecado del primer hombre y nuestros propios pecados habían destruido, la práctica de la oración mental ya no tiene para nosotros las mismas dificultades, sino que se vuelve como natural, de manera que nuestra alma va a ella como a su centro.

No descuidemos nada para llegar a este fin, que sea desde el principio el objeto principal de nuestros esfuerzos.

Este punto es tanto más interesante para nosotros cuanto que nos importa muchísimo el hacernos familiar un ejercicio al cual es preciso recurrir asiduamente y en el cual hay que perseverar con fidelidad, si deseamos perfeccionarnos en ella, y conocer por una feliz experiencia las ventajas inexplicables que procura.

⁶³ "Brutos" = animales; esta palabra con este sentido era corriente en el siglo XVII y aún en el VXIII; es traducción del latín "bruta".

No nos asombremos de algunas expresiones un poco duras: "vil esclava del cuerpo", "naturaleza corrompida", "vida natural común con los brutos". No hay en ellas ningún pesimismo latente. El autor intenta distinguir claramente el estado natural del hombre, los resultados de nuestro estado de pecadores, como consecuencia del "pecado del primer hombre y de nuestros propios pecados" y "la vida espiritual que nos es común con los ángeles" a la que somos llamados. Se busca el contraste entre la "vida natural" animal y la "vida espiritual" angélica. La gracia y el amor del Señor realizan esta transformación. Esa es la enseñanza de S. Pablo sobre el hombre "animal" y el hombre "espiritual" (por ejemplo, 1 Cor 2,14-15).

CAPÍTULO IV

DIFICULTADES QUE SE ENCUENTRAN EN EL EJERCICIO DE LA ORACIÓN

Lo que acaba de decirse no impide el reconocer que el ejercicio de la oración tiene dificultades y aún muchas.

Dificultades que provienen de la falta de costumbre de este ejercicio, de la disipación⁶⁴ casi continua en que se ha vivido, de la ligereza de una imaginación desordenada, de los combates que sostiene entonces el espíritu tentador, del fastidio y de los disgustos que a veces nos agobian, de la sustracción de gracias sensibles y de las rudas pruebas por las que el Señor hace pasar a las almas que destina a una alta perfección⁶⁵. Pero agregaremos al mismo tiempo no deben desviarnos de la oración, ni hacerla aparecer a nuestros ojos menos digna de nuestro afecto y estimación.

En efecto, si comparamos los grandes bienes que saca el alma con la práctica constante de la oración, los consuelos interiores que en ella disfruta un alma fervorosa, se verá que los bienes y los consuelos son infinitamente superiores a las dificultades; se verá que una buena voluntad fácilmente triunfa de la mayor parte de estas dificultades, y que ellas mismas son, en gran parte, la causa, o por lo menos la ocasión de las ventajas y frutos que proporciona el ejercicio de la oración, en fin que Dios la da en relación con la fuerza o debilidad de las almas, y que sus gracias aumentan en la misma medida que las pruebas que permite en nuestras almas.

⁶⁴ El sentido de esta “disipación” está cercano a la “diversión” de Pascal. El alma está habituada a alejarse de sí para no reencontrarse, de ahí las dificultades que experimenta en volver a sí misma.

⁶⁵ Estas dificultades son crecientes y cada vez más interiores. Ordinariamente se escalonan según las etapas de la oración. No nos asaltan todas a la vez y Dios nunca abandona al alma probada, cualquiera que sean las apariencias y la forma de las sugerencias del “espíritu de mentira”.

Esas dificultades provienen de nuestra naturaleza y nuestras deficiencias, o del “espíritu tentador”, o de las pruebas “por las que el Señor hace pasar a las almas”. Las dificultades y sus orígenes ya han sido señalados a propósito de las distracciones (1ª parte, Cap. XIII). En cada grado de oración reaparecerán problemas análogos.

CAPÍTULO V

ILUSIONES EN LAS QUE SE PUEDE CAER EN EL EJERCICIO DE LA ORACIÓN

El ejercicio de la oración tiene sus ilusiones lo mismo que sus dificultades, y si el alma no vela sobre sí misma estas ilusiones le impedirán el sacar fruto de ella y aún podrían ser una fuente de peligro. Para prevenir esto es preciso conocerlas.

Se distinguen de dos clases, no hablando aquí, sino de las que tienen su origen en nosotros mismos.

La primera que es la de las almas imperfectas, proviene siempre de algún defecto. Consiste en creer que se hace oración cuando en realidad no se hace o se hace mal.⁶⁶ Esto puede provenir:

1º.- DE PEREZA, cuando se viene a la oración sin preparación, sin mira de perfección, sin gran intención de agradar a Dios, contentándonos solamente con algunos sentimientos vagos y superficiales que no hacen más que secar el alma.

2º.- DE NEGLIGENCIA, cuando se deja uno llevar voluntariamente de pensamientos extraños y que no se hace ningún esfuerzo para rechazarlos, alegando, sin embargo, su buena voluntad.

3º.- DE FALTA DE CONOCIMIENTO DE LA VERDADERA ORACIÓN, cuando se llena el espíritu de razonamientos y reflexiones y se detiene en hermosos pensamientos, descuidando los afectos, resoluciones y súplicas.

4º.- DEL ORGULLO cuando sin llamamiento especial de Dios quiere el alma elevarse por sí misma a un grado de oración superior a aquel en la cual se debe mantener.

⁶⁶ En sus Ejercicios de 1769 ya anotaba Clorivière (Notes intimes, tomo I, p. 314): "Lo que impide el fruto de la oración es la falta de preparación, la falta de deseo de aprovechar, la falta de un tema de meditación, demasiada poca en la voluntad, es no entrar suficientemente en el detalle en cuanto a las resoluciones, en fin, no hacer el esfuerzo debido para aplicarse a ella. Nos excusamos de no rezar con pretextos falsos: demasiadas ocupaciones, muchas distracciones, una continua aridez, la incapacidad para meditar".

5º.- En fin, DE LA EXCESIVA ACTIVIDAD, cuando en lugar de obedecer a los movimientos de la gracia que te invita a obrar de una manera más sencilla y menos sensible, se obstina en querer obrar por sí misma y seguir su propia voluntad.

La ilusión de este defecto y del anterior consiste en que se aleja sin darse cuenta de la dirección de la gracia, y se priva de su influencia... Es evidente que en todos estos casos no hay verdadera oración aunque el alma se lisonjee de lo contrario.

La segunda clase de ilusión es propia más bien de las almas fervorosas y ya adelantadas. Consiste en creer que no se hace oración aun cuando de verdad se haga. Se cae en esta ilusión:

1º.- Cuando se persuade uno de las distracciones involuntarias, que se rechazan con empeño, son incompatibles con la oración;

2º.- Cuando se imagina que no ora, porque al orar se está privado de toda devoción sensible;

3º.- Cuando encontrándose en una especie de impotencia para ejecutar los actos que se tenía costumbre, se alarma uno de esta impotencia, aunque sea efecto de una gracia particular que atrae al alma a orar de una manera más sencilla y más íntima.

Esta segunda especie de ilusión no destruye la oración como la primera; pero la turba y disminuye el fruto, y sería de temer que el demonio se sirviera de ella para quitar a las almas el gusto de la Oración, como ha sucedido muy frecuentemente. El mejor medio y tal vez el único de preservarse o de combatir estas ilusiones es dar a nuestro Director cuenta de la manera como hacemos oración, de lo que pasa en nosotros y de los frutos que sacamos.⁶⁷

⁶⁷ Se impone e recurso a la dirección espiritual como un "medio quizás único" para disipar las ilusiones, alejar el desaliento, descubrir los engaños del "espíritu de mentira", sacudir la apatía, en una palabra: para guiar e instruir al alma. El director instruido y experimentado, objeto de elección personal, es la garantía de la autoridad de la Iglesia. En cada etapa de la oración las CONSIDERACIONES recordarán la necesidad de este control de la Iglesia.

CAPÍTULO VI

LA ORACIÓN DEBE SER PRÁCTICA⁶⁸

Lo que debemos proponernos en el ejercicio de la oración mental, es hacerla servir directamente para la perfección de nuestra alma, aumentando nuestras fuerzas espirituales; así como el objeto de los ejercicios es el de aumentar y conservar el vigor del cuerpo. Este fin es de tal manera esencial a la oración mental que no bastaría el que, como oración vocal, contribuyese para nuestro adelanto en la virtud por las gracias que nos obtuviera de Dios, debe influir de una manera más directa sobre este adelanto; allá es donde debe tender.

La Oración vocal⁶⁹ tiene la ventaja de contribuir más particularmente a la edificación de los fieles, los une por el culto común y solemne, cumple con su fin bendiciendo a Dios, adorándolo, dándole gracias e implorando su socorro. La oración mental, que no tiene las mismas ventajas debe suplirlas contribuyendo a la perfección particular de cada fiel.

No hay que perder jamás de vista este objeto, cualquiera que sea el grado de oración al cual se haya llegado, en todo tiempo es preciso proponérselo y trabajar por llegar a él aunque no sea de la misma manera siempre. Es verdad que el desatender este punto de vista no quiere decir que la oración sea mala ni completamente infructuosa, porque siempre es bueno y útil el ocuparse de Dios y de las cosas santas, pero sí disminuiría mucho su mérito y ventajas. Así a las cualidades antes citadas de la oración y que convienen a las dos clases de oración es preciso agregar ésta:

⁶⁸ Este tema se tratará de nuevo en el capítulo XII: "Hay que poner cuidado en hacer práctica la meditación". Se ha discutido vanamente sobre la oración "práctica"; unos concretaban la oración hasta mecanizarla; otros se burlaban de esta oración "práctica" "siempre de la misma manera para todo el mundo". La manera de hacer de Clorivière explica muy bien su pensamiento: oración práctica = progreso en la perfección = servir y amar a Dios. Efectivamente, le declara a su superior en 1.771: "Siempre hago práctica mi oración, dice, dirigiéndola siempre hacia mi progreso en la perfección. Incluso cuando más llena ha estado de distracciones, salgo de ella con una nueva fuerza y una nueva resolución de servir y amar a Dios" (Notes intimes, tomo II, p. 65)

⁶⁹ La oración vocal de que se trata es la oración comunitaria y eclesial del Cap. V de la primera parte.

Que sea PRÁCTICA, es decir, que se encamine a la corrección de los defectos propios y a la adquisición de las virtudes que necesite más cada uno.

Esto pide que se fije la atención en tres cosas:⁷⁰

- la primera que no se debe uno detener en la oración como si esta fuera el fin, es decir, que no hay que contentarse con hacer la oración precisamente para pasar cierto tiempo de una manera agradable a Dios, y para llenarse el espíritu de consideraciones santas, sino que hay que dirigir estas consideraciones al bien del alma; cuando se reciben luces y consuelos no hay que envanecerse, ni entregarse a ellos de una manera desmedida, sino utilizarlos para excitarse a una fidelidad mayor en el servicio de Dios; cuando al contrario estas luces y consuelos vienen a faltar no hay que deplorarlo ni pedirlos con demasiada insistencia, sino someterse en esto a la voluntad del Señor, puesto que no nos aplicamos a la oración para gozar de los consuelos, sino para prepararnos al trabajo.

- la segunda cosa en la que debemos poner atención es referir las consideraciones que hacemos en la oración, los sentimientos que tenemos en ella, las resoluciones que tomamos, a los objetos que más necesita nuestra alma: a la extirpación de ciertos defectos que se oponen a nuestra perfección, y a la adquisición de esas virtudes que Dios nos pide más especialmente y por las cuales nos da más atractivo, aunque de ordinario sean inclinaciones naturales. Esto supone que a fuerza de vigilar sobre sí y de observar el corazón se ha adquirido, por lo menos en parte, el conocimiento propio.

- la tercera cosa es no contentarse con tomar en la oración unas resoluciones vagas y generales, sino entrar en los detalles que más convienen al estado presente y a las necesidades de nuestra alma.

Sin duda sería oportuno aplicar estos principios a casos particulares para entenderlos mejor.⁷¹

Pero como hay diferentes grados en oración, y la manera de hacerla en esos diferentes grados no puede ser uniforme, y que en consecuencia unas

⁷⁰ Estas tres importantes recomendaciones convienen especialmente a los principiantes. Los capítulos siguientes dirán a los demás lo que deben entender por oración "práctica".

⁷¹ Al recorrer el diario espiritual de Clorivière se podría apreciar con qué puntualidad casi meticulosa y al mismo tiempo con qué libertad interior anotaba la virtud pedida, las gracias recibidas y las resoluciones tomadas en su oración.

aplicaciones generales no convendrían a todo el mundo y lo que fuera útil a unos podría ser perjudicial a otros si quisieran ordenar su conducta en esto: vale más considerar en primer lugar los diferentes estados de la oración mental, y luego asignar a cada uno de ellos las instrucciones que le convienen, la manera de conducirse en ellos, las dificultades que se encuentran, las ilusiones de que hay que defenderse, lo que hay que hacer con este fin y cómo se debe hacer práctica la oración. Es lo que nos proponemos explicar ahora, con ayuda de la gracia divina, y según la medida de las luces que al Espíritu Santo le agrade comunicarnos.

CAPÍTULO VII

DE LOS DIFERENTES GRADOS DE LA ORACIÓN⁷²

El grado de Oración para cada alma responde casi siempre al grado de vida espiritual en que se encuentra; y como se distingue en la vida espiritual los principiantes, los espirituales y los que están ya muy adelantados en la vía del espíritu, así también distinguen tres clases diferentes de Oración: la discursiva, que se llama Meditación, la Oración afectiva y la de recogimiento.

Estos tres primeros grados pertenecen a la oración ordinaria o activa, es decir, a esa Oración que se hace con ayuda de la gracia ordinaria, y en la cual el alma obra por sí misma sirviéndose de sus potencias, ayudadas de esta gracia que se le da con mayor o menor abundancia.

Existe además, una oración pasiva, que se llama así porque es el efecto de la operación de Dios más bien que del alma, y no se puede llegar a ella por los propios esfuerzos, ni siquiera con el auxilio de la gracia ordinaria.

Esta Oración responde al grado de las almas que han hecho ya progresos considerables; se le da en general el nombre de contemplación; hay una ordinaria y otra extraordinaria y cada una de ellas tiene infinidad de grados.

La meditación conviene a los principiantes; pero por este nombre, no hay que entender solamente los que comienzan a aplicarse al ejercicio de la Oración mental, sino todos los que se contentan con una mediana virtud, y nunca han tenido la firme resolución de tender generosamente a la perfección, o bien que hayan formado esta resolución pero no hayan preservado en ella, y esto aunque hubiera pasado toda su vida ejercitándose en la Oración. Esta clase de personas que es la más numerosa; por eso hay tantos libros que no tratan más que de la Meditación.

La oración afectiva conviene a las personas espirituales, a aquéllas que, movidas por un ardiente deseo de la perfección y desprendidas de todo afecto a

⁷² Como hemos visto en la Introducción, Clorivière utiliza el vocabulario, las divisiones y las nociones de la corriente de oración que va de Sta. Teresa de Ávila a Jean-Pierre Caussade, pasando por los principales autores espirituales jesuitas del siglo XVII. Sin embargo, Clorivière sigue habitualmente más de cerca a Noël Courbon, en particular para la división de los estados de la oración y su definición.

los bienes de la tierra y de los sentidos, ya no tienen estimación sino por las cosas espirituales, y están en la firme resolución de sacrificarlo todo por la felicidad de caminar lo más cerca posible sobre las huellas de su Divino Maestro.

La oración de recogimiento es para las almas que han hecho considerables progresos en las vías del espíritu. Para ser de este número no basta haber concebido altas ideas de la perfección, y haber formado firmes resoluciones de tender a ella; es preciso haber llevado a cabo estas resoluciones, haber pasado animosamente por muchas pruebas, estar muerto en gran parte a sí mismo.

La Oración pasiva o contemplación, es la oración de los perfectos, es decir, de aquellos que, por una larga serie de actos perfectos, han adquirido una gran facilidad para realizarlos, y una gran dependencia del Espíritu Santo, aunque siempre les quede en esta vida muchas imperfecciones que vencer, y muchos grados de santidad que deben trabajar por adquirir.

Indicaremos las señales⁷³ por las cuales el alma podrá reconocer cuál es la clase de oración a la que debe aplicarse; pero para que lo haga con seguridad es preciso que descubra lo mejor que pueda el estado de su alma y su manera de orar, a algún hombre experimentado en las vías del espíritu y en la ciencia de la oración, y que se someta a lo que él le diga.⁷⁴

⁷³ Estas indicaciones dictadas por la experiencia son preciosísimas. Raramente se encuentran codificadas con tanta perspicacia, claridad y seguridad doctrinal.

Este último párrafo está redactado así en el manuscrito: "Los hermanos, después de haber dado cuenta del estado de su alma y de la manera de orar a su padre espiritual, podrán aplicarse con su aprobación a aquel de estos diversos grados de oración que crea según Dios que es el más conveniente para cada uno de ellos respectivamente".

⁷⁴ "Es muy importante, afirmaba Sta. Teresa, que el director sea instruido: entiendo que tenga un juicio recto y experiencia. Si, con esto, es teólogo, es perfecto" (VIDA, Cap. 13, tomo 1). En otra parte bromea, "algunos semidoctos, temerosos y sombríos, los cuales me han costado muy caros" (CASTILLO INTERIOR, 5ª morada, Cap. 1). Clorivière encuentra las mismas exigencias que Sta. Teresa en todo este Cap. XIII. Hemos visto (Introducción) que el tratado de las CONSIDERACIONES había nacido de la experiencia controlada por la enseñanza de los maestros de oración.

CAPÍTULO VIII

GENERALMENTE HAY QUE APLICARSE PRIMERO A LA MEDITACIÓN

Los que quieren darse al ejercicio de la Oración deben comenzar por la meditación. Este es el curso ordinario y no hay que separarse de él por su propia cuenta, cuando se puede continuar practicándola.

Lo propio de la meditación es purificar y embellecer la memoria y el entendimiento, y conviene que estas dos potencias que son como los ojos de nuestra alma, estén primero bien ordenadas⁷⁵; que la memoria se vacíe insensiblemente de mil objetos inútiles y peligrosos; que se llene de cosas santas, que el entendimiento esté convencido, persuadido, esclarecido, a fin de que la proponga, y que lo abrace con tanta fuerza cuanto mayor conocimiento tenga de su excelencia.

El orden que Dios ha puesto en las potencias de nuestra alma lo pide así, y el estado de ceguera e insensibilidad en que está la mayoría de los hombres respecto a las cosas de la fe, por no conocer la meditación, o descuidar su práctica, prueban demasiado la necesidad de ella.

El conocimiento que tiene de la religión es generalmente muy superficial⁷⁶, su memoria desde la infancia está llena de conocimientos vanos o por lo menos inútiles para la salvación, su entendimiento está imbuido de principios falsos y perniciosos, las más terribles verdades no hacen ninguna impresión en su alma porque las creen débilmente y no reflexionan con

⁷⁵ Ya hemos encontrado estos desarrollos sobre la purificación necesaria de las potencias del alma (Cap. III). Se recogen aquí porque es lo propio de la meditación trabajar en esta purificación.

⁷⁶ Este pequeño cuadro de costumbres analiza, parece, la fe grosera y demasiado exterior de tantos cristianos del siglo XVIII. Apenas Clorivière hubo tenido el tiempo para acabar la redacción de las CONSIDERACIONES para los ermitaños de Mont Valérien, cuando se puso a describir más ampliamente ese clima religioso (LE MODÈLE DES PASTEURS OU PRÉCIS DE LA VIE DE M. SERNIN, París, 1779).

Para tales cristianos se trata de familiarizarse con las verdades de la fe, de purificar la mente y el corazón para sujetarlos y aficionarlos a los "misterios del Hombre-Dios"; poco a poco y de esa manera se adherirán a Dios. Ese es el objeto de la meditación. En este capítulo puede chocar el aspecto intelectual de la meditación. El capítulo siguiente mostrará cómo hacer una oración de la meditación; el capítulo XI delimitará el uso de la memoria y el entendimiento.

seriedad en ellas. No ignoran absolutamente los misterios del Hombre-Dios, pero no profundizándolos, no les conmueven, Dios mismo es para ellos extraño, no lo perciben sino en una inmensa lejanía, que los hace perderlo de vista casi por completo. No se ocupan, hablan sino de la tierra, querer retirarlos de ella sería pretender retirarlos de su elemento. Se les podría comparar a esos reptiles acostumbrados a vivir en los pantanos, que no pueden subsistir en un aire puro y sereno.

Sólo meditando a menudo y por mucho tiempo las verdades es como se hacen familiares, y en cierto modo naturales.

Sería, pues, una ilusión, no querer comenzar por la meditación o darle muy poco tiempo, y pretender elevarse desde luego a algún otro grado más sublime de oración, a menos que se esté en una especie de incapacidad de razonar; o de haber recibido alguna gracia especial⁷⁷.

⁷⁷ Sería ilusorio, e incluso peligroso, obligar a todo el mundo a la meditación. Algunos espíritus son totalmente rebeldes a ella; Santa Teresa de Ávila era de éstos; la ursulina María de la Encarnación no oyó hablar de este método hasta mucho tiempo después de haber vivido en la contemplación. La experiencia muestra que muchas almas "sencillas" contemplan espontáneamente. Los espíritus más intuitivos o las personas cuya cultura ha quedado en un nivel bajo, y las almas dóciles, generosas, que viven bajo la dirección del Espíritu Santo, se verían apuradas y por así decir neutralizadas en su impulso hacia Dios, si se les impusiera pasar por la meditación.

CAPÍTULO IX

EN QUÉ CONSISTE LA MEDITACIÓN⁷⁸

Antes de comenzar la meditación, es necesario tomar un asunto determinado que pueda fijar la imaginación, y servir de ocupación al espíritu durante el tiempo que se consagra a este santo ejercicio.

Se comienza la meditación por esta preparación próxima de que habló en el Cap. 10º de la primera parte; pero además de esta preparación general, hay que tener en cuenta dos cosas:

1ª.- Tanto cuanto se pueda, representarse el objeto que se medita como si estuviera presente a nuestros ojos; por ejemplo: si se medita en la muerte, representarse a un hombre agonizando; si es N. S. en alguno de los misterios de su vida mortal, representárselo como si estuviera efectuándose en aquel momento.

2ª.- Tener a la vista particularmente algún defecto que se quiera corregir, o alguna virtud que se propone adquirir, y pedir con insistencia al Señor la gracia de sacar ese fruto de la meditación; eso es lo que se llama “preludios”.

El objeto del primero es fijar la imaginación y el segundo es hacer práctica la meditación.

Estos preludios no piden ningún esfuerzo; hay que hacerlos con suavidad y no darles mucho tiempo.⁷⁹

El cuerpo de la meditación consiste en el ejercicio de las tres potencias. La memoria recuerda el asunto de la meditación, presenta al espíritu los

⁷⁸ Como se ha dicho ya en la Introducción el método propuesto para la meditación es el de las tres potencias, tal como se encuentra en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio.

⁷⁹ Tenemos que servirnos de este método en la medida en que encontramos una ayuda en él, una facilidad para aplicarnos, para recogerlos, para encontrar a Dios. Ya hemos visto (Cap. II) que “el Espíritu de Dios no quiere que se actúe con tensión, que ama la libertad y que permite a cada uno seguir su atractivo particular”.

diversos puntos, unos después de otros⁸⁰, el entendimiento los considera, examina las circunstancias, causas, efectos,... los pesa, los compara, examina las circunstancias, y se aplica a sí mismo lo que pueda convenirle, saca las consecuencias y ve lo que hay que hacer y lo que hay que evitar. Estando así la voluntad excitada por el entendimiento produce diversos actos⁸¹ que responden a estas consideraciones; se reprocha su cobardía; se confunde de haber hecho tan mal uso de los beneficios de Dios, confiesa su gratitud, pide perdón, se anima a vivir en lo sucesivo una vida que responda mejor a la magnitud de sus obligaciones y toma las más firmes resoluciones; o bien se afirma más y más en las que había tomado ya.

La meditación debe terminarse por oraciones a N. S. para obtener el fruto propuesto. A estas oraciones se les llama "Coloquio"⁸², porque se entretiene uno de una manera afectuosa y llena de confianza con N.S. se le representan los motivos que pueden llevarlo a escucharlos, la gloria de su Padre, el amor que nos tiene, el precio de su sangre.

Se puede dirigir también a la Stma. Trinidad, a cada una de esas Divinas Personas separadamente, pero al hacerlo, hay que penetrarse siempre en ese profundo respeto que debe inspirarnos el recuerdo de la Divinidad.

Será bueno también implorar con fervor la asistencia e intercesión de la Stma. Virgen, de los Ángeles y de los Santos. Sobre todo⁸³, no pidamos nada a Dios sino en unión con J.C. y por J. C. su Hijo unigénito, único objeto de sus complacencias; y cuando nos dirigimos a J.C., recurramos a la poderosa mediación de María.

El recuerdo frecuente de la augusta Virgen, en nuestras oraciones sirve para reanimar nuestra confianza y atraer sobre nosotros multitud de gracias.

⁸⁰ S. Francisco de Sales describe el método ejemplar en una frase: "La meditación considera en detalle y como pieza por pieza los objetos propios para conmovernos". (TRAITÉ DE L'AMOUR DE DIEU, libro 6, Cap. 5).

⁸¹ No se trata de realizar necesariamente todos estos actos. Nos detenemos en lo que juzgamos más útiles para nuestro estado o que nos dice más. Ante todo importa "gustar" los actos por los que el espíritu nos da más atractivo.

⁸² Se impone la misma advertencia respecto al coloquio. No tenemos que esperar al final de la meditación para "hablarle" al Señor. Este coloquio o estos coloquios pueden ser silenciosos sin ninguna formulación de palabras. Hay un lenguaje del corazón.

⁸³ Esta última frase, que no está en el manuscrito, es un recordatorio de la necesaria meditación de Cristo, tal como se expone arriba (Cap. I) y de la mediación secundaria de la Virgen.

CAPÍTULO X

DEL ASUNTO DE LA MEDITACIÓN⁸⁴

En las Comunidades y en gran número de casa piadosas en que la oración de la noche se hace en común, no hay dificultad para la elección del asunto de la meditación, puesto que está determinado por la lectura que se hace; esta lectura⁸⁵ debe escucharse con la mayor atención. Esta atención es enteramente necesaria para aquellos que no se encuentran en su propio corazón un fondo suficiente de conocimientos para proveer de materia a piadosas reflexiones; a los demás, no puede nunca perjudicarlos.

Es de presumir que hay una bendición particular sobre el asunto propuesto por la obediencia, cuando se aplica uno a él con sencillez y de una manera conforme con sus disposiciones; sin embargo, en esto hay que evitar forzar y si se presenta al alma algún otro asunto que mueve y que lleva fuertemente a Dios, no hay que oponerse a ocuparse de él.

Los que todavía no están enteramente desprendidos del mundo, pero que desean con sinceridad romper con él, tendrán necesidad de que les aplique por un tiempo largo a la meditación de las verdades que son más capaces de desprenderlos, como el fin del hombre, la importancia de la salvación, el horror al pecado, la muerte, el juicio, el infierno, etc.

Conviene que se les proponga esto para meditar; es el alimento más propio para ellos. Para los que se han ejercitado por algún tiempo en la oración, si tienen buena voluntad, no hay asunto del que no puedan sacar provecho, con tal que estos asuntos no consistan en vanas y estériles especulaciones.

⁸⁴ La lectura del tema de la meditación, tal como existía entonces en las comunidades y, sin duda, entre los ermitaños del Mont Valérien, y tal como existe hoy por aquí y por allá, no se censura ni se desaconseja. Si no hay tema del que se pueda sacar provecho importa, sin embargo, no “actuar con tensión” y estar en la disposición de seguir (o dejar seguir) en todo el atractivo del Espíritu Santo para el tema de la oración y para la elección del método. Hasta los principiantes deben conformarse con esta opinión, a fortiori “los que durante algún tiempo se ha ejercitado en la oración”. Por tanto no se puede imponer método o tema de oración en las comunidades, excepto quizá los principiantes y como ejercicio.

⁸⁵ La preparación de la meditación ordinariamente consiste, sobre todo para los principiantes, en una lectura atenta de un tema, con frecuencia de la Sagrada Escritura o de un comentario de ella. Sobre los beneficios de esta lectura ver el capítulo 4º de la VIDA de Sta. Teresa.

Los asuntos que se deben preferir y que son más útiles en todo tiempo son los misterios de la vida de N. S. y sobre todo los de la Pasión. Se deduce de estas palabras de Nuestro Divino Maestro: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”⁸⁶.

⁸⁶ Sta. Teresa hace notar a propósito de la meditación de la Pasión, que este “camino es excelente y muy seguro”, y que conviene “a las almas que Dios no ha elevado todavía a los estados sobrenaturales (= pasivos)”. (VIDA, Cap. 13).

CAPÍTULO XI

DEL CUERPO DE LA ORACIÓN

Aunque en el ejercicio de la Meditación, se debe hacer uso del razonamiento, tanto cuanto es necesario para mover la voluntad, es preciso sin embargo, tener una prudente circunspección y no entregarse a él sin medida.

Que se conforme con un corto número de consideraciones sólidas; lo que se haya leído u oído proveerá suficientemente.

Que se deje penetrar por ellas, que se hagan actos de fe, que se reflexione sobre la conducta, y que cada uno se pregunte a sí mismo si ha obrado conforme a estas verdades y lo que debe hacer en el porvenir para ser más fiel a ellas.

A eso debe limitarse la acción de la memoria y del entendimiento; es un gran defecto el multiplicar los razonamientos, buscar otros demasiado sutiles, que secan la devoción mas bien que la reaniman. Nuestra alma no se alimenta de reflexiones estériles;⁸⁷ tan luego como se han hecho algunas, es preciso que los actos de la voluntad tomen el lugar.

¿Tenemos necesidad de tanta convicción para bendecir a Dios, para agradecerle sus beneficios, para humillarnos ante Él, para pedirle perdón por nuestros pecados, para arrepentirnos de ellos y formar los más firmes propósitos y resoluciones de evitar las menores faltas, sobretudo aquéllas en que caemos más a menudo? Si se obra de otra manera en la meditación, si se quiere llevar el espíritu de razonamientos encadenados unos con otros, la oración degenera en un estudio penoso y fatigante y desde ese momento deja de ser una verdadera oración.

⁸⁷ "Estériles" no está en el manuscrito. Las reflexiones durante la meditación, tienen por fin conmover y excitar la voluntad. No es el momento de entregarse a "vanas y estériles especulaciones" (Cap. X) en las que el espíritu se acostumbra satisfacerse y complacerse (Cap.. XXII) y que correrían el riesgo de "secar la devoción".

CAPÍTULO XII

HAY QUE PONER CUIDADO EN HACER PRÁCTICA LA MEDITACIÓN⁸⁸

En las consideraciones que hagamos, nuestro cuidado principal debe ser el de encaminarlas al fruto que nos hemos propuesto sacar para nuestro adelanto espiritual. Es el medio de hacer nuestra meditación práctica y de que influya más sobre nuestra conducta.

Esto se puede hacer siempre cualquiera que sea el asunto que meditemos.

Supongamos que sea la flagelación de N. S.; considero en este misterio:

1º.- El rigor excesivo y la ignominia del tormento.

2º.- Las causas por las que N. S. la sufrió.

3º.- La manera como la sufrió.

Si el defecto que quiero combatir es la negligencia para cumplir mis deberes, si la virtud que deseo adquirir es el fervor, después de haber considerado el exceso de penas y oprobios del Hombre Dios en este misterio me figuraré que me muestra sus llagas y que pregunta si no tendré bastante amor para vencer mis cobardías y para servirlo de una manera más fervorosa; si lo que ha sufrido por mí no merece que yo venza mis repugnancias, si después de lo que Él ha hecho, ¿es justo que yo me escuche tanto a mí mismo?⁸⁹

⁸⁸ Mi experiencia, declara Sta. Teresa de Ávila, me permite decir esto. Por muchas faltas que cometa el que se ha decidido a entregarse a la oración, que se guarde bien de abandonarla; con ella tendrá los medios para corregirse; sin ella será mucho más difícil". (VIDA, Cap. 8).

Tenemos aquí un método para llegar a ese "meditación práctica" de que habla el Cap. VI.

Se puede unir la expresión "el fruto que nos hemos propuesto sacar de él para nuestro adelanto espiritual" y "la petición de gracia" de las meditaciones ignacianas: "pedir a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo" (Ej. Espt., nº 48) ¿Quién no se acuerda también de la "determinación" que tan frecuentemente aparece en los misterios de la Voluntad y del Amor de Dios que solicitan toda nuestra voluntad y todo nuestro amor, dones de su Misericordia y de su Omnipotencia.

⁸⁹ Estas consideraciones recuerdan inevitablemente el coloquio de la meditación sobre el pecado en los Ej. Espt. de San Ignacio (nº 53): ante el Salvador en cruz preguntarme "qué he hecho por Cristo,

Si es la victoria sobre mi orgullo y la adquisición de la humildad lo que me propongo, me preguntaré a mí mismo: ¿quién es este hombre atado a una columna, tratado como el más vil de los esclavos, saturado de oprobios, cargado de humillaciones? ¿Es mi Dios? Sí, es un Dios cuya sabiduría es infinita, es un Dios que se ha reducido voluntariamente a este estado, para que el hombre aprenda a volverse humilde. Lo creo. ¿Cómo puedo huir hasta la sombra de la humillación?

Si pienso en domar en mí el gusto de los placeres y deseo adquirir el espíritu de mortificación me diré: ¡Qué! ¿Mi Salvador trata así su Carne inocente y yo trataré tan suavemente la mía, que es carne de pecado y carne rebelde? ¿No tiene tantos crímenes⁹⁰ que expiar? ¿No está ya demasiado fuerte contra el espíritu? ¿Puedo ver la carne virginal del Hijo del Hombre pagar a la justicia de su Padre las penas que la mía ha merecido, y dar al mismo tiempo a mi carne criminal todas las satisfacciones que puedo procurarle? Qué motivo de confusión para mí el tener tan poco parecido con mi Salvador, etc.

Es fácil hacer la aplicación de estos ejemplos a cualquier otro asunto de meditación.

qué hago por Cristo, qué debo hacer por Cristo". El alma sacará de esta contemplación los frutos que se indicarán más adelante (nota 49). La contemplación de Cristo humilde me hará humilde, etc.

⁹⁰ "Criminal" significa a menudo, como aquí, en los autores espirituales, pecaminoso, malo, que arrastra al mal, censurable, o incluso sencillamente: carnal, terrestre, natural, por oposición a espiritual. "Crimen" equivale a "falta".

CAPÍTULO XIII

DE LAS RESOLUCIONES QUE HAY QUE TOMAR EN EL CURSO Y SOBRE TODO AL FINAL DE LA MEDITACIÓN

Como el éxito de la meditación depende principalmente de las buenas resoluciones que se tomen, nos esforzamos por dar a las nuestras todas las condiciones para que sean más útiles. Resoluciones generales, cuando son grandes y generosas, sirven mucho para dar al alma grandeza y elevación; no hay que descuidarlas, pero si nos contentamos con semejantes resoluciones, sería de temer que quedaran sin fruto real y que sirvieran aun para fomentar el orgullo en nosotros mismos; es pues muy necesario que después de haber tomado en general las resoluciones más generales y elevadas entremos en los detalles más conformes con nuestras necesidades presentes.

Por ejemplo, para mantenerme en las disposiciones hechas en el capítulo anterior:

Si es la negligencia lo que me propongo combatir, considero en qué circunstancias se muestra más, si es en el levantarme, en los ejercicios de piedad, en el trabajo manual, etc... formaré mis resoluciones a este respecto, me propondré evitar tal encuentro, tal ocasión que me hace perder el tiempo; obrar con más fervor y exactitud en tal obra; dejar lo que hago a la primera señal que me llama a otro deber, cumplir con tal empleo de una manera más edificante, etc.⁹¹

Si mi propósito es despojarme del orgullo y volverme humilde, tomaré la resolución de abstenerme de tal cosa que hacía yo para singularizarme; o si la acción es necesaria a los deberes de mi estado, resolveré hacerla con más pureza de intención, dar la preferencia en todo a los demás, y sobre todo en tal ocasión en la que mi orgullo estará más humillado; hacer tal práctica que me

⁹¹ Estos primeros ejemplos atañen más a los ermitaños y a toda persona que viva en comunidad. Sería fácil transponerlo para otro estado. Es claro que estas resoluciones valen según el espíritu que las anima; se toman: "para bendecir a Dios, agradecerle, humillarnos" (Cap. XI) - con espíritu de reparación - para ser más conformes a Nuestro Señor (Cap. XII) - "en unión con Jesucristo y por Jesucristo" (Cap. IX).

procurará la abyección;⁹² tener por los Superiores interior y exteriormente el mayor respeto y recibir sus consejos y correcciones con la docilidad de un niño, etc....

Si me propongo adquirir el espíritu de mortificación y dominar este amor desordenado que me lleva a buscar en todo mis comodidades, me determinaré a quitar tales satisfacciones que concedo a mis sentidos contra las inspiraciones del Señor a no tomar sino las que sean conformes con esta perfección, a estrechar, tanto cuanto la discreción lo permita, los límites de la necesidad; a mirar mi cuerpo como un enemigo peligroso que hay que combatir, etc....⁹³

Según este modelo, cada uno podrá tomar en detalle las resoluciones que cree que le convienen más según sus necesidades.

No es necesario tomar un gran número; vale más no tomar sino una o dos cada vez, y renovar a menudo las mismas, hasta que se llegue a practicarlas fácilmente.

⁹² Abyección significa habitualmente en los autores espirituales del siglo XVII, los cuales la utilizaban muy frecuentemente, humillación, ser tenido en poco o en nada, etc.

⁹³ Peligroso en la misma medida en que no es una ayuda para unirse a Dios. Ver lo que ya se ha dicho en el Cap. III y las notas 61, 62 y 63.

CAPÍTULO XIV

DEL COLOQUIO⁹⁴

El coloquio en que termina la Meditación debe hacerse con mucho respeto y fervor, de manera que si en las otras partes de la Meditación se había deslizado alguna negligencia, si el espíritu se había distraído o entregado a estériles especulaciones, se puedan reparar todas las faltas anteriores, por la devoción que se tenga en el coloquio.

⁹⁴ Lo que aquí se dice del coloquio simplemente viene a completar las explicaciones dadas en el Cap. IX.

CAPÍTULO XV

QUE NO HAY QUE HACERSE DEMASIADA VIOLENCIA EN LA MEDITACIÓN⁹⁵

Es necesario agregar, para consuelo de muchos y su mayor edificación, que aunque el método que se acaba de prescribir para la meditación, sea enteramente conforme a la naturaleza del hombre razonable, al uso que se debe hacer de las potencias del alma para alcanzar el fin para el cual ha sido creada, ala conducta de Dios sobre las almas, a las nociones que se deben tener de este estado de oración y a todo lo que nos han enseñado los más grandes maestros de la vida espiritual; y que, por lo tanto, lo que desean de veras su perfección deben hacer todo lo que está en su mano para seguirlo y no dejarse dominar por el peso de la naturaleza siempre enemiga de los esfuerzos que hay que hacer para cooperar con la gracia; es necesario agregar que en todo lo que se ha dicho de la meditación no hay regla invariable y que aún conformándose a ellas es preciso obrar con mucha suavidad, evitar la ansiedad y usar de cierta libertad de espíritu.

Lo que se ha propuesto es lo que conviene a la mayoría de los fieles, y en la mayor parte de las circunstancias, pero en lo que se refiere a lo interior, no se pretende establecer ningún método absoluto, porque es al Espíritu Santo, a quien le toca dirigir a las almas, teniendo mil caminos diferentes para hacerlo.

Con tal de que no se rechacen por negligencia o tibieza los medios que se han presentado aquí para meditar con fruto, queda uno en libertad para seguir otras maneras de orar si son más conformes al atractivo personal, y más útiles para su adelanto.

Todavía agregaremos, que aunque en el ejercicio de la meditación las operaciones⁹⁶ de la gracia son de ordinario, menos frecuentes y sensibles que

⁹⁵ Esa es la doctrina común entre los maestros de oración, sobre todo de los que hablan por experiencia: "al Espíritu Santo le corresponde conducir a las almas, y tiene mil caminos diferentes para hacerlo". San Ignacio, Sta. Teresa de Ávila, S. Francisco de Sales, repiten este principio esencial de la vida espiritual. Las CONSIDERACIONES se inspiran más, parece, en el CATECISMO ESPIRITUAL de Surin, que quiere "poner a las almas a sus anchas y educarlas en la amplitud del Espíritu... excluir todo tipo de tensión" (2ª parte, Cap. 2, tomo I).

en los otros grados de oración, si sucediere que se sientan algunas veces estas operaciones, hay que ser muy fiel para corresponder a ellas.

Por ejemplo, cuando recibimos alguna luz para penetrar más en una verdad de fe, aunque esto no sea el asunto de nuestra meditación, cuando una máxima de N. S. se nos presenta con más fuerza al espíritu, cuando nos sintamos súbitamente movidos a producir ciertos afectos, a tomar generosamente ciertas resoluciones a las que nos costaba mucho trabajo resolvernos, pensemos que son efectos preciosos de la Gracia, que el mismo Dios habla a nuestro corazón y que, por consiguiente, hay que imponer silencio a nuestros propios razonamientos para escucharlo, y contentarnos con abrir nuestro corazón a sus santas operaciones.

⁹⁶ Estas "operaciones" de la gracia son las llamadas y los atractivos que Dios envía o inspira, los movimientos interiores del espíritu, las consolaciones espirituales en el sentido ignaciano de la palabra (Ej. Espt. 316) que experimentemos. Dios habla al corazón de cada uno, incluso en la meditación, cuando se le escucha en el silencio y el recogimiento, con atención y docilidad.

CAPÍTULO XVI

ES PRECISO VENCER CON ÁNIMO LAS DIFICULTADES QUE SE ENCUESTRAN EN LA MEDITACIÓN

No es una pequeña dificultad para los que comienzan a darse a la Meditación, el obligarse a perseverar cierto tiempo de rodillas, con los ojos cerrados, las manos juntas y en una postura inmóvil⁹⁷; pero la fuerza de la Gracia abundante que sostiene entonces, sirve mucho para endulzarla.

Para secundar esta Gracia, para suplir a la falta de los consuelos sensibles, es útil considerar cuánto les importa no desanimarse desde los primeros pasos de la carrera; que la meditación, aunque oscura primero, les introducirá después en una región de luz que es el primer escalón de esta escala misteriosa⁹⁸ cuya cumbre se oculta en el seno del mismo Dios; que no hay ciencia ni arte que no pida mucho trabajo y aplicación en los principios; que si están sin luces ni sentimientos porque Dios así lo quiere, así lo permite, deben reconocer que es justo castigo por el olvido de Dios, en el que tal vez han vivido hasta entonces por su culpa,⁹⁹ y que, después de todo, las penas que se sufren son muy meritorias a los ojos de Dios, porque son el efecto del deseo que tienen de agradarle.

⁹⁷ Conviene adoptar la actitud exterior que más favorece el rezo y la oración según lo que dice S. Ignacio en los Ej. Espt. (nº 76); sin embargo, se puede facilitar mucho el recogimiento por medio de la actitud recomendada en las CONSIDERACIONES.

⁹⁸ El manuscrito de la referencia a Gen. 28,12.

⁹⁹ Recordemos la fe superficial de ciertos cristianos del siglo XVIII (ver Cap. VIII). Pero “el olvido de Dios” de que se trata aquí igualmente se puede aplicar por ejemplo al estado de Sta. Teresa antes de su “conversión”.

CAPÍTULO XVII

FRUTO QUE SE SACa DE LA MEDITACIÓN

Los que durante algún tiempo se han dedicado a la Meditación, si la han hecho con todo el fervor de que son capaces, no tardan en encontrar mucha mayor facilidad para hacerla.

Las imágenes extrañas que antes los desolaban se van borrando del espíritu, por el cuidado que han tenido de arrojarlas, ya no tienen el mismo trabajo para recogerse, y su corazón que comienza a gustar a Dios, se dirige a Él como el centro único de su felicidad.

Con ayuda de una fe más viva y penetrante, se complace en considerar los admirables efectos del amor y de la bondad de Dios para con los hombres y cada uno de los misterios del Hombre Dios, en los que antes no descubrían nada por la debilidad de su vista interior, les provee ahora de una multitud inagotable de consideraciones.

No tendrá que temer entonces el carecer de ellas, sino detenerse demasiado en lo que estas consideraciones tienen de más conmovedor para el espíritu, y de no utilizarlas suficientemente para inflamar y perfeccionar la voluntad. Por este medio, estando llenos de los grandes objetos que tienen costumbre de meditar, no permitirán la entrada en su espíritu a los pensamientos bajos y terrenos y se ocuparán con facilidad de Dios en el curso del día. Tendrán también mucha mayor fuerza para vencer sus repugnancias y para resistir a las sugerencias del enemigo.

Si acaso la meditación no produjera en ellos ninguno de estos efectos preciosos, se abstendrán de deducir que no son para el caso. Que sondeen el fondo de su corazón, que examine¹⁰⁰ con cuidado la manera como meditan, encontrarán casi siempre que son culpables de alguna falta considerable¹⁰¹, sea por la poca preparación que llevan a este santo ejercicio, sea por su negligencia al hacerla.

¹⁰⁰ S. Ignacio en los Ej. Espt. (nº 77) propone el examen de la meditación como acción de gracias y, si es necesario, para enmendarse.

¹⁰¹ En algunos casos puede tratarse de falta, cuya gravedad seguramente será difícil determinar, pero no por ello menos real.

Cuando sean más fervorosos, más recogidos, cuando tengan una alta estima de la oración, cuando no crean que es perder el tiempo que le dedican y al contrario le consagren todo el tiempo que puedan sin perjuicio de sus demás deberes, cuando se esfuercen por dirigir su meditación a su adelanto espiritual, en fin, cuando sean fieles para responder a las luces que reciban, prontos para poner en ejecución las buenas resoluciones que hayan tomado en ella, es imposible que dejen de encontrar con el tiempo más facilidad, y que no saquen gran fruto.

CAPÍTULO XVIII

CÓMO HAY QUE PORTARSE EN LA MEDITACIÓN CUANDO SE ESTÁ EN LA ARIDEZ

Por mucho deseo que se tenga de la perfección, por mucho cuidado que lleve al ejercicio de la meditación, no hay que esperar que siempre se ha de sentir la misma facilidad, la misma devoción.

Sucedirá algunas veces, aún a los más fervorosos, que este santo ejercicio será para ellos sin gusto, sin luz, sea que esto provenga de su disposición natural, sea que resulte de la malicia del demonio o que sea una prueba de Dios.

Su imaginación no se podrá fijar en nada, mil pensamientos se presentarán a su espíritu, su corazón será presa de mil deseos, multitud de tentaciones vendrán a molestarlo; pero hay que saber que todo esto no disminuirá delante de Dios el precio y el mérito de su oración; mientras menos contentos estén de sí mismos, estará el Señor más complacido.

Es verdad que entonces su oración no será propiamente una meditación, no podrán hacer consideraciones, ni razonamientos, ni afectos; será una oración de trabajo y de combate; pero su constancia en sostener pacientemente una situación tan penosa, sin tratar de abreviar su duración ni un solo instante,¹⁰² aprovechará más a su alma que la meditación.

Que no se espanten de semejante prueba, será en proporción a sus fuerzas y a las gracias que el Señor les destina.

Lejos de abatirse por ello, deben regocijarse de probar a Dios su fidelidad de una manera más perfecta. Sin querer penetrar demasiado en la causa del cambio que se ha obrado en ellos; tomará allí ocasión para humillarse,¹⁰³ para resignarse completamente con el divino beneplácito, para poner en Él solo toda su confianza e implorar con más ardor el socorro de su gracia omnipotente.

¹⁰² Es el consejo común de los autores espirituales, sobre todo de S. Ignacio (Ej. Espt. 12-13)

¹⁰³ "Resignarse" en la literatura espiritual tiene un sentido muy fuerte: aceptar generosa y amorosamente el beneplácito de Dios.

Si se portan de este modo, conocerán por su propia experiencia, que esas arideces y esas pruebas de la oración, no les serán menos útiles que las luces y los consuelos que en ella se reciben. Es un medio del que se sirve Dios generalmente para desprender al alma de sí misma, para disponerla a recibir mayores gracias y hacerla capaz de comunicaciones más perfectas.¹⁰⁴

¹⁰⁴ Las CONSIDERACIONES repiten a menudo que las pruebas, cuando proceden de Dios, tienen como fin “desprendernos de nosotros mismos” para unimos más puramente a Dios; así nos convertimos en instrumentos más aptos para otras gracias. Ver también los caps. XXIII, XXXVII, XXXIX. S. Ignacio explica en el mismo sentido las razones de la desolación y la aridez, pruebas del Señor. (Ej. Espt. n° 322).

CAPÍTULO XIX

CUANDO HAY QUE DEJAR POCO A POCO EL USO DE LA MEDITACIÓN PARA PASAR A OTRO GRADO DE ORACIÓN

No se debe dejar la práctica de la meditación fácilmente, ni introducirse de su propia voluntad a otro grado de oración más elevado.

Aquí es donde hay que practicar el consejo que nos da nuestro divino Maestro, de tomar el último lugar cuando somos invitados a un festín. Pero es necesario que todos los que se dan a la práctica de la oración y que desean hacerla perfectamente, sepan que, cuando se ha sacado del ejercicio de la meditación los frutos que podían esperarse de ella, cuando ya están vivamente penetrados de las verdades de la religión; cuando estas verdades se han vuelto familiares, que el recuerdo de Jesucristo y de sus misterios está presente casi siempre a su espíritu, que los acompaña por todas partes y llena su voluntad de un vigor siempre nuevo, para caminar animosamente sobre sus huellas; efectos que tarde o temprano se hacen del ardor con que buscan la perfección; pero efectos que no experimentarán jamás las almas tibias, que no se dan plenamente a Dios; entonces N. S. conmovido por los esfuerzos penosos que han hecho esas almas para llegar a ese punto, y sabiendo que sin un auxilio más poderoso, no podrían subir más alto, N. S., decíamos, fortalece de tal manera su fe, la hace tan luminosa y derrama al mismo tiempo en su voluntad un fuego tan vivo de su amor, que estas almas con semejante auxilio desdeñan casi el servirse de su razón, cuya marcha les parece lenta y de ninguna manera comparable a la de la fe, cuyo atrevido vuelo las lleva inmediatamente hasta Dios.

Antes de llegar a este estado tenía necesidad de recurrir a los discursos del entendimiento iluminado por la fe, tanto para penetrar las verdades que ésta les presentaba, como para excitar a los actos de la voluntad y hubiera sido una temeridad vituperable el renunciar a ellos; ahora que la fe les descubre las verdades de la religión con más claridad, que les hace penetrar su profundidad y que la menor chispa basta para abrasar su voluntad, les sería perjudicial detenerse demasiado en los razonamientos, por un apego excesivo a su antigua manera de obrar, por la satisfacción que el espíritu acostumbra tomar en sus

propias especulaciones, por falta de docilidad para responder a los movimientos de la gracia, o bien porque no conoce bastante los caminos de Dios.

Se requiere una atención particular del alma que se siente suavemente llamada a alguna cosa más perfecta, porque, si por cualquier razón no atendiera a la invitación del Señor que la llama a subir más alto, no sacaría ya los mismos frutos de la meditación, ni encontraría ya el mismo alimento; su oración degeneraría en un estudio fastidioso, y aún correría el riesgo de perder insensiblemente el gusto y darse a ella con repugnancia.

CAPÍTULO XX

PRÁCTICA DE LA ORACIÓN AFECTIVA

Cuando se halla uno en el estado¹⁰⁵ que se acaba de describir y que pide la oración afectiva, sucede generalmente que el espíritu saca sin ningún trabajo de su parte y penetra mucho más en los objetos que le son propuestos, que antes con el razonamiento, y la voluntad vivamente excitada por un simple recuerdo se abraza inmediatamente, y produce por sí misma, o por mejor decir, por el movimiento del Espíritu Santo que la anima con mayor fuerza, los actos más generosos y fervientes. Es una leña seca, una materia combustible y bien preparada, que al más ligero contacto con un cuerpo ígneo, se inflama de repente y produce una viva explosión.

Esto no quiere decir que hay que rechazar voluntariamente el razonamiento al cual hay que recurrir de tiempo en tiempo, sobre todo al principio; es preciso aún que los que se encuentran en este estado oigan o lean con la misma atención el tema de la oración; y su preparación tanto la próxima como la remota deben hacerse de una manera aún más perfecta que en el grado anterior.

Pero sucede que apenas se presenta el alma a la Oración, a veces, al ponerse en la presencia de Dios, sin que tenga tiempo de considerar el asunto que se había propuesto, queda penetrado de algún profundo sentimiento, sea el dolor de sus pecados que la lleva a lanzar interiormente gritos al Señor, implorando su misericordia, sea la confianza a la vista de sus inefables beneficios, que la impulsa a arrojarse amorosamente entre los brazos de un

¹⁰⁵ Este Cap. XX de la edición de 1802 cambia el texto del manuscrito, enriqueciéndolo: "Los hermanos que estén en el estado que requiere la oración afectiva escucharán la lectura del tema de oración con la misma atención; y su preparación, sea próxima o remota, se hará de una manera aún más perfecta que en el estado precedente. No tiene que rechazar deliberadamente la ayuda del razonamiento, al que necesitará recurrir de vez en cuando, sobre todo al principio; pero les ocurrirá de ordinario que, casi sin ningún trabajo, su espíritu penetrará mucho más adelante en los objetos que se le propongan, y que su voluntad ardientemente excitada por su simple recuerdo se abrasará inmediatamente y producirá como por sí misma los más fervorosos actos".

Cuando Clorivière acepta la dirección espiritual de Adelaida de Cicé ella está en la oración afectiva. Le hace llegar una copia de su tratado y los consejos que le da son muy parecidos a los del presente capítulo: ver carta del 29-9-1788, en las LETTRES, p. 16. Rápidamente la guía hacia la oración de recogimiento (5-8-1788 p. 28; 14-1-1789, p. 36; etc.)

Padre tan generoso y tan bueno; la vista de sus pecados no la turba ya¹⁰⁶ y se siente capaz de pedir todo para ella y para los demás.

Otras veces los misterios del Hombre Dios llenarán el alma de admiración,¹⁰⁷ los considerará como si sucediera a su vista, adorará al Niño Dios en su pesebre, o en los brazos de su Santísima Madre, lo seguirá en sus viajes; escuchará las divinas lecciones del Salvador de los hombres, subirá tras Él al Calvario y recogerá con cuidado las gotas de su preciosa sangre; estos diferentes misterios serán su más dulce y continua ocupación; otras veces mezclándose al canto de los espíritus bienaventurados, exaltará los infinitos beneficios de Dios, y todos los demás seres desaparecerán de su vista.

En este grado de oración se siente más¹⁰⁸ la dulce libertad que el Espíritu Santo tiene costumbre de producir en las almas: UBI SPIRITUS IBI LIBERTAS.

Se puede fácilmente seguir el atractivo de la gracia; pero como el Espíritu Santo no obra con dureza, sino que deja a la voluntad que vaya libremente a lo más perfecto, conviene darse de preferencia a los afectos que se refieren a la adorable persona de nuestro Divino Maestro y jamás se debe olvidar el hacer práctica la Oración, encaminando los afectos al objeto que se ha propuesto como más necesario para el adelanto espiritual, y formando las resoluciones correspondientes.

¹⁰⁶ “La vista de sus pecados” “ya no turba al alma” y sin embargo “la pena de las faltas pasadas la penetra del más profundo dolor”. No hay ahí contradicción, sino al contrario el signo de una profundización espiritual. Los sentidos se conmovían quizá a la vista del pecado, y corríamos el riesgo de tomar el cambio y considerar esta emoción como un movimiento de la fe. Desde ahora lleva el peso interior del pecado todo el ser. La gracia del Señor nos ha hecho pasar del dolor sensible al dolor del corazón y del alma.

¹⁰⁷ La contemplación de los misterios de la vida de Cristo conviene más a las almas aplicadas a la oración afectiva. Es presentada en el orden y el espíritu de los Ej. Espt. de San Ignacio: acompañar al Salvador, escucharlo, admirarlo, adorarlo, amarlo, sufrir con él. La “memoria” impregnada por la vista de los misterios de Jesús y el corazón amorosamente atento a sus menores gestos, a sus menores intenciones, nos “ocupan” continuamente y nos conforman con Cristo cada vez más profundamente, como muestra el Cap. XXI. Jean Rigoleuc explica los efectos de esta contemplación: “Todo lo que es Jesucristo no es solamente santo, es también santificante y se imprime en las almas que se aplican a Él, si están bien dispuestas. Su humildad nos hace humildes, su pureza nos purifica, su pobreza, su paciencia, su dulzura y sus demás virtudes se imprimen en aquellos que los contemplan. Lo que se puede hacer sin ninguna reflexión sobre sí mismo, sino simplemente mirándolos con estima, con admiración, con respeto, con amor y con complacencia”. (INSTRUCTION TOUCHANT L’ORAISON MENTALE, Cap. 2, párr. 1, n° 6).

¹⁰⁸ El principio de este párrafo falta en el manuscrito, y hay una omisión de importancia; está sustituido como sigue: “Los hermanos producirán libremente los santos afectos por los que sientan atractivo. Sin embargo, conviene que preferentemente se unan a los que miran...”.

CAPÍTULO XXI

EFFECTOS QUE ESTA ORACIÓN PRODUCE EN UN ALMA GENEROSA

Las almas que con facilidad tratan de aprovechar para su perfección las gracias y luces que reciben en este grado de oración, experimentan pronto cuántas ventajas hay en él.

Su mirada es más amplia, sus resoluciones más generosas y sus progresos más rápidos.

Comienzan a revestirse más especialmente de JC.¹⁰⁹ concibiendo sentimientos semejantes a los suyos, sienten por las menores faltas más horror y aversión que antes por los más graves pecados; no se cansan de admirar la divina sabiduría de las palabras del Salvador; encuentran en ellas un maná oculto que las alimenta; no encuentran nada que las espante en sus máximas, aún en las que son más contrarias a la naturaleza y más por encima de nuestros sentidos, se admiran de que los cristianos puedan estimar y gustar otra cosa que lo que el Hijo de Dios ha elegido, mostrándoles que es la única digna de su estimación.

A fin de parecerse más y unirse más estrechamente con Él, suspiran por la cruz, la eligen por esposa y no ambicionan más que vivir y morir en sus brazos¹¹⁰.

Esta conformidad de sentimientos y de afecto es la más segura señal para reconocer si este género de Oración es el que nos conviene, y si nos portamos en ella de manera que saquemos provecho.

¹⁰⁹ La doctrina de S. Pablo aflora por todas partes en las CONSIDERACIONES. Para el cristiano se trata de "revestir al hombre nuevo" (Ef 4,24). "Bautizados por Cristo os habéis revestido de Cristo" (Gal 3,27). "Revestíos del Señor Jesucristo" (Rom 13,14).

¹¹⁰ "Desposarse con la Cruz" es una aspiración especialmente familiar a Clorivière (NOTES INTIMES, Tomo I, p. 94). "Oh Cruz amadísima, oh prenda preciosa del amor de mi Jesús, cuántas veces, infiel, te he abandonado... Quiera Dios que yo me una siempre a ti, costado de Jesús, y que viva y muera entre tus brazos" (Ej. Espt. 1776).

CAPÍTULO XXII

FALTAS QUE SE PUEDEN COMETER EN ESTE ESTADO, Y MEDIOS QUE HAY QUE TOMAR PARA PRECAVERSE DE ELLAS

Por bueno y ventajoso que sea en sí mismo este grado de oración, el alma aún imperfecta corre riesgo de caer en muchas faltas e imperfecciones.

Las más comunes y peligrosas serían el creerse más adelantado en la virtud de lo que se está en realidad; el imaginarse que se es perfecto, porque se tienen los sentimientos de las personas perfectas; el apropiarse como virtud lo que no es más que el efecto de la gracia sensible, el apegarse demasiado a las luces y consuelos sensibles que se reciben abundantemente; el entristecerse y abatirse y aun llegar a perder el fervor cuando se ve uno privado de ellas; el multiplicar demasiado las reflexiones o al contrario, descuidarlas completamente cuando podría uno hacerlas con utilidad; en fin, el no tener la misma vigilancia sobre sí mismo y abandonar con facilidad la práctica de ciertos medios, por no creerlos ya necesarios para la perfección.

El espíritu de tinieblas¹¹¹ hace todo lo que puede para llevar a estos defectos a las almas fervorosas, se disfraza de ángel de luz, sugiere pensamientos levados, procura aun deliciosos sentimientos de oración; excita a desear grandes cosas, y el alma que aún no tiene bastante experiencia de las cosas interiores y que no sabe discernir los diferentes espíritus está en peligro de dejarse llevar de estas ilusiones.

El medio de preservarnos de ellas es desconfiar de todos los conocimientos, de todos los afectos que no tiendan a inspirarnos un gran desprecio de nosotros mismos, y no medir nuestro adelanto espiritual por la idea sublime que tengamos de la perfección ni por los sentimientos de afecto que podamos experimentar, sino por el constante cuidado que tengamos de practicar en todo la obediencia, la mortificación interior y exterior, la caridad hacia el prójimo y todas las virtudes que constituyen al cristiano perfecto.

¹¹¹ Las CONSIDERACIONES incorporan aquí, a veces al pie de la letra, las reglas clásicas del discernimiento de espíritus de San Ignacio (sobre todo el n° 332 de los Ej. Espt.)

Vemos también sobre la manera de portarnos en la Oración, y sepamos guardara en ella una justa medida entre la inacción y la demasiada actividad.

Es entonces el tiempo de obrar; la gracia nos lleva a ello, pero basta corresponder a ella y secundarla, sin dejarse llevar de una efervescencia de sentimientos naturales que pudieran tener consecuencias perjudiciales.

Un pequeño número de afectos que la voluntad saborea, y en los que descansa a gusto,¹¹² vale más, de ordinario, que un gran número que produjera con impetuosidad.

También es necesario interrumpir algunas veces la propia actividad para tener tiempo de escuchar al Señor, que comienza a dejarse oír con más frecuencia por las santas inspiraciones y los buenos sentimientos con que se complace favorecer al alma.

En fin, hay que recibir los dones de Dios con una perfecta abnegación, humillándose, y complaciéndose no en el don, sino en la Voluntad de Aquél que en su misericordia se digna obsequiarnos.¹¹³

¹¹² Lo mismo que en la meditación multiplicar los razonamientos es un "gran defecto" (Cap. XI), en la oración afectiva los excesivos actos de la voluntad llegan a ser perjudiciales. Se trata en uno u otro caso de simplificar poco a poco la actividad de las potencias, de "recogerlas" (Cap. XXIV) para que la acción del Espíritu sea más libre, más total, más independiente.

¹¹³ El amor auténtico se complace con Aquel que da; lo que da no es más que el testimonio de su amor (cf Ej. Espt. 233). Apegarse a los dones por sí mismos sería un desconocimiento de Dios. El alma, amorosamente renunciada a sí misma, recibe los dones y mira al donante.

CAPÍTULO XXIII

COMBATES QUE A MENUDO EL ALMA TIENE QUE SOSTENER EN ESTE GRADO DE ORACIÓN Y COMO DEBE PORTARSE

No debe uno asombrarse de las alternativas casi continuas y ardientes, de luz y oscuridad que se experimentan en la oración afectiva, y de los combates que los enemigos de la salvación presentan al alma.

Este estado es como la entrada de la perfección; la naturaleza¹¹⁴, que prevé su destrucción y que nada teme tanto como un despojamiento total, lucha con todas sus fuerzas contra la gracia, para conservar todos los derechos que hasta entonces había tenido sobre el alma.

El espíritu de malicia secunda sus esfuerzos; las pasiones que habían estado como dormidas por la dulzura de los consuelos, despiertan y obran con mayor fuerza; y la imaginación que ya no tiene freno, porque ya no está fija por la abundancia de las luces que antes la inundaban, presenta al espíritu una multitud de dificultades en el camino de la perfección, que parece hacérsela impracticable.

No se ve ya nada, no se siente nada en la oración; se quisiera volver a la meditación, pero todas las reflexiones que se esfuerza uno por hacer son sin gusto, y no hacen ninguna impresión en el espíritu, no conmueve ninguna verdad; todas las potencias del alma están turbadas y en confusión; la memoria está llena de cosas inútiles y a menudo extravagantes, que se creían borradas desde hacía mucho del espíritu; el entendimiento está sin penetración por las cosas de Dios, y la voluntad está como indiferente.

Estas pruebas son más fuertes que todas las que han sufrido antes, porque el alma está más capacitada para soportarlas.

Dios parece retirarse de las potencias del alma y no ocupa entonces sino lo que los autores místicos llaman “la puerta del espíritu”, “la cima del alma”, a

¹¹⁴ Se trata de la naturaleza pecadora, del yo “propietario”. La desaparición de sí (= privación total) es la condición primordial para el progreso espiritual.

fin de que ésta se retire allí con Él, y aprenda a obrar de una manera más espiritual y más íntima.

El cuidado principal de los que están en esta turbación y agitación debe ser el no dejarse llevar del abatimiento; y no perder nada de su confianza en la infinita misericordia de Dios y en los méritos de N.S. que se persuadan de que lo que sienten, por más contrario que sea a la virtud, no siendo efecto de su voluntad libre, no puede manchar su alma de ninguna manera mientras no consientan, mientras tengan horror por esas tentaciones y hagan todo lo que puedan por acercarse a Dios.

Que sean más dóciles a los consejos de los que representan a Dios y que hagan más caso de las seguridades que se les den que de todas las impresiones que de temor que el sentimiento de su miseria pueda producir en ellos.

Que tenga gran cuidado de adelantar más y más en la humildad, pues es el principal objeto del Señor, al permitir estas pruebas; que opongan a las tentaciones los actos contrarios; que se dediquen en todo tiempo a practicar las virtudes sólidas; en Dios que no es ni menos adorable, ni menos amable, cuando permite estas tempestades que agitan al alma, que cuando reina en ella una dulce serenidad.

Si son fieles para emplear estos medios saldrán victoriosos de estos combates, y elevándose por encima aun de la razón, vendrán poco a poco a establecerse en una región superior no solamente a los sentidos, sino aun a las facultades razonables, en una región en donde sólo reina la fe, y en la que Dios hace sentir su presencia apacible y tranquila, aun en medio de tempestades y tentaciones de todas clases.¹¹⁵

¹¹⁵ Como muchos místicos, Clorivière llamará a esta "región... en la que Dios hace sentir su presencia" fondo del alma (ver Cap. XXXVIII, nota 153) o como más arriba la "cima" del alma.

CAPÍTULO XXIV

MARCAS POR LAS CUALES PUEDE CONOCERSE SI HAY QUE PASAR A LA ORACIÓN DE RECOGIMIENTO

Nuevas gracias son la recompensa¹¹⁶ de las almas que responden fielmente a los designios de Dios, y que utilizan para su santificación los consuelos y las pruebas por las cuales el Señor las hace pasar en este grado de oración.

Su virtud se vuelve cada día más sólida y como de una manera imperceptible se van elevando a un estado más perfecto. Su amor, aunque más vivo, no tiene ya el mismo atractivo, porque es más ilustrado. Ven claramente, sienten, que no es ni la multiplicidad, ni la variedad de sus actos, lo que las hace más agradables a Dios, que mientras más sencillos son éstos, son más perfectos; y tratan de poner su alma en esa serenidad, en la cual le agrada a Dios obrar.¹¹⁷ Así, luces más puras, un conocimiento mayor de las vías espirituales, la convicción de la inutilidad de sus esfuerzos, y una especie de incapacidad de hacer lo que antes hacían con tanto consuelo y utilidad para su alma, todo esto las lleva a recoger interiormente todas sus fuerzas y a retirarse poco a poco de la multiplicidad de actos, que ya no tienen el mismo atractivo, y que más bien contribuyen a disipar que a recordar a Dios, pidiéndoles el seguir la dirección del Espíritu Santo.

Cuando las almas que se han ejercitado hasta entonces en la Oración afectiva reconocen en sí mismas estas marcas, no pueden dudar razonablemente que son las llamadas a la oración de recogimiento, y resistirían al Espíritu Santo, perjudicándose mucho al mismo tiempo, si persistieran tenazmente en no responder a ese llamamiento.

¹¹⁶ Esta palabra de “recompensa” no puede entenderse más que en el sentido amplio. Místicos como Sta. Teresa de Ávila la emplean corrientemente. Dios responde a la “fidelidad”, a la docilidad, a la abnegación de las almas concediéndoles, liberal y graciosamente, unos dones que ellas no pueden de ningún modo y en el sentido estricto del término “merecer”. Es lo propio de todas las gracias místicas. Los capítulos siguientes lo repetirán hasta la saciedad. Jean Rogoleuc, que coincide aquí con Clorivière ha descrito con claridad las disposiciones del alma llamada a la oración de recogimiento.

¹¹⁷ Esta frase recuerda las exégesis común entonces de 1 Re 19,11 “non in commotione Dominus”. Dios no está en el temblor de tierra, sino en la calma y suavidad de la brisa ligera.

CAPÍTULO XXV¹¹⁸

PRÁCTICA DE LA ORACIÓN DE RECOGIMIENTO O DE SIMPLE MIRADA

En la oración de recogimiento, las facultades obran, pero su acción es menos distinta, más delicada, más íntima, más desprendida de los sentidos que en las anteriores.

Esta acción no consiste más que en recordar la presencia del Señor, a quien el alma busca dentro de sí misma, y en desechar suavemente cualquier otro pensamiento que pudiera distraerla del único objeto que posee su amor. No se está menos atento al asunto de la Meditación, porque ayuda al recogimiento.

La memoria lo recuerda; el entendimiento lo considera, la voluntad lo quiere; pero todo esto se hace casi imperceptiblemente; de ordinario, basta una mirada, lo que hace se dé a esta oración el nombre de simple mirada.

Sería inútil el querer dividir, analizar el asunto... y considerarlo en partes para profundizar las conveniencias y aplicárselo a sí mismo. Se le ve en su totalidad y sin detenerse en nada en particular se le ve mejor, se descubre más que lo que pudiera hacerse ayudado por las más detalladas investigaciones.

Todo junto y de una manera confusa¹¹⁹ se presenta al alma, no distrayéndola para nada de su aplicación a la presencia de Dios.

¹¹⁸ Clorivière describe su experiencia de la oración de recogimiento activo y pasivo en su cuenta de conciencia de 29-6-1769, después de un triduo preparatorio para la renovación de votos. Cf NOTES INTIMES, Tomo I, p. 304-6, 323, 332, 333. Encontramos un calco de ello en los presentes capítulos. Retengamos esto: "La mayor parte del tiempo cuando comienzo mi oración, me encuentro recogido con el sentimiento de la presencia de Dios dentro de mí; y si quisiera emplear la inteligencia en considerar el tema preparado, esto no haría más que distraerme y realmente yo no sería capaz de sacar pensamientos piadosos o fervientes afectos. Así mi voluntad y mi inteligencia están ocupados en presencia de su Señor, pero de una manera suave y silenciosa, quiero decir sin multiplicidad de pensamientos o de actos, aunque algunas veces también y especialmente hacia el fin la inteligencia esté llena de luz y la voluntad de fervorosos deseos y resoluciones". (pp. 305-306).

¹¹⁹ bis.- Esta "manera confusa" hay que tomarla en el sentido de los espirituales. Surin, por ejemplo, de quien quizá se ha tomado la fórmula, la emplea a menudo, u otras equivalentes.

Los actos de la voluntad no son menos sencillos que los de la inteligencia; se mantiene generalmente en silencio delante de Dios; pero es un silencio amoroso, en el que se dice todo. Por este silencio y sin actos distintos, protesta a Dios que lo ama, que lo adora, que lo admira, que está dispuesta a hacer todo, a dar todo, a sacrificarlo todo por su amor. Le pide todo sin pedirle nada, y le rinde el homenaje más profundo que una criatura puede rendir a la Majestad divina, protestando que todo lo que pudiera decir o hacer, no sería digno de esa Majestad, y no tendría ninguna proporción con soberana grandeza.¹²⁰

Este silencio va acompañado de una gran dulzura; el alma descansa deliciosamente en Dios que le hace sentir su presencia¹²¹; y el conocimiento

“Confuso” se opone a “distinto”, “detallado”, “visto punto por punto”. El sentido es muy claro: “inútil querer DESMEMBRAR el tema y CONSIDERARLO POR PARTES... Se ve en su totalidad y sin detenerse en nada en particular”. Es una visión a vista de pájaro, es ver un conjunto en un golpe de vista. En la meditación, decía anteriormente S. Francisco de Sales, se consideran las cosas parte por parte (Ver cap. IX, nota 23).

¹²⁰ Esta descripción de la oración de recogimiento, sin actos distintos y “confusa” es clásica. Se encuentra, por ejemplo, en San Juan de la Cruz (que habla habitualmente de “conocimiento general y confuso”, SUBIDA AL MONTE CARMELO, libro 2, caps. 14 y 16), en Jean-Joseph Surin (CATÉCHISME SPIRITUEL, tomo 1, 2ª parte, cap. 2 “operación muy simple, muy confusa, e indistinta”), en San Francisco de Sales que siempre se vuelve a leer con gusto: “Algunas veces también estamos atentos a mirar en Dios varias de sus infinitas perfecciones, pero con una simple mirada y sin distinción; como aquel que de golpe de vista, pasando los ojos de la cabeza a los pies de su esposa ricamente adornada, habría visto atentamente todo en general y nada en particular...” (TRATADO DEL AMOR A DIOS, libro 6, cap. 6)).

Parece que de quien más se ha inspirado aquí Clorivière es de Jean Rigoleuc. “Esta simple visión de Dios, explica Rogoleuc en efecto, no expresa distintamente ningún conocimiento particular. Es una NOCIÓN CONFUSA y universal del soberano ser, pero que lo representa mejor que todas las ideas precisas que se pueden formar de él. Este simple consentimiento es conforme a esta noción confusa... La mente y el corazón están en un tranquilo reposo, sin que tenga NADA DIFERENTE... Ninguna otra manera de orar tiene más relación con la grandeza de Dios y nada le va mejor a la nada que mantenerse en silencio ante el soberano Ser... En esta humilde postura y por esta tácita confesión, LE RINDE EL HOMENAJE MÁS PERFECTO QUE CUALQUIER CRIATURA PUEDA OFRECERLE. Sin decir ni palabra DICE TODO lo que podría decirle por vía de la alabanza, de agradecimiento, de amor, de confianza... Haciendo cesar su acción baja e INDIGNA DE DIOS...” (INSTRUCTION TOUCHANT L’ORAISON MENTALE, Cap. 3). El pensamiento es el mismo; señalamos las expresiones idénticas o equivalentes.

¹²¹ “Esta presencia sentida es el primer toque místico que prepara al alma para la oración pasiva de quietud”, explica el P. H. Monier-Vinard, en su edición de las CONSIDERACIONES, p. 206. La palabra “mérito” que sigue tiene el sentido de “Valor”.

que tiene del mérito de este silencio está desprovisto de toda dulzura; no se siente nada, sólo la fe mantiene entonces en la presencia de Dios, y el amor que la acompaña es un amor vivificado, o por lo menos tan espiritualizado, que los sentidos no tienen allí ninguna parte.

Entonces, esta oración es más sublime y meritoria, pero el alma sufre mucho,¹²² por una parte teme estar en la ociosidad, y por otra todos los esfuerzos que hace para producir actos, no hacen más que disiparla.

Además la imaginación, que no está engolosinada por ningún gesto sensible se emancipa y se pierde en toda clase de objetos.

Los que crean estar en este grado de oración deben examinar cuidadosamente si lo que aquí se ha dicho les conviene, a fin de que no se equivoquen, sea aplicándose en vano y con pérdida de tiempo a una oración que no es propia para ellos; sean alejándose por vanos temores y con gran perjuicio de su adelanto espiritual; sea no portándose con ese reposo interior que pide esta forma de oración, o no preservando en ella con bastante ánimo y constancia, cuando no están sostenidos por algo sensible.

En esta frase el manuscrito pone: EL CONOCIMIENTO QUE TIENE DEL MÉRITO DE ESTE REPOSO. Las palabras REPOSO y SILENCIO son aquí casi sinónimas. Este reposo y este silencio se sitúan más allá de cualquier ociosidad natural y de cualquier quietismo.

¹²² Clorivière conoció “ese silencio desprovisto de toda suavidad”. Así describe su contemplación de los sufrimientos interiores de Cristo durante su retiro de 1769: “Habiendo pasado la hora de la oración en una atención bastante sostenida pero árida, a los sufrimientos de N. S., le pedía con un sentimiento de fervor que se digne decirme lo que podría hacer para serle agradable. Entonces no me vino a la mente otra cosa que aceptar de sus manos toda clase de humillaciones...” (NOTES INTIMES, tomo I, p. 332).

CAPÍTULO XXVI

VIRTUDES QUE SE PRACTICAN EN ESTA ORACIÓN

Para mantenerse en la oración de recogimiento, a pesar de los trabajos que se acaban de enunciar, es necesario estar convencido de que encierra una práctica sublime de humildad, de muerte de sí mismo, de abandono y de una perfecta conformidad con la Voluntad divina.

En efecto, reflexionando en las disposiciones que se requieren para este grado de oración, se persuadirá uno sin dificultad de que el descubrimiento de un alma que quiere aplicarse a esta oración, debe llegar hasta dejarse de todo.

Es preciso que deje todo y que después de haber dejado todo, salga de sí misma y consienta en que sus potencias queden, en parte, privadas de sus operaciones naturales. Es preciso desprenderse de ciertos medios que antes la habían sostenido y la habían hecho avanzar en la virtud, sacrificio muy penoso para un gran número de almas que no están aún enteramente muertas a sí mismas.

Este estado pide además un gran recogimiento habitual, un continuo cuidado de mortificar los sentidos y de moderar, aun de ahogar desde su principio, todas las emociones de alegría, de temor, de deseo y de tristeza que no vengan de Dios y que no se refieran a Dios; en fin, una fidelidad constante para recibir y seguir las inspiraciones divinas, aun cuando lleven a los más heroicos sacrificios, a aquellos que son más contrarios a las inclinaciones de la naturaleza.

CAPÍTULO XXVII

QUE ES PRECISO SEGUIR CON LIBERTAD DE ALMA Y CON SUAVIDAD, LOS BUENOS PENSAMIENTOS QUE SE PRESENTAN AL ESPÍRITU DURANTE LA ORACIÓN

Aunque el ejercicio de la Oración de recogimiento consiste principalmente como su nombre lo dice, en el recogimiento, en esa atención a la presencia de Dios dentro del alma, sea que se descubra por una luz sobrenatural, o por un sentimiento interior, o solamente por una fe oscura y desnuda¹²³; y que se aconseja no abandonar esta atención apacible y silenciosa a la presencia de Dios por producir actos cuya multiplicidad no tendría más efecto que el turbar y distraer, sin embargo hay que recordar que esta atención no debe ser rígida, es decir, que si viene un buen pensamiento al que vaya la inteligencia como espontáneamente, si la voluntad está movida por algún sentimiento piadoso, hay que tener cuidado de no hacer ningún esfuerzo por desecharlo, sobre todo si ese pensamiento o sentimiento tiene por objeto la persona adorable del Hombre Dios o su Stma. Madre.

Hay que ocuparse de Ellos suavemente y con una santa libertad; se reconocerá por experiencia que esta manera libre de obrar hace más profundo el recogimiento. Aún sucederá algunas veces que estando el entendimiento iluminado y la voluntad abrasada, sin que el alma se haya dispuesto por ningún esfuerzo, se encontrará el alma hundida en ese recogimiento pasivo, en el cual consiste el primer grado de la contemplación, y que no puede ser sino efecto de la operación de Dios.¹²⁴

¹²³ La atención a la presencia de Dios puede ser fruto o de una gracia de luz, pasiva y totalmente gratuita, o de un movimiento interior de consolación, o de un puro acto de fe. Incluso cuando estamos en “esta atención apacible y silenciosa a la presencia de Dios” por el ejercicio de la fe, tratemos de perseverar en ella sin recurrir a nuevos actos, cuya repetición polarizaría nuestra atención sobre nuestra actividad y nos distraería de la presencia de Dios. Sin embargo, que este esfuerzo no ocasione tensión ni violencia. Aceptemos todo lo que pueda favorecer el recogimiento.

¹²⁴ Volveremos sobre el recogimiento pasivo en el Cap. XXXIII: En efecto, hay dos clases de recogimiento, uno donde predomina la actividad de las potencias, otro donde esa actividad es secundaria o, incluso, casi nula.

CAPÍTULO XXVIII

DISTINCIÓN ENTRE EL VERDADERO RECOGIMIENTO Y LA INACCIÓN NATURAL EN LA CUAL ES FÁCIL CAER

La ilusión más ordinaria¹²⁵ en este grado de oración es cierto estado de ociosidad natural, en que se puede fácilmente caer y que se podría confundir con el reposo de las potencias del alma, a causa de la semejanza que estas dos cosas tienen entre sí, pues la acción del alma es casi imperceptible en una y completamente nula en la otra.

Hay una cosa que pudiera aun impedir el distinguir estos dos estados:

- el de la oración de recogimiento que es una excelentísima oración y
- el de la ociosidad que es una pérdida de tiempo muy desventajosa;

es que las divulgaciones de la imaginación pueden encontrarse y de hecho se encuentran en los dos.

Por eso, todos los que están o creen encontrarse en la Oración de recogimiento deben poner un cuidado especial en las siguientes reflexiones que les ayudarán a preservarse de esta ilusión o a salir de ella si hubiera tenido la desgracia de haberse dejado sorprender.

Que consideren:

1º que no solamente en este grado de oración, sino en otros mucho más sublimes, las almas no permanecen constantemente en el mismo grado de elevación, y que Dios, para probarlas, permite que vuelvan a su primer estado y que tengan necesidad de discurrir y de producir actos distintos de la voluntad. En este caso las almas verdaderamente humildes no tiene trabajo para reconocer la impotencia en que están para aplicarse a la Oración de recogimiento; y se ejercitan con el mismo gusto en la Meditación, o en la Oración afectiva; al contrario, las que no tiene la misma humildad, temen

¹²⁵ Distinguimos la actividad del alma que es casi imperceptible en el reposo de las potencias, pero sin embargo real, y la inacción pura y simple, que es pereza natural. La actividad del alma es adhesión a la acción de Dios, como muestra claramente el resto del capítulo.

descender de su elevación y no siendo secundadas por la gracia, única que podía sostenerlas, caen en la inacción y la toman por el verdadero reposo de la oración.

2º que consideren que la inacción es a menudo castigo del poco empeño que ponen en la preparación próxima o remota de la oración.

Cuando no se ha tenido bastante cuidado de la guarda de los sentidos y del corazón; cuando comienza a rebajarse el fervor, y que sin embargo, se cree poder aplicarse como de costumbre a la oración y al recogimiento, se lleva a ella las distracciones y afectos desordenados, y aunque éstos distraigan involuntariamente, como no se hace ningún esfuerzo por sustituirlos por buenos pensamientos y santos afectos, sucede que todo el tiempo de la Oración pasa en cosa inútiles.

Por el contrario el recogimiento y ese verdadero reposo de las potencias son siempre, como se ha dicho, el fruto y la recompensa¹²⁶ de una vigilancia sobre sí misma y del continuo cuidado de mortificarse. El espíritu y el corazón, purificado de todo lo que pudiera impedirles ir a Dios, se fija y descansa en Él.

En tercer lugar hay que considerar que hay siempre una diferencia notable entre la manera de ser del alma cuando está en el reposo sobrenatural de la oración y cuando está en la ociosidad natural. En el reposo, Dios no deja nunca al alma sin algún testimonio de su presencia, aunque ese testimonio no sea siempre muy claro, y que Dios no se deje percibir del alma sino como en la lejanía en el punta del espíritu y en el fondo del alma.

Además el espíritu atento para no perder esta vista de Dios, aunque débil, se mantiene en guardia contra su imaginación y sufre mucho de sus desvaríos; al mismo tiempo que la voluntad hace también esfuerzos para no buscar satisfacción más que en Dios y para rechazar todos los anzuelos que la naturaleza y el demonio le atienden para impedir su unión con Dios.

No es así cuando el alma está en la ociosidad. Entonces no goza de Dios en ninguna manera, porque no se toma el trabajo de buscarlo y Dios no se presenta a ella de ningún modo.

¹²⁶ Ver nota 115.

La languidez en que se encuentra el alma por su culpa la vuelve insensible a esta privación de la presencia de Dios y hace que resista muy débilmente a los pensamientos y afectos extraños que la asaltan; lo cual la pone en peligro de caer en los lazos del enemigo.

En fin hay que considerar que el alma sale del verdadero recogimiento llena de un nuevo vigor que ha sacado de su Oración, mientras que la ociosidad la deja tan débil y tan cobarde como estaba antes.

CAPÍTULO XXIX

GRANDES BIENES QUE PROPORCIONA LA VERDADERA ORACIÓN DE RECOGIMIENTO

Lo que puede dar seguridad a las personas que están en la práctica de la Oración de recogimiento, que es como el término medio entre lo activo y lo pasivo, y participa de la naturaleza de uno y de otro, son los grandes bienes que enriquecen al alma por su medio:

Estos bienes son una profunda paz, de la cual goza el alma en sí misma aun en medio de turbaciones exteriores que pudieran agitarla; paz que la hace descubrir inmediatamente y suprimir con suavidad todo lo que pudiera causarle alguna emoción.

Es el dominio que tiene sobre todas las pasiones y la facilidad con la cual las dirige, excepto en el tiempo de pruebas y tentaciones violentas, en las que es necesario que el alma se ponga firme y haga todos los esfuerzos imaginables para vencerlas y mantenerse en el deber.

Es la supresión de esta actividad natural que hace que la mayoría de los hombres, aun virtuosos, reciban casi siempre su movimiento de la naturaleza, no dan tiempo a la gracia, para influir sobre sus acciones ordinarias.

Es un cuidado continuo que tiene de velar sobre sí mismo, sobre todos sus sentidos, para no concederles sino satisfacciones enteramente convenientes, y principalmente sobre el corazón para permitirle más deseos que los que estén enteramente conformes con la recta razón, que no es otra cosa que la Voluntad divina.

Es un sentimiento de Dios mucho más perfecto que el que nace de todas las consideraciones que se puedan hacer.

Es un deseo más puro y más vivo de contraer la más íntima unión con el Hombre-Dios de no tener otros sentimientos que los de su Divino Corazón, y transformarse en Él; a este deseo se agrega una disposición más íntima, más

espiritual, hacia la Augusta Virgen María Madre de Dios, como el medio más eficaz para obtenerlo.¹²⁷

En fin, es una gran dependencia del Espíritu Santo en todas nuestras operaciones, tanto interiores como exteriores.

Por todo esto las personas que tienen Oración de recogimiento, pueden reconocer seguramente si su oración es verdadera y si adelantan en ella.

¹²⁷ Las correcciones y adiciones de la edición de 1802 darían quizá alguna luz sobre la experiencia mística de Clorivière. Efectivamente el autor ha transformado NO TENER MÁS SENTIMIENTOS QUE LOS SUYOS por NO TENER YA OTROS SENTIMIENTOS QUE LOS DE SU DIVINO CORAZÓN. Mas notable es la afirmación de que la Virgen María es en alguna manera mediadora de contemplación. “El medio más eficaz” para ser admitido a “la más íntima unión con el Hombre-Dios”, es decir, a la unión transformante y al matrimonio espiritual, es “una devoción más íntima, más espiritual, a la Madre de Dios”. El manuscrito no hace aquí más alusión a la Virgen que en el cap. XXVII.

CAPÍTULO XXX

VIRTUDES QUE DEBEN ACOMPAÑAR A ESTA ORACIÓN Y PELIGROS QUE HAY QUE EVITAR CON CUIDADO

Los que reconozcan en sí mismos estos preciosos efectos de la Oración de recogimiento y de simple mirada, tendrá el mayor cuidado de conservarlos por los medios de que se han servido para adquirirlos; por una muerte continua a las cosas exteriores, por la práctica sostenida de la abnegación, de la mortificación y de humildad más profunda, por el amor de la cruz, por la perfecta observancia de todos los deberes que su estado y la obediencia les prescriben, en fin, por el frecuente ejercicio de la Oración¹²⁸, a la cual se les exhorta que consagren todo el tiempo que su empleo y las reglas de la caridad cristiana dejen a su disposición.

No podría haber para ellos ilusión más deplorable, ni tentación más peligrosa que si, movidos por una vana confianza inspirada en el sentimiento del estado a que han llegado, se persuadieran de que ya no tienen necesidad de velar ni de combatir y que pueden dispensarse de los actos y de las oraciones esenciales de un cristiano.

Semejante persuasión no puede venir más que del espíritu soberbio y del padre de la mentira.

La luz de Dios, aún cuando nos descubre los dones divinos que hay en nosotros, produce en el alma un sentimiento muy diferente, porque nos los muestra como un puro efecto de la misericordia del Señor y nos hace ver al mismo tiempo nuestras ingratitudes, los innumerables defectos que tenemos, la imperfección de nuestras virtudes, las que nos faltan, los combates que tenemos aún que sostener, la necesidad apremiante y continua que tenemos del divino auxilio y el peligro que corremos a cada momento de caer en pecado.

Es verdad que, generalmente, ya no hay que sobreponerse a las mismas dificultades, a las mismas repugnancias. Una larga serie de combates y de

¹²⁸ No se podría encontrar mejor comentario a estas exigencias que el plan de vida que se trazó Clorivière al acabar los Ejercicios de mes de su Tercera Probación en 1766. Ver NOTES INTIMES, tomo I, p. 189-94.

victorias las ha hecho desaparecer; pero mientras más se aproxima uno a Dios más percibe en el alma manchas de las que hay que purificarse.

La idea más perfecta que se concibe entonces de la santidad, hace comprender que no se han dado más que los primeros pasos en ella, que aún quedan muchos obstáculos por vencer: obstáculos que vienen de la resistencia de las pasiones cuyo germen está siempre en nosotros y hace brotar sin cesar nuevos retoños; de nuestra imaginación que nunca llega a estar suficientemente dominada; de parte de los hombres que hacen una guerra abierta a las almas interiores, a las que se dedican a la perfección, de parte de las potencias infernales que emplean toda clase de artificios para impedir o retardar los progresos en la oración; en fin, de parte del mismo Dios, que a menudo, para probar nuestra fidelidad y hacernos merecer más, nos hunde en oscuridades, en penas, en abismos que hacen estremecer a la naturaleza; de manera que parece entonces al alma que todo está perdido para ella, y que se encuentra como en el estado del ángel rebelde, cuando fue precipitado de lo alto del cielo al fondo de los infiernos, manchado por su crimen y cargado de la maldición de su Creador.

CAPÍTULO XXXI

REGLAMENTO FORMULADO POR BOSSUET PARA LAS ALMAS QUE SE HALLAN EN ESTE GRADO DE ORACIÓN

A lo que hemos dicho sobre la Oración de recogimiento debemos agregar la excelente instrucción que el santo obispo Meaux, Bossuet, compuso para el monasterio de la Visitación de esta ciudad, en favor de las religiosas a quienes el Señor elevaba a este género de oración.

Todas las almas que son llevadas a él encontrarán en esta instrucción no sólo reglas firmes, sino una gran seguridad en la dirección de un Prelado tan conocido por la pureza y elevación de su doctrina y las ayudará en todas las “aprensiones” que pueden tener:

“MEDIO CORTO Y FÁCIL PARA HACER ORACIÓN EN SIMPLE PRESENCIA DE DIOS, POR BOSSUET, OBISPO DE MEAUX”.

1.- Es preciso acostumbrarse a alimentar su alma con una amorosa y sencilla mirada a Dios y a Jesucristo Nuestro Señor y para esto hay que separarla suavemente del razonamiento, del discurso y de la multitud de afectos, para mantenerla en simplicidad, respeto y atención, acercándola así más y más a Dios su único soberano Bien, su primer principio y su último fin.

2.- La perfección de esta vida consiste en la unión con nuestro soberano Bien, y mientras más grande es la simplicidad es más perfecta la unión. Por esto, la gracia solicita interiormente a aquellos que quieren llegar a la perfección de la simplicidad, para que se hagan capaces del gozo del “Uno necesario”, es decir, de la Unidad eterna; digamos a menudo desde el fondo del corazón: ¡Oh Uno necesario, Vos solo es a quien yo deseo, quiero y busco!” ¡Vos sois mi Único necesario, oh mi Dios y mi todo!

3.- La meditación es muy buena a su tiempo, y muy útil al principio de la vida espiritual; pero no hay que detenerse en ella, cuando el alma, por su fidelidad en mortificarse y recogerse, recibe una oración más pura e íntima que se llena de simplicidad, la cual consiste en una simple mirada, o atención amorosa, hacia algún objeto divino, sea Dios en Sí mismo, o alguno de sus misterios o alguna otra verdad cristiana.

Dejando todo “razonamiento” el alma se sirve de una suave contemplación que la mantiene apacible, atenta y susceptible a las operaciones e impresiones divinas que le comunica el Espíritu Santo; ella hace poco y recibe mucho, su trabajo es suave y sin embargo es muy fructuoso; y como se acerca más y más fuerte de toda luz, de toda gracia y de toda virtud, la vía se ensancha delante de ella.

4.- La práctica de esta oración debe empezar desde la hora de despertar, haciendo un acto de fe en la presencia de Dios que está en todas partes, y de Jesucristo cuya mirada no nos deja nunca aunque estuviéramos en el centro de la tierra. Este acto es producido de una manera sensible y ordinaria, diciendo interiormente: “Creo que mi Dios está presente” o es simple recuerdo de fe de que Dios está presente, que pasa de una manera más pura y más espiritual.

5.- No hay que producir muchos actos ni ponerse en disposiciones diferentes, sino puramente permanecer atento a esta presencia de Dios, frente a su divina mirada, continuando así esta devota atención, tanto cuanto Nuestro Señor nos la conceda, sin apresurarse a hacer otra cosa, puesto que esta oración es una oración con Dios solo, y una unión que contiene eminentemente todas las disposiciones particulares, y que dispone al alma a la pasividad, es decir, que Dios se vuelve el único Maestro y Dueño del interior y obra allí más particularmente que de ordinario; mientras menos trabaja la criatura, más poderosamente obra de Dios; y puesto que la operación de Dios es un reposo, el alma se le asemeja de alguna manera en esta oración, recibiendo en ella también efectos maravillosos; y así como los rayos del sol hacen crecer y florecer y fructificar las plantas, así el alma que está atenta y expuesta con tranquilidad a los rayos del divino sol de justicia, reciben sus divinas influencias, que la enriquecen de toda clase de virtudes.

6.- Esta atención la llevará también a agradecer a Dios las gracias que le ha otorgado durante la noche y durante toda su vida, a hacer la ofrenda de sí misma y de todas sus acciones, a rectificar la intención, etc.

7.- El alma se imagina perder mucho por la omisión de su actividad, pero la experiencia le hará conocer que al contrario, gana muchísimo, puesto que mientras mayor es el conocimiento que tenga de Dios, su amor será más puro, sus intenciones más rectas, más fuerte su aversión por el pecado, su recogimiento, mortificación y humildad continuos.

8.- Esto no impedirá el que produzca algunos actos de virtudes interiores o exteriores cuando la gracia le invite a hacerlos pero el fondo y lo ordinario de su interior debe ser su atención en la fe como se ha dicho o la unión con Dios, quien la mantendrá abandonada entre sus manos y entregada a su amor, para hacer en ella su Santísima Voluntad.

9.- En el tiempo de la oración es preciso comenzar con un gran respeto por el simple recuerdo de Dios, invocando su espíritu y uniéndose íntimamente a J.C., luego continuar de la misma manera, lo mismo que las oraciones vocales, el canto del coro, la Santa Misa y aún el examen de conciencia; puesto que esta misa luz de la fe que nos mantiene unidos a Dios nos hará descubrir nuestras menores imperfecciones y concebir un gran arrepentimiento de ellas.

Es preciso también ir a la mesa con el mismo espíritu de sencillez que dará más atención a Dios que a la comida, y que dejará la libertad de oír mejor la lectura que se nos hace. Esta práctica nos lleva a evitar las imperfecciones, a desprendernos de todo, a amar solamente a Dios, uniéndonos íntimamente a Él que es nuestro único bien.

10.- Es preciso tomar los recreos en la misma disposición, para dar al cuerpo y al espíritu algún alivio sin disiparse por noticias curiosas, por risas inmoderadas ni por ninguna palabra indiscreta, etc., sino conservarse puro y libre interiormente sin molestar a nadie, uniéndose a Dios frecuentemente por miradas sencillas y amorosas; acordándose que se está en su presencia y que no se quiere separar para nada de Él, ni de su Santísima Voluntad, es la regla más general en este estado de simplicidad; es la disposición soberana del alma; hacer la voluntad de Dios en todo; ver que todo viene de Dios.

Esto es lo que sostiene y fortalece al alma en toda clase de acontecimientos y de ocupaciones, y lo que la mantiene en la simplicidad. Seguid, pues, siempre la Voluntad de Dios a ejemplo de J.C. y vivid unidos con Él como con vuestro Jefe; es un excelente medio para intensificar esta forma de ella a la más sólida virtud y a la más perfecta santidad.

11.- Debe uno portarse de la misma manera y con el mismo espíritu y conservarse en esta sencilla e íntima unión con Dios en todas las acciones y en toda la conducta: en el recibidor, en la celda, en la mesa, en el recreo; además hay que agregar que en todas las conversaciones se debe tratar de edificar al prójimo aprovechando todas las ocasiones de llevarle a la piedad, al amor de Dios y a la práctica de las buenas obras; para ser el buen olor de J.C.

Si alguno habla, dice San Pedro, que sean palabras de Dios y como si fuere Dios mismo quien hablara por Él . Basta para esto darse sencillamente a seguir su Espíritu, Él dictará en cada ocasión lo que conviene, sin afectación.

En fin, se acabará el día en esta santa presencia, el examen, la oración de la noche, al acostarse, y se tomará el sueño con esta atención amorosa, interrumpiendo el descanso por algunas palabras fervorosas y llenas de unción cuando se despierta durante la noche, como con otros arranques del corazón hacia Dios; por ejemplo: “Dios mío, sedme todo, no quiero más que a Vos por el tiempo y por la eternidad, Señor, ¿quién será semejante a Vos? Señor mío y Dios mío, mi Dios y nada más...”

12.- Es preciso notar que esta verdadera simplicidad nos hace vivir en una continua muerte y en un perfecto desprendimiento, porque nos hace vivir para Dios en una perfecta rectitud y sin detenernos en ninguna creatura.

Pero esta gracia de simplicidad no se obtiene por especulación, sino por una gran pureza de corazón, por la mortificación verdadera, por el desprecio de sí mismo, y cualquiera que no quiera sufrir, que no quiera humillarse ni morir a sí mismo no podrá jamás entrar a ella, por eso hay tan pocos que avanzan en este camino, porque casi nadie quiere dejarse a sí mismo, por lo cual tiene pérdidas inmensas y se priva de bienes inapreciables.

¡Felices las almas fieles que no ahorran nada para ser enteramente de Dios! ¡Felices las personas religiosas que practican fielmente todas las observancias, según su Instituto! Esta fidelidad las hace morir constantemente a sí mismas, a su propio juicio, a su propia voluntad, inclinaciones y repugnancias naturales, y las dispone así de una manera admirable, pero desconocida a esta excelente clase de oración: pues qué hay de más oculto que un religioso, que una religiosa que sigue en todo sus observancias y los ejercicios comunes de la Religión¹²⁹ no teniendo en esto nada de extraordinario, y que sin embargo, por eso mismo, vive en una muerte continua y total.

Por este camino el reino de Dios se establece en nosotros, y todo lo demás se nos da generosamente.

¹²⁹ Se trata de los ejercicios de la vida de los religiosos.

13.- No hay que descuidar la lectura de los libros espirituales; pero hay que leer con sencillez y espíritu de oración, y no por una investigación curiosa; se dice que se lee con espíritu de oración, y no por una investigación curiosa; se dice que se lee con espíritu de oración cuando se deja imprimir en el alma las luces y sentimientos que descubre la lectura, y esta impresión se hace más bien por la presencia de Dios que por nuestra industria.

14.- Por lo demás es precioso tener en cuenta las recomendaciones siguientes:

1ª es que una persona devota, sin oración, es un cuerpo sin alma,

la 2ª que no se puede tener oración sólida y verdadera sin mortificación, sin recogimiento y sin humildad,

la 3ª que es necesaria la perseverancia para no aflojar ante las dificultades que se encuentran en ella.

15.- No hay que olvidar que uno de los mayores secretos de la vida espiritual es que el Espíritu Santo nos conduce en ella, no sólo por las luces, dulzuras, consuelos, ternuras, facilidades; sino también por las oscuridades, angustias, tristezas, rebeliones de pasiones y de humores; digo más, que este camino de crucifixión es necesario, es bueno, es el mejor, el más seguro y que nos hace llegar mucho más pronto a la perfección. El alma esclarecida estima enormemente la voluntad de Dios, que permite que sea probada¹³⁰ de tentaciones, por las criaturas y agobiada de tentaciones y de arideces; comprende que son favores, más bien que desgracias, y prefiere morir en la Cruz sobre el Calvario, que vivir en las dulzuras del Tabor.

La experiencia le hará conocer con el tiempo la verdad de estas hermosas palabras: "La oscuridad es la que me alumbra y me llena de delicias; mi noche no tiene nada de oscuro, todo tiene para mí una luz deslumbradora".

Después de la purgación del alma en el purgatorio de los sufrimientos, por el que es necesario pasar, vendrá la claridad, la alegría, el descanso, por la unión íntima con Dios, que le convertirá este mundo en un pequeño paraíso.

La mejor oración es aquella en la que se abandona uno más a los sentimientos y disposiciones que Dios mismo pone en el alma y en la que se esfuerza con más sencillez, humildad y fidelidad por conformarse a su Voluntad y a los ejemplos de Jesucristo.

¹³⁰ Puesta a prueba por criaturas.

CAPÍTULO XXXII

QUE NO HAY QUE DESEAR LA ORACIÓN PASIVA¹³¹

Parece que las almas que se ha mantenido con ánimo en el ejercicio de la Oración de recogimiento, sobre todos si su conducta ha sido tal cual la pide la instrucción que acabamos de dar, podría lisonjearse de haber hecho todo lo que depende de ella para disponerse a la oración pasiva, a esta oración en la que el espíritu humano cesa de obrar para dar lugar a la operación del Espíritu Divino.

Sin embargo, aún cuando un alma se hallara en este estado, cosa de la cual jamás puede tener completa seguridad, no podría permitirse el aspirar a esta clase de oración, ni por amor de su propia excelencia, ni por procurarse los consuelos que se gustan en ella; aún menos debería esforzarse por llegar a él por cualquier medio que fuera.

Semejantes deseos y esfuerzos indicarían un secreto orgulloso, expondrían evidentemente a ser el juguete de las más groseras ilusiones, y mientras que estuviera en esta disposición, no solamente no llegaría a lo que desea, sino que caería infaliblemente del estado al que había llegado.¹³²

¹³¹ Los autores místicos declaran comúnmente que nadie puede aspirar a las gracias estrictamente pasivas, que depende de “la operación del Espíritu divino”. Depende de nosotros ser “humildes y dóciles a los movimientos de la gracia” y esta es la mejor disposición para la oración pasiva. Que Dios nos conceda o no esta oración, nos “conducirá siempre por el camino más seguro y más santo para nosotros”. Sin embargo, ¿podemos desearla? Las opiniones están divididas. Boudon pesa pros y contras, refiriéndose a muchos autores (*LE RÈGNE DE DIEU EN L’ORAISON MENTALE*, libro I, cap. 14). Clorivière contesta en 1767: “Tú te sabes por tí mismo indigno de los menores beneficios ¿entonces por qué aspiras a los dones sublimes?” (*NOTES INTIMES*, tomo I, p. 230). Y dos años más tarde le confesará a su superior: “Algunas veces he deseado gracias especiales para servir mejor a Dios, adelantar más en la perfección y servir a las almas más útilmente, pero ahora yo creo que es mejor mortificar esos deseos y dejar a Dios distribuir sus dones a su voluntad” (p. 302). Este capítulo está escrito en la perspectiva de estas reflexiones.

A un sacerdote de las Sociedad del Corazón de Jesús que parecía reacto a esta clase de gracias Clorivière le responderá el 6 de mayo de 1799: “No hay que desear ni temer estos caminos. No hay que admitirlos ni rechazarlos fácilmente: es preciso examinarlos... ¿Pretendemos sujetar el Espíritu de Dios para que siga una ruta común? Entre los santos...hay muy pocos que no hayan tenido un conocimiento experimental de estas vías extraordinarias...” (*LETTRES* p. 859).

¹³² Sería un grosero error y una “locura”, afirma Sta. Teresa. “En la Teología mística (= la oración pasiva) ... el entendimiento ya no actúa porque Dios lo suspende ... Lo que desapruuebo es que se tenga la presunción de suspenderlo uno mismo. No detengamos su acción: quedaríamos fríos y como alelados, frustrados, al mismo tiempo por lo que teníamos y lo que pretendíamos obtener... Querer por nosotros mismos sujetar las potencias de nuestra alma y detener su actividad es una locura. Además,

Nunca harán demasiado por precaverse de este engaño. Los que por misericordia del Señor hayan hecho algún progreso en el ejercicio de la oración, contentos de las gracias que han recibido, no descuiden nada de lo que puedan para utilizarlas en su perfeccionamiento, y que se consideren completamente indignos de las que no se les han concedido.

Deben persuadirse de que, si son humildes y dóciles a los movimientos de la gracia, el Señor les conducirá siempre por la vía más segura y más santa para ellos, y que no deben desear otras; que sólo Él puede elevarlos a la Oración pasiva; que es una gracia que concede a los que le place, sin que nadie tenga derecho de quejarse si no es favorecido con ella, que algunas veces la concede a almas muy imperfectas todavía, y que se puede muy bien llegar sin ella a un grado muy sublime de santidad.

lo repito, ahí hay sin que demos cuanta, una cierta falta de humildad. Y si no hay falta hay, sin embargo, castigo, pues, además de que es trabajo perdido, el alma experimenta una especie de malestar..." (VIDA, cap. 12, tomo I).

CAPÍTULO XXXIII

DE LA ORACIÓN DE QUIETUD¹³³

El recogimiento pasivo de que se ha hablado y que el Señor obra en el alma, sin que el entendimiento ni la voluntad contribuyan en nada para ello, sino solamente por la aceptación¹³⁴ de estos dones; este recogimiento, decimos, que no era más que pasajero en el estado precedente, se vuelve como habitual en la oración de quietud, es su base.

Cuando el alma se presenta a la oración, aun cuando tenga el designio de ocuparse de algún asunto en particular, se encuentra inmediatamente sin saber cómo, recogida dentro de sí misma, con un suave sentimiento de la presencia de Nuestro Señor.

Este sentimiento, es verdad, no está bien explícito; pero la paz y suavidad que lo acompañan persuade al alma de que el Amado está cerca, que Él mismo viene a darle testimonio de su amor, que en vano lo buscaría en otra parte y que entonces no debe pensar más que en gozar de la felicidad que se le ofrece.

Sería difícil expresar lo que este favor produce en el alma.

Ella misma no debe fijarse en ello; es un niño medio dormido sobre las rodillas de su madre, que pegado al pecho materno, casi sin movimiento de sus labios, aun sin darse cuenta, recibe suavemente la leche que entra suavemente en su boca y que lo alimenta. Santa Teresa y San Francisco de Sales se sirven

¹³³ “Utilizamos este nombre que significa reposo, según el ejemplo de los maestros de la vida espiritual. Esta oración de quietud no tiene nada en común, aparte algún parecido en el nombre, con el error del quietismo que la Iglesia ha condenado, y que nosotros condenamos de ella”. Esta nota de Clorivière, la única de toda la obra, no se encuentra en el manuscrito, sino en la edición de 1802. El autor la añadió por las reservas manifestadas por los censores, que ya hemos visto (pp. 1-2).

Este capítulo hay que compararlo sin ninguna duda con el cap. 31 del CAMINO DE PERFECCIÓN de Sta. Teresa; varias expresiones y comparaciones están tomadas de él.

¹³⁴ Consentimiento, conformarse, expresiones que habitualmente explican la actitud del alma que acepta la voluntad de Dios en paz y total abandono; “resignación” a la voluntad de Dios está muy próxima. A Clorivière le gustaba este vocabulario que tomaba directamente, como declara, de Vincent Huby. Ver carta a Antoine Lange, 1 de mayo de 1800, LETTRES, p. 825; a Adelaida de Cicé, 21 de enero de 1806, p. 368: “Confórmese de corazón y de espíritu suavemente, tranquilamente, apaciblemente, a todos los deseos de Dios sobre Vd.”

de esta comparación, que parece tomada de las palabras del Espíritu Santo en el libro de los Cantares.

Las primeras palabras de estos libros misteriosos nos representan los deseos inflamados de la Esposa de atraer al Divino Esposo, ya que ella misma es atraída por la inefable dulzura de la “leche de sus pechos; dulzura que prefiere al vino más delicioso y a los más exquisitos perfumes”.

Tal es la disposición del alma en la oración de quietud; sintiendo, aunque de una manera confusa,¹³⁵ que el Esposo celestial se digna, en cierto modo, tomarla entre sus brazos, se atreve a aspirar a una unión más íntima aún; o más bien es el Esposo mismo quien sugiere a su corazón este deseo, cuya grandeza y excelencia ignoraba el alma.

El placer que siente al encontrarse cerca del Amado de su corazón reemplaza a las palabras y manifiesta suficientemente cuáles son sus deseos. No hace, no puede hacer nada, más que gozar del bien que posee. El amor le produce una especie de embriaguez y el olor de sus perfumes la arrebatada, de manera que se olvida de sí misma y se abandona a la voluntad del Divino Esposo; es Él quien la gobierna, es Él quien hace todo lo que pasa en secreto en el alma; ella no debe preocuparse por nada en el momento de la oración.

Todos aquellos a quienes el Señor se digne conceder esta gracia, no deben resistir a sus apremiantes al mismo tiempo que suaves invitaciones, bajo ningún pretexto, aun el de una abnegación mayor. No puede haber otra más grande que la de dejar a Ntro. Señor disponer a su gusto del alma, como de una cosa que le pertenece, y morir a su propia actividad para recibir de Él todos los movimientos, no obrando sino bajo su influencia.

He aquí solamente algunos consejos que deben guiar en la práctica de esta oración:

1) Que no sea la dulzura que se gusta en ella lo que lleve a darse a este santo ejercicio, sino únicamente el deseo de acercarse al Divino Esposo de las almas, probarle el amor que se le tiene y crecer más y más en él.¹³⁶

¹³⁵ “De una manera confusa”: Ver cap. XXV, nota 119 bis.

¹³⁶ Esta experiencia marca la distancia que separa el interés, incluso espiritual, del desinterés del amor.

2) Recibir con humildad y sencillez las amorosas caricias del Señor: con humildad, considerándose como niños pequeños, a quienes es necesaria la leche; pues no podría soportar un alimento más fuerte; con sencillez, sin reflexionar en lo que se obra en el alma, ni en el precio del favor recibido, ni en la causa de él, ni en la naturaleza y calidad de esta gracia; entonces es el tiempo de recibir y descansar.

3) Como no se ha procurado este reposo por los propios esfuerzos, tampoco debe tratarse de prolongarlo, y no temer interrumpirlo al conceder a la naturaleza algunas cosas que necesita, como respirar, toser, etc. Una gran contención en este punto sería nociva al cuerpo, inútil al alma e indicaría un apego desordenado al gusto que se siente.

CAPÍTULO XXXIV

DE LAS DIVERSAS FORMAS DE LA ORACIÓN DE QUIETUD¹³⁷

La oración de que hablamos no es siempre igual; las potencias del alma no están siempre en el mismo grado.

Algunas veces la memoria permanece libre, juntamente con la imaginación; otras veces el entendimiento se une a ellas, mientras que la voluntad sólo goza de la dulzura de la presencia del Esposo.

Sucede aún frecuentemente que todo pasa de una manera poco perceptible; el Señor no hace entonces sentir su presencia sino en la cima de la voluntad, en lo que esta potencia tiene de más espiritual. Su operación se hace en lo más íntimo del alma, que no tiene de ello sino un débil conocimiento;

¹³⁷ Ver el cap. e del libro 7 del tratado de S. Francisco de Sales DES DIVERS DEGRÉS DE LA SAINTE UNION.

En la experiencia de Clorivière se distingue una quietud principiante, una quietud desarrollada y apacible, una quietud árida.

En la quietud principiante no hay sentimiento de presencia, sino una atención silenciosa a Dios presente, sin idea distinta y una actividad restringida de las potencias (por ej. NOTES INTIMES, tomo I, págs. 101, 119, 129, 131, 132, 134, 136, 141, 145, 171). La verdadera quietud es atención a Dios presente y adhesión a la operación de Dios, pero con percepción de esta operación y sentimiento o conciencia de esta presencia. La comprobamos muy a menudo en NOTES INTIMES (por ej. tomo I, pp. 101, 102, 103, 105, 106, 107, 113, 119, 122, 133, 137, 139, dicho de otra manera en los últimos meses de 1765 y los primeros de 1766). En la quietud árida siempre está la atención a Dios presente, pero el disfrute es "poco perceptible" y sin que sea "sensible ni acompañada de grandes consolaciones" (NOTES INTIMES, tomo I, pp. 305-6, 323, 332); querer entonces volver a las consideraciones es "perder el tiempo y el trabajo".

La enseñanza de las CONSIDERACIONES sobre la oración de quietud se podría resumir de este modo:

- 1) Las POTENCIAS, memoria y entendimiento, lo más frecuente es que queden libres en su actividad y sin estar interesadas por el silencio en que el alma se ha fijado y sumido; por eso esta actividad tiene todas las posibilidades de distraer la voluntad que "goza" de la acción de Dios.
- 2) La ACCIÓN DE DIOS consiste en hacer "percibir", en hacer tomar conciencia, en hacer "sentir" su presencia. Es lo que provoca en la voluntad un gozo más o menos intenso. Esta acción de Dios puede producirse en la punta o cima de la voluntad, o en el fondo del alma -lo que viene a ser lo mismo-, o, al contrario, ganar poco a poco, cautivar por así decir, las otras potencias e invadir el alma entera, a veces incluso hasta los sentidos exteriores.
- 3) La VOLUNTAD DEL ALMA es adherirse, aceptar amorosamente, tratando de ocupar memoria y entendimiento justo lo suficiente para que no ponga ninguna traba al gozo de la voluntad y la influencia de Dios. La experiencia de la quietud está muy bien descrita en NOTES INTIMES, tomo I, pp. 305-6 y sobre todo "la división de las potencias del alma".

pero este conocimiento, por débil que sea, basta cuando el alma es fiel y animosa para mantenerla en la serenidad. Lo que debe hacer es contentarse con lo que Dios le da, sin desear más; adherirse sencilla y pacientemente a su acción en el vacío y desprendimiento de la propia actividad¹³⁸; no obrar demasiado para procurarse un goce que Dios no le da en ese instante; impedir que la voluntad siga las divagaciones de la imaginación y del entendimiento, aun bajo pretexto de comunicarle la felicidad que experimenta o de trabajar por evitar sus imperfecciones.¹³⁹

Sin embargo, si se presenta a la inteligencia algún buen pensamiento, la voluntad puede, sin dejar su objeto principal, permitirle que se ocupe débilmente de él, como un medio para moderar su actividad y atraerla suavemente.

De esta manera sucede a menudo que el Señor, conmovido por los secretos deseos del alma y la paciencia con que espera, vendrá a consolarla Él mismo y la hará entrar en un reposo más profundo, por un nuevo sentimiento de su presencia; sentimiento que, elevándose desde el fondo del alma¹⁴⁰, como del santuario en el que reside, se derramará sobre todas las potencias y pasará algunas veces hasta los sentidos exteriores. Es “ese perfume esparcido” con el cual la Esposa campara el nombre del Esposo y cuyo efecto es abrasar de amor los corazones (Cant. 1, 3).

Si agrada al Señor mantenerse siempre escondido, dará al alma la fuerza necesaria para soportar ese penoso estado y le hará sacar de él las mayores ventajas. Lejos de abatir, esta prueba aumentará el deseo que el alma tiene de unirse a Dios; confesará su propia debilidad y le apremiará a que venga en

¹³⁸ Clorivière habitualmente entiende por “adherir”, “adhesión”, la unión del alma con Dios bajo la influencia y la acción divina; en esta fórmula capital nos da una descripción completa de ella: “adherirse sencilla y pacientemente a su acción (la de Dios) en el vacío y la indigencia de su propia acción (la del alma)”. Sus NOTES INTIMES señalan una “adhesión y atención a Dios en la porción más íntima del alma (el fondo del alma) a pesar de la agitación de mis pensamientos”. (tomo I, p. 102); o también una “adhesión apacible a Dios sin diversidad de actos” durante cerca de dos horas de oración (p. 134). Ver también tomo I, pp. 174, 180, 182, 198, 296, 343; tomo II, pp. 70, 82.

¹³⁹ La imaginación y el entendimiento, entregados a sí mismos, buscan su alimento en imágenes o pensamientos que distraerían la voluntad, si ella se diera cuenta, de su adhesión a la acción de Dios. Que la voluntad no intente impedirles “vagabundear” (Cf NOTES INTIMES, tomo I, p. 122) ni siquiera para hacerles participar en su disfrute, encontraría en ellas la molestia y obstáculo (es la enseñanza de Sta. Teresa de Ávila).

¹⁴⁰ Sobre esta expresión ver cap. XXXVIII, nota 153.

ayuda de su impotencia y a atraerla hacia Él, a fin de correr al olor de sus perfumes. (Cant. 1,2).

CAPÍTULO XXXV

EFFECTOS DE LA ORACIÓN DE QUIETUD

Los efectos que esta oración produce en el alma, cuando ha sido favorecida con ella durante algún tiempo y que el alma ha sido constante y animosa en seguir los buenos movimientos que ha recibido, son verdaderamente admirables.

Se obra en ella un cambio sorprendente¹⁴¹ que no puede menos que atribuirse a una acción más intensa de la gracia.

Su desprendimiento de la tierra, su desprecio de lo que el mundo estima, su disgusto por los placeres, su ánimo y la firme resolución en que está habitualmente de sacrificarlo todo por agradar a Dios, no son ya en ella el fruto de sus reflexiones saludables y de sus buenos propósitos; son sentimientos profundamente grabados en ella, que parecen haberse vuelto como naturales; no comprende cómo no pudiera tenerlos; tan justos y razonables le parecen.

Entra más particularmente bajo la dirección del Espíritu Santo, quien por frecuentes inspiraciones y más vivas luces, le da a conocer más claramente su Voluntad y la manera como debe portarse en las diferentes circunstancias.¹⁴²

Asegurada por tantas pruebas especiales que recibe cada día de la asistencia del Señor y por tantas prendas del amor divino, reconoce con más claridad lo que antes no veía sino de manera confusa; es que el Señor, por un favor especial, la ha hecho entrar, o más bien, la ha conducido Él mismo a “su celda y al gabinete de sus delicias” (Cant. 2,3).

¹⁴¹ Clorivière experimentó este “cambio asombroso”: “Mi enfermedad (de 1767) fue verdaderamente extraordinaria, si juzgo de ello por todo lo que sentí en el interior de mí mismo y por los efectos que duran todavía ahora. YO ESTOY COMO SI HUBIERA NACIDO DE NUEVO. La gracia sobrea abunda: los favores que se llaman gratuitos existen en mi alma en profusión”. (Carta al P. Charles Fleury, 16 de mayo de 1767. NOTES INTIMES, tomo I, p. 205).

¹⁴² Los místicos son unánimes en relatar que en muchas circunstancias el Espíritu Santo les hizo conocer la manera como debían comportarse. Las NOTES INTIMES lo señalan si llega el caso, por ej., tomo I, p. 101 y 199-200. Tales son los frutos de los dones del Espíritu Santo.

Ella reconoce que este favor es el principio de gracias aún más grandes y se propone entrar en sentimientos que puedan responder a su amor y a la predilección que el Señor le tiene para colmarla de beneficios. No pierde de vista su nada; está penetrada más perfectamente de su bajeza y no ve en su propio fondo más que fealdad y deformidad. Pregunta a su Bien Amado cómo puede amar un objeto que en sí mismo no es más que negrura y tinieblas; pero considerando los adornos y atractivos con que se ha dignado embellecerla, reconoce que no carece de hermosura; pues Él, que es la misma belleza, se ha dignado hacerla partícipe de sus perfecciones. Confiesa para gloria divina, que a pesar de las miserias de que está cubierta por todas partes y que la hacen parecer digna de desprecio, posee en el fondo del corazón un inestimable tesoro, semejante a ese Tabernáculo en el que el Señor, en las áridas llanuras del Cédar, exponía sus oráculos donde Salomón se complacía en ostentar su magnificencia, aunque una y otra fuesen revestidas de pieles de animales y no ofrecieran nada de atractivo a la vista.¹⁴³

¹⁴³ Todo este pasaje se inspira en el Cantar de los Cantares, 1, 5, y en el comentario que da de ello S. Francisco de Sales en su TRATADO DEL AMOR A DIOS (libro 6, cap. 15).

El "inestimable tesoro" del cristiano es ser hijo de Dios y "coheredero" con Jesucristo, es compartir la vida misma de Dios, es participar en la riqueza de Dios. Clorivière escribirá más tarde a los miembros de sus Sociedad que esos Corazones de Jesús y de María sacamos todos los tesoros (Cf DOCUMENTS CONSTITUTIFS DES SOCIÉTÉS, París, 1935, p. 131)

CAPÍTULO XXXVI

PELIGROSOS LAZOS QUE EL DEMONIO TIENDE AL ALMA EN ESTE GRADO DE ORACIÓN

Uno de los efectos particulares de la comunicación que se establece entre el espíritu de Jesucristo y el nuestro, en la oración de quietud, es un sentimiento de Dios que sobrepasa mucho al que teníamos antes. Se penetra mucho más perfectamente el sentido de estas palabras: “Yo soy el que es”.¹⁴⁴

Dios aparece entonces como el único Ser. Todos los demás seres, en comparación de Dios, son como si no existieran; el alma encuentra por todas partes a su Dios; dondequiera lo adora y se anonada ante Él.

Este favor es precioso; no hay nada más propicio para dar al alma elevados pensamientos, para hacerle estimar los dones de Dios y para perfeccionar su humildad.

Pero el Demonio, que en estos principios de la vida sobrenatural redobla sus esfuerzos para perder al alma, llevado por la envidia que le causa el amor de predilección que el Señor muestra sobre ella y los grandes bienes con que la enriquece, y por el temor de lo que pierde su imperio, y también porque se lisonjea de poder atacarla todavía con ventaja, cosas que ya no podrá hacer después; el Demonio, digo, se sirve de esos elevados pensamientos que el alma tiene de Dios, para tenderle un lazo y hacerle caer en uno de los más peligrosos errores, el de persuadirla de que el recuerdo de Jesucristo y de su Humanidad, ya no es necesario para ella; que no debe ocuparse más que de la Divinidad; que los misterios del Hombre Dios serían un obstáculo para esa sublime contemplación y que, por consiguiente, debe desviar de ellos su atención cuando se presenten a su mente.¹⁴⁵

¹⁴⁴ Ex. 3, 14; hoy se traduce “Yo soy el que soy”.

¹⁴⁵ Esta objeción, como se sabe, es expuesta con amplitud por Teresa de Ávila (VIDA, cap. 22). La santa cuenta hasta qué punto fue engañada por autores que pedían “rechazar toda clase de imaginación corporal y aplicarse a contemplar la divinidad...; incluso la humanidad de Jesucristo inquieta a los que están tan adelantados o les impide la contemplación más perfecta”.

Vuelve sobre ello en el CASTILLO INTERIOR (Moradas sextas, cap. 7).

Semejante objeción está en completa contradicción con la doctrina de las CONSIDERACIONES; en ellas la mediación de Cristo siempre es central. La respuesta de Clorivière nos vale una magnífica página doctrinal, donde desborda su amor a Cristo.

Horroricémonos de semejantes sugerencias que, alejándose de Jesucristo, nos alejarían de la fuente de la salud y pronto nos privarían de toda fuerza y de toda luz.

Recordemos que el sentimiento que tenemos de Dios¹⁴⁶ no nos viene más que de Jesucristo, y que no se nos ha dado más que para unirmos más a Jesucristo, por un conocimiento más perfecto de los tesoros de la Divinidad que más se encuentran cerrados en Él¹⁴⁷, que Jesucristo es nuestro Rey, que nos abre la entrada de la misteriosa celda de la contemplación y que sólo Él nos puede descubrir sus riquezas y hacemos gustar sus inefabes delicias; que “el que le sigue no anda en tinieblas, recibirá la luz de la vida” (Jn 8, 12). Que Él es la puerta de las ovejas; que entrando por esa puerta se halla la salud; que se entra y se sale sin peligro; que se encuentra en ella buenos pastos (Jn 10,9). Que Jesucristo es el Alfa y Omega, el principio y el fin (Apoc 1, 8) de todos los conocimientos; que en la Religión todo se refiere a Él; que es por Él por quien hay que comenzar y que por Él también ha que terminar; que es al mismo tiempo la leche de los niños de pecho y el alimento de los más fuertes (Heb. 5,12); que el gran Apóstol, después de haber sido arrebatado al Tercer Ciclo y haber contemplado lo que sobrepasa toda la inteligencia humana (alusión a Cor 12,4 y a Fil 4,7), reconocía no saber nada más que a Jesucristo, y a Jesucristo crucificado (1 Cor 2,2); que la plegaria más perfecta que hace por los fieles es que puedan comprender con todos los santos, cuál es la longitud y la anchura y la sublimidad y la profundidad de la caridad en Jesucristo (Ef 3,18).

En fin, que en Jesucristo están concentradas todas las complacencias del Padre (Mt 17,5); y que la Iglesia, su única Esposa y Madre común nuestra, nos enseña con su ejemplo, a ofrecer todo, a pedir todo, en comprender bastante que no se debe nunca alejar el pensamiento y el recuerdo de Jesucristo, lo digo también con la debida proporción de su Stma. Madre, la augusta Virgen María, a quien se debe mirar como inseparable de su Hijo.¹⁴⁸

Si no se digna el Señor darnos más que una vista confusa de Dios, sin ninguna idea clara aún de Jesucristo, como sucede muy frecuentemente en la

¹⁴⁶ “El sentimiento que tenemos de Dios” es una expresión muy compleja; parece significar: todo lo que sabemos de Dios, tanto por el espíritu como por el corazón, por la razón, por la revelación y por la fe, nos viene por Jesucristo.

¹⁴⁷ Alusión a Col 2,3.

¹⁴⁸ Esta última frase referente a la Virgen no está en el manuscrito. Ver lo que ya se ha dicho de la Virgen mediadora de contemplación, cap. XXIX, nota 127.

oración que nos ocupa, Él es el Señor¹⁴⁹; abandonémonos sin resistencia a su dirección; pero no olvidemos que el objeto principal de sus más secretas operaciones en el alma, es imprimir en nosotros la semejanza y la imagen del Hombre-Dios, y que de ella debe resultar una fuerte tendencia que nos lleve, como de una manera natural, hacia Jesucristo, y nos excite a unirnos más y más a Él.

Si no sacáramos de nuestra oración estos sentimientos podemos considerarla como muy sospechosa.

¹⁴⁹ Clorivière experimentó esta clase de unión muchas veces: “dulce, pero confusa, percepción de Dios (NOTES INTIMES, tomo I, p. 149); frecuentemente unido a Dios sin ninguna idea distinta, (p. 155), etc.

CAPÍTULO XXXVII

PRUEBAS POR LAS QUE EL ALMA PASA GENERALMENTE EN LA ORACIÓN DE QUIETUD

Cuando el alma imperfecta goza de la oración de quietud, dice como Pedro en el Tabor: “hagamos aquí tres tiendas” (Mt 17,5) como si esta vida no fuera un tiempo de prueba y de combate.

Para no caer en esta falta, debe recordar que no se le concede el reposo, sino para disponerse a mayores trabajos; que llegará un tiempo en que desaparecerán este reposo y estas dulzuras y esta presencia sensible del Bien Amado, y estas internas comunicaciones que tiene con Él, y estas esperanzas de que se lisonjea, y esta alegría tan dulce de que goza; quedarán de todo esto tan pocos vestigios en la memoria, que el alma llegará a dudar si alguna vez tuvo alguna parte en los favores del Divino Esposo y si ha sido algún día introducida en la bodega de sus vinos.

Hay pocas almas que en este grado de oración no hayan pasado por esta prueba.

Es preciso un gran ánimo para sostenerla, sobre todo cuando dará un tiempo considerable; y porque algunas almas, no teniendo ánimo, aflojan, no llegan jamás a la perfección de la oración, a la que el Señor parecía haberlas preparado con tantas gracias y que ellas deseaban con tanto ardor.

Deben trabajar por corregirse aun de los menores defectos y considerar si no hace alguna reserva en los sacrificios que el Señor exige de su fidelidad; pues a menudo es esto lo que obliga al Señor a retirarse; pero es preciso que todo esto se haga en paz y sin inquietud.

El objeto que el Señor se propone, sujetando a las almas fervorosas a estas rudas pruebas, es el desprenderlas de todo; hacer que no se busquen a sí mismas aun en los dones más espirituales; purificarlas más y más; hacerlas conocer por experiencia lo que son de su propio fondo y prepararlas para comunicaciones más perfectas.

Cuando estas almas son fieles son más hermosas a la divina mirada, aunque estén desprovistas de todo sentimiento y fervor sensibles. Es verdad que no tienen nada exteriormente que pueda dar una idea de la belleza interior que poseen. No hablan de Dios mejor que antes; no manifiestan exteriormente grandes sentimientos por Él; son incapaces de emprender algo grande por su servicio; todo lo cual les atrae a veces tratos humillantes¹⁵⁰ de parte de aquellos que son los hijos de una misma madre. (Cant. 1,2). Tienen que luchar incesantemente contra sus propias inclinaciones, que, en ausencia de la gracia sensible, se encienden con una nueva fuerza. Les parece como imposible el defenderse de ellas; y no caer en la disipación; caen en un gran número de faltas pequeñas que las humillan incesantemente; siente a fondo su gran debilidad.

Pero cuando apenas pueden soportar su fealdad extrema, que consideran como la consecuencia de la enorme ingratitud con que han respondido a las ardientes infusiones del amor del Celestial Esposo; cuando quisieran esconderse a todas las miradas; cuando se ven objeto del odio y del desprecio de todo el mundo; cuando confiesan muy sinceramente sus miserias y han perdido por completo el recuerdo de los favores pasados, favores que les daban algún derecho de pretender los más tiernos abrazos del Esposo; entonces este Divino Esposo que, aunque oculto, se mantenía siempre en el fondo de su corazón, les hace sentir su presencia, y los primeros movimientos de esas almas, se dirigen hacia los dos grandes misterios en los que brilla más su amor a los hombres; el de la Eucaristía, en que Él mismo se da por pasto a sus ovejas; y el de la cruz en la cual, en el exceso de su amor, se ha dormido con el sueño de la muerte, para darles la vida¹⁵¹

Ellas le piden que se digne iluminarlas sobre estos dos grandes misterios, a fin de que su espíritu y corazón puedan satisfacerse y que los objetos exteriores ya no sean capaces de distraerlas.

Enseñadnos, le dice con la Esposa, enseñadnos dónde apacentáis vuestros rebaños, dónde descansáis a la hora del medio día (Cant. 1,7). El Señor responde a estos deseos del alma fiel por nuevos beneficios; reanima su

¹⁵⁰ "Tratos", texto del manuscrito, preferible al de la edición de 1802: sentimientos. Sin duda, Clorivière pensaba todavía en la mayoría de los padres del distrito de Londres que habían creído que desvariaba durante su enfermedad en 1767.

¹⁵¹ Cristo hace captar y sentir más profundamente los misterios centrales de la fe, la Cena y la Cruz; hace como "penetrar" en ellos a las almas mejor dispuestas (ver Cap. XXXVIII). La vida mística da una participación más profunda en la vida sacramental: es eucaristía y luego trinitaria.

confianza por las más tiernas pruebas de su amor; la reviste de su fortaleza, a fin de que, sin peligro, pueda entregarse a los cuidados exteriores que pide su servicio.

Aquí pasan en silencio amorosos coloquios entre el alma y su muy Amado. Él alaba en esta alma las virtudes que le complacen más y le promete que la enriquecerá con sus mejores dones.

El alma, “como un perfume se derrama en presencia de Aquel que descansa en su corazón, como en una cámara nupcial” (Cant 1,12). Declara que jamás perderá de vista al que ama, ni olvidará un instante lo que ha sufrido por ella. Que lo llevará “como un bouquet de mirra sobre su pecho” (Cant. 1,12-14). Que es para ella como un delicioso racimo de uvas, cuyo jugo le produce una santa embriaguez, que la eleva por encima de los sentidos.

Así es como los últimos grados de la oración de quietud el alma está preparada para el gran favor que el Señor quiere hacerle en el siguiente grado de oración.

CAPÍTULO XXXVIII

DE LA ORACIÓN DE UNIÓN

La oración de unión es como el término y perfección de la quietud. El alma se encuentra en ella en un estado mucho más pasivo y la operación del Espíritu de Dios es en ella mucho más fuerte.¹⁵² Para que nada turbe ni interrumpa su acción, este Divino Esposo suspende completamente, aunque por un tiempo muy corto sobre todo al principio, la operación de las potencias del alma; de manera que mientras dura esta suspensión estas potencias no reflexionan sobre lo que pasa en el alma, y los sentidos exteriores quedan privados de sus funciones, por lo menos no podrían ejercerlas sino muy difícilmente.

El alma, retirada con el Señor a ese fondo de sí misma que hasta entonces había sido un libro cerrado para ella¹⁵³, recibe las inspiraciones de

¹⁵² Según este capítulo las características de la oración de unión son:

1º) Una operación de Dios “mucho más fuerte” en la que el alma “en el fondo de sí misma” “recibe las impresiones de amor” cuyos efectos se precisan un poco más adelante.

2º) Esta operación lleva consigo una pasividad mucho mayor y la suspensión de las potencias.

3º) El alma no tiene conocimiento de lo que se produce en el momento, pero tiene de ello una “seguridad” absoluta, “cuando vuelve en sí”, es decir, cuando sus potencias vuelven a encontrar su actividad.

Clorivière lo explica muy sencillamente en sus NOTES INTIMES, por ej. el 23 de noviembre de 1765: “Después de la oración práctica... me encontré unido a Dios, lo que sólo duró muy poco tiempo, tras de lo cual gocé, en la parte superior del alma, de la presencia de Dios, manteniéndome en paz... (Hice) actos “de conformidad, después de los cuales de nuevo sentí una unión íntima que suspendió todas las facultades de mi alma (tomo I, p. 100).

O también el 10 de diciembre: “Después de un tiempo corto entregado a la oración práctica, mis facultades interiores fueron, por así decir, atadas. Dios tomó posesión a la vez de mi corazón y de mi mente”. (p. 113)

¹⁵³ Expresiones como: “Fondo del alma”, “Fondo del corazón”, “Fondo del interior”, se repiten frecuentemente en las CONSIDERACIONES; son empleadas por los autores místicos conjuntamente con las de “Centro del alma”, “Punta o cumbre del espíritu”, etc. y tienen poco más o menos el mismo sentido.

Caussade, a la pregunta: “¿Dónde se hace esta contemplación y oración perpetua?” responde recogiendo la misma frase de Bossuet en su INSTRUCTION PASTORALE SUR LES CIVERS ÉTATS D’ORAISON (París, 1679): “En lo más íntimo del corazón, en ese fondo en que Dios ha grabado su imagen, donde el demonio no ve nada y donde el alma, recogida con Dios, no da lugar a los ataques del enemigo”.

amor que se digna comunicarle, sin que ella pueda cooperar para nada, puesto que no tiene ningún conocimiento de ello. No recibe este conocimiento sino cuando vuelve en sí misma.

En este momento tiene una firme certeza del favor que acaba de recibir, y esta certeza es de tal manera lo propio de esta oración, es tan característica, que el que tuviere la menor duda puede estar seguro de no haber sido favorecido por esa gracia, aunque tal vez haya recibido otra que se acerque a ella.

Preso del más vivo sentimiento de gratitud y de amor, reconoce entonces la excelencia y grandeza de este beneficio. Ya no es un Rey, es un Esposo (Cant. 2,4) lleno de ternura que la hace entrar no sencillamente a sus bodegas, sino en esta bodega privilegiada que no abre sino a los que ama más, para embriagarlos con el delicioso vino del puro amor. Siente su influencia por las infusiones que le deja de su caridad (Cant. 2,4). Esta caridad se aumenta y fortalece a medida que agrada al Señor renovar esta gracia de unión.

El alma languidece de amor. Para sostenerse necesita recordar continuamente los atractivos de aquel que ama. Son como flores cuyo olor la reanima; las prendas de su amor son fruto delicioso del que se alimenta (Cant. 2,5). La santa humanidad del Salvador es el brazo izquierdo en el que se apoya, mientras que con la derecha de su divinidad el divino Salvador le prodiga las más tiernas señales de su amor (Cant. 2,6).

Al mismo tiempo conjura a las hijas de Jerusalén por los corzos y los ciervos del campo (Cant. 2,7), es decir, por lo más querido que tiene, y bajo pena de ser ellas mismas privadas de esos dulces sentimientos de piedad, de esos impulsos de amor que son su consuelo, las conjura, digo, a no despertar a su amada hasta que se despierte por sí misma.

Esto se dice¹⁵⁴ para que los Superiores, los directores que no tengan experiencia de estos caminos de oración, no intenten retirar a las almas por su gusto.

Con tales expresiones los místicos no pretenden de ninguna manera localizar algo que es esencialmente espiritual. Ese "fondo del alma" designa lo más secreto de sí mismo, el punto en que toda recogida, supremamente concentrada, el alma respira en Dios. Entonces, como se expresa Clorivière con tanta exactitud, "recibe", dicho de otra manera, Dios da y el alma acoge, "se adhiere".

¹⁵⁴ El manuscrito más preciso, demasiado preciso quizá: "Esto se dice para que superiores y directores que no hayan experimentado nada parecido o que incluso no tengan conocimiento suficiente de estas

Reconocerán si este grado de oración es verdadero por los efectos que produce; además de los que acaba de enumerar, esta oración deja en ellas un recuerdo continuo de Ntro. Señor y de sus misterios, que penetra de una manera maravillosa, y un ardiente deseo de unirse más y más a Él; pues esta oración y el fervor que se recibe con ella no son más que como una primera entrevista de dos esposos¹⁵⁵; no es todavía un compromiso estable y permanente. La unión aquí no es sino pasajera, y si el alma no es perfectamente fiel, no llegará jamás a esas bodas espirituales que el Divino Esposo quiere contraer con ella.

Así el Esposo invita al alma a levantarse, la exhorta a apresurarse; la apremia de la manera más tierna a venir a Él (Cant. 2, 10,11,12,13) por la práctica de las más heroicas virtudes. Le muestra que ya pasó el invierno; que la primavera ha llegado para ella (Cant 2, 10-13), porque entonces el alma está adornada, enriquecida de las más hermosas virtudes.

Quiere que se eleve sobre sí misma, como para mostrarle su amor; que como “una paloma se retire a los agujeros de la roca, (Cant 2,2) es decir, a sus llagas y a la “abertura de la muralla”, o sea, a su corazón abierto; es allí donde quiere se le muestre a Él y le haga oír su voz (Cant. 2,14).

Después de esto no le queda más que coger los pequeños zorros que perjudican la viña del Señor, echando a perder las flores de que está cargada (Cant. 2, 15).

Quitando este obstáculo el Amado se abrasa más en amor por el alma y se comunica con ella de una manera tan perfecta que ésta exclama en el transporte de su gozo: “Mi Amado es para mí y yo para Él” (Cant. 2, 16).

Cuando las suspensión de las potencias ha terminado, el alma, como embriagada de las nefables dulzuras que le producen tan gran favor, permanece

vías, no quieran retirar de ella a las almas que llamase el Señor. Ellos podrán reconocer su santidad por sus efectos. Además de lo que se acaba de leer, en el alma queda un recuerdo continuo...”

Clorivière conocía bien las vigorosas amonestaciones de S. Juan de la Cruz a los directores ignorantes y las quejas de Sta. Teresa de Ávila (nota 74). También se acordaba de su penosa experiencia a su entrada en la vida religiosa.

¹⁵⁵ Entre dos “prometidos” sería más exacto. Clorivière describe en este capítulo lo que los místicos llaman ordinariamente los esponsales espirituales. Sta. Teresa tiene la misma comparación (CASTILLO INTERIOR, quintas moradas, cap. 4).

largo tiempo en oración; horas enteras pasan sin que lo note¹⁵⁶ sin embargo, debe tener cuidado de no querer prolongar por sus esfuerzos la dulzura que ha gustado. Lo mejor que puede hacer es ofrecerse a N. S. como una blanda cera, para que Él se digne imprimir en ella su sello¹⁵⁷, y rogar por las necesidades de la Iglesia, sin quererse retirar de la dirección del Espíritu Santo y sin salir de ese reposo interior en el que Él la ha colocado.

¹⁵⁶ Las CONSIDERACIONES distinguen, con todos los maestros, los tiempos fuertes de la unión y de arrobamiento de amor, y los momentos que les siguen. Teresa de Ávila y María Encarnación distinguen ya entre el éxtasis propiamente dicho y el estado extático.

Clorivière describe así su oración en septiembre de 1766: "Algunas veces mientras rezo todas las potencias de mi alma están suspendidas; pero habitualmente es un simple acto de la voluntad en el que la voluntad no siempre tiene mucha parte. Puedo perseverar mucho tiempo en esta clase de oración sin ninguna fatiga e incluso con una gran consolación". (NOTES INTIMES, tomo I, pp. 198-99).

¹⁵⁷ Esta comparación es clásica en la literatura espiritual. Los místicos se refieren a Cant. 8,6.

CAPÍTULO XXXIX

GRANDES PRUEBAS QUE SUFRE EL ALMA EN ESTE ESTADO

El estado de oración que sigue generalmente al que se acaba de describir, es un estado muy diferente.

Es un estado de Purgatorio, por el cual el Señor acostumbra hacer pasar a las almas que quieren preparar para sus más íntimas comunicaciones. Es preciso que se purifique de todas sus manchas, para poder ser admitidas a ese cielo interior¹⁵⁸ en el que habita Dios solo y para ser elevadas a la sublime calidad de sus esposas favoritas.

Las penas que sufre el alma en este estado son mucho más grandes que las que ha sentido en los anteriores; pero no son iguales para todas las almas.

No se hablará aquí sino de las penas interiores y sólo de una manera sucinta.

San Juan de la Cruz ha tratado ampliamente esta materia en su NOCHE OSCURA hablando de la purificación pasiva de las almas.¹⁵⁹

La primera pena del alma que pasa por esta prueba, y la fuente de todas las demás, es la que sufre por la ausencia del Esposo. Esta pena es tanto mayor, cuanto mayor ha sido la dulzura de los consuelos que ha gozado. Busca primero a su Esposo con grandes ardores; pero sus búsquedas, sus quejas, sus esfuerzos, son inútiles.¹⁶⁰

¹⁵⁸ Este "cielo interior" es idéntico al "fondo" del alma del que se ha hablado en el capítulo precedente.

¹⁵⁹ Esta referencia a S. Juan de la Cruz no está en el manuscrito. Clorivière insiste en alegrar el testimonio de un maestro espiritual, en el que por otro lado tiene completa confianza, para poner a cubierto su doctrina. A una religiosa que Dios mantenía en la noche oscura Clorivière le dirigía el 28 de diciembre de 1776 su LETTRE À UNE PERSONNE TOURMENTÉE EN BEAUCOUP DE TENTATIONS. Encontramos en ella la aplicación de esta doctrina que iba a codificar en los meses siguientes. El mismo había pasado por ahí; nos quedan unas notas del retiro de "noche oscura" en septiembre de 1767. (NOTES INTIMES, tomo I, pp. 217-35).

¹⁶⁰ Alusión a Cant. 3, 1-3.

Atribuye su desgracia a sus infidelidades, y pronto una turbación involuntaria se apodera de sus potencias. Estas turbación va seguida de un estado de indiferencia y de estupidez; nada la conmueve; no recibe ayuda ni de las lecturas que hace ni de nada de lo que oye.

Aun a menudo Dios permite que lo que se le dice para consolarla, produzca en ella un efecto contrario.

Viene en seguida tentaciones de todas clases: contra la fe, contra la pureza, de blasfemia y odio de Dios. Esas almas puras y tan amadas de Dios, parecen entonces entregadas al poder del infierno. El espíritu de mentira, a quien se ha dado un poder especial, ejerce este poder con un furor inconcebible sobre estas almas, sugiriéndoles sus propios sentimientos.

Ya no tienen inclinaciones sensibles sino para el mal, y los más santos misterios no les parecen sino objeto de burla. Les parece que no tienen nada que esperar de Dios y sí todo que temer, y que no tienen más que oposición para Él.

Todos los favores que han recibido les parece un sueño y están como persuadidas de que ya no pueden esperar más que los más rigurosos castigos de Dios.¹⁶¹

Estas son las penas que sufren las almas en este estado de tinieblas, sobre todo cuando van a la oración o quieren ocuparse de algún ejercicio de piedad.

¹⁶¹ Estas tentaciones que experimentan las almas en este estado hay que entenderlas realmente como tentaciones y no como faltas o caídas. Dios permite al "espíritu de la mentira" ensañarse con ellas precisamente por la fuerza de la resistencia que les da. Como esas almas apenas son conscientes en esos momentos de prueba, de la "poderosa ayuda" que Dios les concede, viven en la angustia, de donde las salva un sentimiento cada vez más profundo de su bajeza y de su nada, y una confianza cada vez más ciega sólo en Dios. Ese es el fin de la noche pasiva a través de la que Dios conduce. Conviene, pues, subrayar las expresiones repetidas aquí: "Las almas... están entonces "como" entregadas al poder del infierno... Los misterios más santos no les "parecen"... Les "parecen" que tienen que temerlo todo...", etc.

Los "juegos" de Dios se aclaran en el párrafo siguiente, cuando Clorivière insiste en ese "abandono aparente", en ese "estado más penoso que peligroso", en la ausencia "de alguna falta grave", en el hecho de que nunca "su voluntad consienta al mal", etc. Dios "prueba nuestra fe, y esta prueba de la fe purifica sin cesar el "ojo de nuestro cuerpo y de nuestra alma", como pide el Señor (Mt 6, 22-23 y Lc 11,34-35).

Esta descripción de la prueba divina y esta sobria explicación hace de este capítulo uno de los más hermosos y vigorosos del tratado.

Sin embargo, ese abandono que sienten, no es más que aparente y su estado es más penoso que peligroso; el Señor las sostiene milagrosamente, aunque de una manera imperceptible y secreta, de manera que no caigan en ninguna falta grave que pudiera escandalizar al prójimo.

La fe, la esperanza y la caridad están reconcentradas en el fondo del alma, y aunque apenas arrojan un débil resplandor, éste basta para fijar su voluntad y hacerla inquebrantable en el bien, sin que consienta jamás en el mal; aunque el sentimiento violento que tienen estas almas, les haga a menudo creer que han consentido.

La turbación que este temor les produce, unida a una regularidad constante, podría asegurar al ministro del Señor encargado de su dirección, del buen espíritu que anima a tales almas. Pero de vez en cuando Dios hace brillar en el fondo de los corazones rayos de su presencia, que les haga a menudo creer que han consentido.

En este estado, las almas fieles a la gracia tienen victorias tanto más gloriosas cuanto que tienen que sostener asaltos más violentos y continuos.

Es preciso que sin cesar se eleven sobre sí mismas¹⁶² para no obrar sino según los principios y máximas de la fe, no obstante las impresiones que puedan tener.

Es preciso que abandonen a las luces de sus confesores para su dirección interior y, sobre todo, para la frecuencia de los sacramentos; y que en cuanto al exterior sean más exactas que nunca en cumplir todos los deberes de su profesión¹⁶³.

Es preciso también que tanto cuanto puedan, hagan actos contrarios a los pensamientos y afectos que el espíritu de tinieblas no cesa de sugerirles.

¹⁶² Esta expresión se encuentra constantemente en los autores espirituales, sobre todo en el siglo XVII; en Clorivière ya está en el capítulo precedente y en la LETTRE À UNE PERSONNE TOURMENTÉE. Se ha querido ver en ello una adaptación del "Levavit super se" de Lamentaciones 3, 28. Es posible; pero fuera como fuera y desde hace mucho tiempo esta expresión es una fórmula recibida que todos emplean sin preocuparse por su origen.

¹⁶³ Se notará con qué cuidado y qué sano realismo Clorivière pone en guardia a los místicos contra cualquier peligro de ilusión en la vida espiritual: al alma que atraviesa la noche se le impone más que nunca la vida sacramental, la exactitud de los deberes profesionales y el control del director.

En fin, es necesario que, cuando son más asaltadas las tentaciones de desconfianza y desesperación; cuando parecen que el abismo se abre para devorarlas, se abandonen generosamente en las manos de Dios; pidan al Señor la gracia de amarle con todo su corazón y se sometan por el tiempo y por la eternidad a todos los rigores que la divina justicia pueda exigir de ellas.

Esta conducta debe durar todo el tiempo que duren sus penas, que algunas veces es de muchos años, según place al Señor, o según los planes de santificación que tiene sobre estas almas.

Sin embargo, es de presumir que una fidelidad mayor para responder a los designios de Dios, podría abreviar el término de la prueba y apresurar la vuelta del Esposo.

Pero para que el alma pueda gozar del feliz estado a que Dios la destina, es necesario que sufra aún otro género de martirio, un martirio de amor, en el que siente a la vez los más vivos dolores y el gozo más perfecto.

A los sentimientos de un temor agobiante se ha seguido el amor más vivo y tierno; pero no es un amor lánguido y sediento, que no pudiendo vivir lejos del Amado, se ve separado de Él, sin saber hasta cuándo se satisfarán sus deseos.

El alma suspira noche y día por su Dios¹⁶⁴, pregunta por Él a todas las criaturas, y como no pueden mostrárselo sino de una manera muy imperfecta, se le hacen todas insoportables. La compañía de los espíritus no puede consolarla tampoco, puesto que no son el que ama. Todas las alegrías del Cielo sin Él, no son capaces de satisfacerla; y como considera la vida como un obstáculo para la posesión de la felicidad, desea ardientemente que ésta, su vida, se termine cuanto antes. Y lo que hay de más consolador para ella, lo que la ayuda más a soportar con paciencia la vida, es la esperanza de que tal vez el día presente sea el último de su existencia.

La fuerza de su amor es tal, que el cuerpo se consume y se debilita sensiblemente y sucumbiría pronto, sin duda, si Aquel que ha encendido una hoguera tan ardiente en el alma, no viniera de vez en cuando a moderar su ardor por la dulzura de su presencia; pero entonces las vistas que le hace son

¹⁶⁴ Alusión a Cant 3,4, cuya referencia se da en el manuscrito.

cortas, y esta nuevas pruebas de amor, y lo que de a conocer de sus perfecciones, agregan un nuevo ardor al fuego en que esta alma se consume y redoblan su tormento.

Es un verdadero crisol en el que el alma se acaba de purificar, por el horror que siente por todo lo que pueda desagradar a los ojos infinitamente santos de su Dios, o poner un obstáculo a la íntima unión que desea contraer con Él.

CAPÍTULO XL

ESTADO DE UNIÓN MÁS ESTABLE Y PERFECTO¹⁶⁵

Después del estado de oración que se acaba de describir, el alma es al fin admitida a las bodas con el Cordero; la puerta del Santuario le es abierta.

Ya lo había estado antes en la Oración de Unión; pero por cortos intervalos; ahora el alma es recibida en este Santuario y si quiere podrá fijar ahí su morada.

Las tres Divinas Personas, residiendo en ella, se dignan manifestarse al alma, cumpliendo de una manera particular estas palabras: “Si alguno me ama guardará mis palabras y mi Padre lo amará; y vendremos a él y en él pondremos nuestra morada” (Jn 14, 23)¹⁶⁶. Y éstas: “Yo lo amaré y me manifestaré a él” (Jn 14, 23 y 21).

El Verbo Divino se une al alma y la abraza de una manera inefable, y el alma inundada en sus esplendores y ardientemente abrasada de amor, se pierde por completo en el seno de la Divinidad, en el que llega a ser un mismo espíritu con Ella, aunque sin perder su propio ser.¹⁶⁷ El Cielo, la tierra, su propia alma, todo desaparece a sus propios ojos, ya no ve más que a Dios, aunque no lo ve como está en la gloria: lo conoce por la deliciosa experiencia que tiene de Él, mucho más perfectamente que nuestros ojos exteriores conocen el sol visible que nos envía sus rayos.

¹⁶⁵ Al desponsorio espiritual (cap. XXXIX) sucede el matrimonio espiritual (cap. XL).

¹⁶⁶ Jn 14, 23 y 21. Estos dos textos de S. Juan se utilizan corrientemente para expresar y fundamentar la experiencia mística y en particular el matrimonio espiritual.

¹⁶⁷ 1 Cor 6, 17. “Pérdida en Dios”, “pérdida en el seno de Dios”, etc., son expresiones empleadas por los místicos o teólogos de la mística; no deben engañar, no más que las que se encuentran con frecuencia de “aniquilamiento”, de “muerte a sí mismo” y otras parecidas. Clorivière precisa con su habitual lealtad: esas expresiones no siempre hay que entenderlas en sentido ontológico, sino ordinariamente en un sentido espiritual; “sin dejar de ser, sin embargo”, añade a propósito de la unión divina.

Sería imposible expresar cuáles son los torrentes de una especie de voluptuosidad completamente celestial que se derrama entonces en el alma y cuán admirables son los efectos que este favor produce.

El alma está como divinizada, llena de Dios, como un bloque de hierro dentro de un horno ardiente que está impregnado de fuego.

Sin duda no siempre se encuentra en este estado. No siente a todas horas del mismo modo esos divinos transportes; pero se halla como establecida en una mansión de paz y de luz, donde nada la puede turbar; donde nada de lo que pasa le afecta; donde contempla las pasiones como encadenadas, y alborotándose en vano para molestarla.

Su vida está oculta en Dios (Col 3,3), su conversación está en los cielos (Fil 2,20) ya no le agrada nada de lo que hay en la tierra (Sal 72,25), vive en completa dependencia del espíritu de Dios (Rom 8,14), está toda revestida de Jesucristo (Gal 3,27).

Está transformada en Jesucristo; obra, sufre, piensa, como Jesucristo; en fin, puede decirse con el Apóstol: "Vivo, pero ya no soy yo quien vive, es Jesucristo quien vive en mí" (Gal 2,20).

Sin embargo, hay que saber en este grado, como en los demás, hay más y menos, y por elevado que sea, puede serlo más aún; porque se puede siempre acercarse más a Dios y alejarse más de sí mismo.

Por otra parte, el Espíritu Santo se complace en ejercitar a veces a las almas más santas, volviéndolas a poner, en cierta manera, en los primeros estados de la vida espiritual, como si empezaran su carrera; y las almas verdaderamente humildes está tan contentas, como si fueran elevadas al tercer cielo.

Todo su empeño está en despojarse de su propia voluntad por la acción de Dios y en obedecer en paz sus menores indicaciones. Cuando le agrada retirarse para dejar obrar al alma, ésta debe ser fiel y no permanecer en una ociosidad perjudicial, y debe ejecutar los actos que son conformes al Divino Beneplácito y necesarios al cristiano. Pero debe tener cuidado de hacerlos de una manera apacible, que la disponga más a la influencia de su Divino Espíritu, cuando se digne volver a favorecerla.

Aunque por el cuidado que la Providencia tiene de estas almas, puedan compararse al “Lecho nupcial de Salomón (Cant 3, 7) a cuyo derredor velaba la élite de los valientes de Israel revestidos de su armadura, para evitar las sorpresas de la noche”, con todo, ellas mismas velan con gran circunspección sobre sus acciones; teme más que nada desagradar al Divino Esposo; pero con un temor lleno de amor y de confianza¹⁶⁸ que sin turbarlas las hace exactas a los menores deberes, porque saben cuán celoso es el espíritu de Dios y cuánto desea ver en las almas esa fidelidad, y cómo las ligeras faltas que contristan a es Divino Esposo (Ef 4,20) lo obligarían a alejarse de ellas, y así irían poco a poco a faltas más graves.

Tiene el ejemplo de David, de ese hombre según el Corazón de Dios; de ese Profeta a quien Dios desde la infancia se comunicó de una manera singular; a quien descubrió sus misterios más secretos (Sal 50,8) y a quien abrasaba frecuentemente con los ardores de su amor. Su caída les enseña lo que les puede suceder a ellas mismas.

Así, aunque la vista de las criaturas no hace ya impresión sobre su corazón, no son menos cuidadosas para mortificar sus sentidos, y cuando les acontece el caer en alguna falta, se humillan profundamente y se apresuran a purificarse, recurriendo prontamente a esa piscina que Nuestro Señor nos ha preparado por la efusión de su Sangre, en el Sacramento de la Penitencia.

El alma que no se portara así, que se creyera fuera de peligro de pecar, estaría en la ilusión, por más sublimes que fueran las gracias que recibiera; que se acuerde de lo que dice el Apóstol: “Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre; no sea que, habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado” (1 Cor 9,27).

Que recuerde también estas palabras del Discípulo Amado: “Si decimos que no tenemos pecado, hacemos a Dios mentiroso y su palabra no está en nosotros” (1ª Jn 1,10).

¹⁶⁸ Sobre el “temor lleno de amor y de confianza” o el temor de la esposa ver la INTRODUCCIÓN.

CAPÍTULO XLI

REFLEXIONES SOBRE LO QUE SE HA DICHO¹⁶⁹

El Espíritu de Dios se muestra a nosotros bajo una infinidad de formas diferentes. Las maneras como conduce en la oración a las almas que se abandonan a Él, se multiplican y varían al infinito. Tal vez no haya dos almas a quienes conduzca de la misma manera. No es nada extraño que se encuentren pocas semejanzas en sí mismo y lo que se ha dicho de la oración.

Lo que hay que notar, obre todo, son las ilusiones que se deben evitar, y que casi siempre son las mismas, porque todos los humanos tienen más o menos las mismas pasiones, sobre las cuales el enemigo de la salvación funda la esperanza de engañarlos y de seducirlos.

En segundo lugar, hay que fijarse en las indicaciones que llevan al desprendimiento de nosotros mismos y a la práctica de las virtudes recomendadas por el Sto. Evangelio, porque son esenciales a todos los cristianos, y es eso lo que los hace santos y agradables a Dios.

Se debe tener cuidado de no creerse santo porque se reciban más dones y porque se haya tenido parte en lo que hay de más elevado aun en la oración pasiva.

Hay que pensar,

PRIMERO: que aunque estas clases de oración no se dan generalmente, sino a las almas muertas a sí mismas, y que contribuyen maravillosamente a su santificación, no es, sin embargo, lo que hay de pasivo en ellas lo que constituye la santidad, puesto que eso no aumenta su mérito. Las almas no son santas sino por las virtudes que han practicado y por su correspondencia y cooperación a la gracia.

¹⁶⁹ Este capítulo recuerda y resume algunas directrices esparcidas en el tratado de las CONSIDERACIONES. Se refieren al soberano respeto de la libertad de acción del Espíritu Santo (ver la INTRODUCCIÓN), la gratuidad de las gracias pasivas, la santidad obra de “cooperación” entre Dios y el alma, que es independiente de las gracias pasivas, los fenómenos extraordinarios que pueden acompañar la oración pasiva, la conformidad con la voluntad de Dios en los grados de oración como en todo.

Estos consejos, muy prudentes, nacieron de la experiencia personal y de la dirección espiritual.

SEGUNDO: que el Espíritu Santo, por otros medios ocultos, puede elevar a las almas sencillas y puras a una santidad aún más perfecta.

TERCERO: que un alma que sin contemplación ¹⁷⁰ sea más humilde y caritativa que otra muy contemplativa, será también, sin duda, más santa y hermosa a los ojos de Dios.

CUARTO: que no debemos desear los más excelentes grados de oración, sino que debemos dedicarnos con la mayor perfección posible al que nos conviene más.

Este último consejo se refiere sobre todo a la oración pasiva extraordinaria; es decir, aquella en que Dios se comunica al alma de una manera que no entra en el curso ordinario de la gracia, aun con respecto a las almas que destina a una santidad más elevada.

Dios es dueño de sus dones; es preciso recibirlos cuando quiere hacérselos; pero no debemos desear estos de que hemos hablado, porque sin aumentar nuestra santidad, tienen más brillo que los otros que son interiores y ocultos; y si nos complacemos en este brillo, se volverán un obstáculo para nuestra perfección, y quizá aun para nuestra salvación.

¹⁷⁰ Aquí se trata de la contemplación pasiva, don puramente gratuito a Dios, como lo entienden los autores en los que se inspira Clorivière. En efecto, Dios tiene mil maneras de santificarnos.

CAPÍTULO XLII¹⁷¹

FAVORES QUE DISTINGUEN LA ORACIÓN PASIVA EXTRAORDINARIA

Los dones extraordinarios con que Dios favorece algunas veces a las almas en la oración pasiva, son las palabras interiores, las visiones, los éxtasis y arrobamientos y el matrimonio espiritual¹⁷².

Se hablará sucintamente de cada uno de ellos, a fin de no dejarse engañar por el espíritu de mentira, que se desliza más a menudo bajo la apariencia de estos dones, que de los anteriores, porque puede presentar al alma orgullosa una apariencia que la lisonjea más y que por lo mismo, es más propicia para seducirla.

¹⁷¹ Los caps. XLII a XLVI son en cierto modo un apéndice a las CONSIDERACIONES. El tratado de la oración propiamente dicha está prácticamente acabado. Lo que sigue se refiere solamente a algunos fenómenos extraordinarios que a veces acompañan a ciertos estados de oración, forman parte de ella sólo accidentalmente y necesitan un discernimiento más sutil. Después de haber enumerado los grados de la “contemplación extraordinaria” Lallemat había declarado: Esta división no expresa tanto la esencia de la contemplación como sus accidentes”.

¹⁷² Como se verá en el cap. XLVI, si el matrimonio espiritual está colocado aquí entre los dones extraordinarios del estado pasivo, es únicamente debido a ciertos fenómenos excepcionales y accidentales que pueden acompañarlo. Ya en el cap. XL el matrimonio espiritual se ha presentado como un estado de unión estable y perfecta que Dios concede a las almas que la gracia ha preparado para ello, sin ningún mérito por su parte.

CAPÍTULO XLIII

DE LAS PALABRAS INTERIORES¹⁷³

Las palabras interiores de que se trata aquí, son enteramente diferentes de esas luces e inspiraciones por las cuales Dios se digna manifestarnos su Stma. Voluntad y nos impulsa a las obras de mayor perfección.

No hay alma a la que Dios no hable más o menos de esta manera, y nuestro adelanto en la virtud depende de nuestra fidelidad para poner en práctica lo que quiere de nosotros.

Por “palabras interiores” entendemos una gracia que no es tan general. Son palabras verdaderamente claras que el alma oye dentro de sí misma, sea para consolarla, sea para fortalecerla y animarla en la virtud, sea para revelar algo que ignora, o con algún otro fin útil.

Este favor no deja de tener sus peligros, porque el espíritu de malicia podría imitar algo y engañar a los que no conozcan bastante sus artificios.

Puede suceder también, y es aun la ilusión más ordinaria, que se tome por palabras interiores o razonamientos que proceden de nuestra imaginación¹⁷⁴, pero hay tanta diferencia entre las palabras interiores que tienen a Dios por autor y las que proceden del demonio o de nuestra imaginación, que las almas que están acostumbradas a oír las primeras no serán fácilmente engañadas.

Las marcas distintivas¹⁷⁵ de las palabras de Dios, son la eficacia y la claridad que las acompaña; la manera súbita como se presentan al alma; la paz celestial que le hacen gustar y la impresión viva y estable que hacen de ella.

¹⁷³ El conjunto de este capítulo sobre el discernimiento de las palabras interiores, cuya sustancia se extrae de los escritos de Sta. Teresa (VIDA, cap. 25; CASTILLO INTERIOR, moradas sextas, cap. 3) se expone con gran prudencia y sabiduría sobrenaturales.

¹⁷⁴ Esta “ilusión más ordinaria” se encuentra en todo momento. Cuántas veces ocurre que se toma las propias reflexiones o lo que se dice uno mismo interiormente por palabras del Señor, y para colmo se publican como tales, con el riesgo de abusar de los espíritus sin defensa o crédulos. Sólo se puede levantarse con vigor contra los que cometen o dejan cometer esa clase de supercherías religiosas.

¹⁷⁵ El discernimiento del origen de las palabras interiores -Dios, demonio o imaginación- se expone aquí claramente, con prudencia y seguridad. El autor, por otra parte, se une a la doctrina tradicional

Cuando Dios hace oír una de estas palabras al alma, siente que es el Señor que obra en ella todo lo que quiere¹⁷⁶. Si está agitada de las más vivas inquietudes o sumida en el más amargo dolor, tan luego como Dios dice: “Soy Yo, no temas”¹⁷⁷, todos sus temores, todas sus penas, se disipan instantáneamente. La más perfecta calma sucede a la tempestad más violenta.

Si el Señor le ordena que se despoje de ciertas imperfecciones y que se dé a ciertos puntos de una sublime santidad, aunque tal vez hubiera combatido largo tiempo para vencer esos defectos o adquirir esas virtudes, se ve de repente libre de unos y enriquecida con las otras. Así fue como Pedro, después de haber trabajado toda la noche, vio de un golpe sus redes llenas de pescados, bajo la palabra del Señor¹⁷⁸.

No se siente el alma embarazada con dudas sobre lo que Dios le ha dicho; no se necesita una actuación especial para oírlo; estas palabras son proferidas con tanta claridad, tan distintamente, que no es posible que ninguna se escape¹⁷⁹. Aunque el alma estuviera ocupada de alguna otra cosa, aunque quisiera distraerse, no podría perder ni una sola.

Estas palabras llegan acompañadas de dulzura y suavidad, penetran hasta el fondo del alma y la dejan completamente llena de Dios, con el más ardiente deseo de agradarle y los más bajos sentimientos de sí misma; en fin, quedan tan fuertemente impresa que no se borran en mucho tiempo, y algunas

de los maestros espirituales, tales como San Ignacio de Loyola en sus EJERCICIOS ESPIRITUALES (Reglas de discernimiento de espíritus, núms. 328-336) y Sta. Teresa (VIDA, cap. 25).

¹⁷⁶ Alusión probable a los carismas de 1 Cor 12,6: “Es el mismo Dios que actúa en todos” (Cf 12,11; Ef 3,20) y en Fil 2,13: “dios esta ahí y opera en vosotros el querer y la operación misma”.

¹⁷⁷ Alusión a la palabra de Jesús a los apóstoles cuando los alcanzó caminando sobre la aguas, Mt 14,27. Y Sta. Teresa: “Pero aquí estoy con estas únicas palabras (las palabras interiores pronunciadas por el Señor) en calma, con fortaleza, calor, seguridad, quietud y luz; pues en un instante vi a mi alma completamente cambiada” (VIDA, cap. 25).

¹⁷⁸ Episodio contado en Jn 21,3-6. Santa Teresa dice también: “Sus palabras son verdaderamente obras” (ibídem); realizan lo que expresan. La santa aduce entonces la escena de la tempestad calmada.

¹⁷⁹ Las palabras interiores no son pronunciadas exteriormente como en un diálogo entre varios interlocutores; los oídos no las oyen. Dios las pronuncia en nosotros sin ruido de palabras; lo que comprendemos es claro y lo formulamos “clara y distintamente”. Sin embargo, esta formulación es la nuestra, pero traduce tan exactamente lo que hemos “percibido” que creeríamos que se nos han sido dictadas y que las hemos “oído” con nuestros oídos. Por otra parte quedan grabadas, “impresas” -son las mismas palabras de Santa Teresa- en nosotros “sin borrarse en mucho tiempo y algunas veces nunca”.

veces jamás, sobre todo si anuncian algún acontecimiento futuro. Se conserva constantemente su recuerdo con una dulce confianza de ver llegar el día lo que se nos ha predicho, y si las palabras son de Dios, no pueden dejar de suceder.¹⁸⁰

Las palabras que el demonio formula, pueden tener algunos de los rasgos que se acaban de decir, pero no todos. Pueden ser claras y súbitas, pero jamás serán eficaces para el bien; jamás producirán la paz ni la humildad.¹⁸¹

En cuanto a las que vienen de la imaginación se van formando sucesivamente; son dudosas, inexactas, y no producen efectos sino débiles y pasajeros.

Las personas que quieren obrar con prudencia en las cosas de Dios, no se persuaden ligeramente de que son favorecidas de palabras interiores. Vale más empezar siempre por resistir. Si es un artificio del demonio esta resistencia lo hará huir; si es una ilusión de la imaginación se disipará o por lo menos no será peligrosa; si es el espíritu de Dios el que obra, esta resistencia no hará más que fortalecer su operación.

Cuando estas palabras atacan la fe o algún punto de perfección, es indudable que no viene de un buen principio y hay que rechazarlas con horror.

Pero aún cuando está uno seguro, por las señales dadas, de que son de Dios, no hay que seguir las ni descansar en ellas sin haber pedido consejo al que nos dice sea evidentemente bueno y dentro del orden común. Por lo demás, tanto esta gracia como todas las extraordinarias, hay que declararlas al ministro del Señor, con la sencillez de un niño.

¹⁸⁰ Clorivière habla con experiencia. El consignó en su diario espiritual algunas de las palabras interiores pronunciadas por Ntro. Señor que nunca se borraron de su memoria y de su corazón y algunas de las cuales eran proféticas: por ej. a propósito de la recuperación del libre uso de la palabra (6 y 7 de junio de 1766 NOTES INTIMES, tomo I, p. 178 y 188; 21 junio de 1771. Tomo II, p. 53) de los atractivos que caracterizan su vida espiritual (9 de junio de 1768, ibidem tomo I, p. 278), de la fundación de sus Sociedades (19 julio de 1790, ib., p. 77).)

¹⁸¹ Tales son los signos de la acción del buen espíritu según los EJERCICIOS ESPIRITUALES de S. Ignacio (núms. 329-335).

CAPÍTULO XLIV

DE LAS VISIONES

Las visiones pueden ser corporales, imaginarias e intelectuales. Las primeras son las que más se prestan para las ilusiones del demonio, porque son las inferiores y le es más fácil imitarlas e imponerlas a los sentidos, a causa del poder que le da sobre ellos y sobre los objetos exteriores, su naturaleza espiritual.

Por eso la prudencia pide desconfiar siempre de esta clase de visiones y rechazarlas tanto cuanto podamos. Si son de Dios no podremos evitarlas y se conocerá por los saludables efectos que producirán en nosotros.

Las visiones imaginativas¹⁸² se llaman así porque se forman en la imaginación, aunque esta potencia no contribuye en nada a su formación, si no es proveyendo las especies con que se forman las imágenes que se nos muestran; también se llaman así porque esta potencia es fortalecida y elevada sobrenaturalmente para ver fuera de ella misma los objetos que Dios quiere mostrarle, cuando el objeto de la visión está formado de especies, aunque tal vez no podría formarse una imagen tan perfecta como la de la presente visión.

¹⁸² El teólogo P. Bainvel explica muy bien la terminología de Clorivière; tomamos de él lo esencial de sus nociones escolásticas:

1º VISION IMAGINARIA O IMAGINATIVA. La palabra "imaginaria" no significa aquí un simple efecto de la imaginación, sino una imagen producida en la imaginación por una acción divina o angélica.

2º La palabra ESPECIES equivale a elementos cuando una visión imaginaria procede de Dios o de los ángeles, los elementos de la imagen o de la visión pueden ser proporcionados por la misma imaginación; Dios o los ángeles utilizan entonces los datos de la imaginación para producir esta imagen o esta visión.

3º Hay tres clases de visiones imaginarias: una donde la imaginación suministra los elementos o especies; la 2ª en la que esos elementos son suministrados a la imaginación o a los sentidos interiores (vista, olfato, etc.) desde el exterior; la 3ª donde la imaginación es elevada por Dios "para ver fuera de ella lo que Dios quiere enseñarle".

4º En consecuencia Clorivière da el juicio siguiente sobre esas clases de visiones. En el primer caso todo puede proceder del sujeto o por el demonio. En el segundo caso "no parece tan fácil" la ilusión, pero el sujeto podría equivocarse sobre la naturaleza o el origen de esas visiones y confundir la una con la otra. En el tercer caso sólo actúa Dios.

Parece que Clorivière fue favorecido sobre todo con visiones intelectuales. (NOTES INTIMES, tomo I, pp. 278-79; tomo II, pp. 53, 65).

Cuando el objeto de la visión es tal que no admite ninguna comparación ni semejanza con lo que puede caer naturalmente bajo el dominio de la imaginación y que, sin embargo, la visión pasa dentro de nosotros, como por ejemplo: si Ntro. Señor se nos muestra interiormente con una gloria y belleza superior a todo lo que pueda imaginarse naturalmente, sería manifiesto que en este caso nuestra imaginación no podría proporcionar las especies necesarias para semejante visión.

En fin, si nuestra alma sale en cierta manera de sí misma para ver los objetos y las imágenes que Dios quiere manifestarle, como por ejemplo: la asamblea de los santos y la gloria que rodea sus cuerpos; esta visión será imaginaria, aunque no pase en el alma y que la potencia imaginativa no pueda proporcionar las especies.

De estas tres clases de visiones imaginativas, la primera está más propensa a ilusión, porque el demonio puede obrar sobre la fantasía, formando en ella imágenes con las especies que allí encuentra; mientras que con las otras dos clases de visiones es más difícil que se entrometa, y aun es imposible si las visiones viene acompañadas de circunstancias completamente sobrenaturales y divinas, como sucede cuando son de Dios.

La visión intelectual se opera en el entendimiento sin la intervención de los sentidos ni de ninguna imagen sensible. Ahora bien, como el demonio no puede obrar así sobre el espíritu puro¹⁸³ de ahí viene que esta clase de visiones está enteramente al abrigo de sus ilusiones.

Es un conocimiento claro, experimental, que Dios imprime en el fondo del alma, de una cosa que le quiere descubrir, sea una verdad de fe que le hace entender y ver de una manera completamente espiritual, pero más evidente que cuando se ven los objetos sensibles con los ojos del cuerpo; sea un favor sobrenatural con el cual quiere premiarla, como sería tener cerca de sí o en el corazón, a la Stma. Humanidad de Ntro. Señor Jesucristo. Entonces el alma ve intelectualmente y de una manera que no le deja la menor duda que está en compañía de Ntro. Señor¹⁸⁴; y esta vista produce en ella grandes efectos de santidad. Esta clase de visiones precede generalmente a las imaginativas y no es raro que Dios favorezca con ellas a las almas que quiere elevar a una alta

¹⁸³ No se trata de ángeles, sino de la inteligencia humana, distinta de la imaginación y la sensibilidad.

¹⁸⁴ Clorivière piensa aquí, sin duda, en sus visiones intelectuales de Nuestro Señor. En todo caso se encuentra la misma doctrina en Sta. Teresa (CASTILLO INTERIOR moradas sextas, cap. 7).

contemplación, aunque no las conduzca por la vía de los otros dones extraordinarios.

Las otras vías son siempre muy cortas; son como relámpago que toca fuerte y súbitamente, pero que pasa en seguida; aunque dejando después en el alma las más vivas impresiones; mientras que ésta dura generalmente un tiempo muy considerable, algunas veces aun años.¹⁸⁵

Las otras visiones son precedidas por éxtasis o los producen. Pero ésta deja al alma la libertad de gozar de sus potencias y de obrar al exterior de una manera muy perfecta¹⁸⁶. Cualquiera que sea no está permitido jamás desear estas visiones; primero, porque sería falta de humildad y de fe. Segundo, porque sería una prueba de estar en ilusión o en peligro de caer en ella. Tercero, porque habría temeridad o presunción de querer por sí mismo el camino por el cual debe ir Dios. Cuarto, porque no son estos favores los que nos hacen más agradables a Dios y merecen más gloria.

¹⁸⁵ La impresión que dejan esas visiones es tan fuerte que puede durar muchísimo tiempo.

¹⁸⁶ Los más grandes contemplativos están muy asombrados de su libertad exterior y de la perfección de su actividad en medio de los estados extáticos. La ursulina María de la Encarnación escribía: "Cuanto más nos acercamos a Dios más claros se ven los asuntos temporales y ayudados con esa antorcha se realizan mucho más perfectamente (Carta del 3-9-1645).

CAPÍTULO XLV

DE LOS ÉXTASIS Y RAPOTOS

Los éxtasis y raptos son favores que tienen muchos puntos de contacto, porque en ambos queda suspendido el uso de los sentidos, y el cuerpo queda como muerto; sin embargo, hay diferencia en cuanto a la manera como se producen.

En el éxtasis el alma sufre una especie de fallecimiento, causada por el exceso de placer que le hace sentir la presencia del Amado, por la admiración en que la ponen las bellezas que le descubre. Retirada entonces dentro de sí misma, para entregarse a las comunicaciones del Divino Esposo que la atrae, no tiene ya bastante fuerza para animar los sentidos exteriores; los ojos ya no ven nada; los pies y manos quedan sin vigor.

En el rapto sucede lo mismo, pero más súbitamente.

El Señor muestra en ellos el dominio absoluto que tiene sobre el alma; cuando ésta menos piensa se siente arrebatada, transportada sobre sí misma, como si se separase del cuerpo, sin que sepa qué va a ser de ella. Algunas veces la misma acción del Señor levanta el cuerpo de la tierra y lo tiene suspendido en el aire, aun antes de que haya podido oponer resistencia¹⁸⁷.

En estos dos favores el alma recibe siempre grandes conocimientos. Si no se le muestra entonces nada de maravilloso y divino; si no se produce en ella algún efecto de alta santidad, estos favores serán muy sospechosos. Habría lugar a creer que no son sino desfallecimientos de la naturaleza o peligrosas ilusiones del maligno espíritu.

En el primer caso es preciso, por lo menos dentro de algún tiempo, retirar al alma de una oración de que abusa, y dar al cuerpo los alimentos que necesita.

¹⁸⁷ Es el fenómeno de la levitación.

En el segundo es preciso por grandes humillaciones y penitencias hacer huir al espíritu de soberbia y vanidad.¹⁸⁸

Cuando los éxtasis y raptos son de Dios el alma recibe en ellos tal conocimiento de su nada, que apenas puede soportarse a sí misma. Todos los honores y placeres de la tierra no pueden contentarla; quisiera vivir olvidada y escondida, para no dedicarse más que a Dios solo; las menores ofensas que se dirigen contra Dios, la penetran del más vivo dolor; su amor a Jesucristo y el deseo que tiene de poseerlo, le hacen la vida insoportable y no tiene ningún descanso.

Efectos tan divinos muestran evidentemente que Dios es el autor de estos favores.

¹⁸⁸ “El espíritu maligno, para hacer el mono, -explica S. Francisco de Sales- engañar a las almas, escandalizar a los débiles y transformarse en ángel de luz, realiza raptos en algunas almas poco instruidas en la verdadera piedad”. Como mejor se reconoce el origen de estos fenómenos es en los efectos profundos y duraderos, en “el éxtasis de la vida” para seguir hablando como el obispo de Ginebra. Ver los EJ. ESPIRITUALES DE S. Ignacio, n° 331.

Recordemos el buen humor de Sta. Teresa de Ávila: “Había una persona que se quedaba en este estado ocho horas sin que fuera privada de sentir y también sin que sintiera a Dios, pero haciéndola dormir y comer y quitándole las penitencias indiscretas, se le curó este mal” (CASTILLO INTERIOR, moradas cuartas, cap. 3).

CAPÍTULO XLVI

DEL DESPONSORIO ESPIRITUAL¹⁸⁹

Cuando el alma ha sido purificada por un gran número de pruebas; cuando ya no vive más que para Jesucristo, a menudo desaparecen todos los favores que hemos mencionado, o más bien se cambian por otros más ocultos pero más preciosos y excelentes.

Es conducida por un camino más desprendido de los sentidos y más espiritual. Es el mismo estado que se describió en el último grado de oración, y se llama **Matrimonio Espiritual**, porque es mucho más estable que los otros y el alma siempre encuentra a Dios en el fondo de sí misma, de una manera completamente inefable.

En el estado extático el alma es introducida al matrimonio espiritual por una visión intelectual de las tres Personas de la Stma. Trinidad; y lo que la fe nos enseña de este gran misterio, es descubierto al espíritu de una manera muy clara, pero no intuitivamente como en el cielo. Desde este momento goza de la sociedad de las tres Divinas Personas siempre que entra en sí misma; pero no con su vista intelectual, sino con ella. Su estado de luz y de paz, en el que se le manifiestan grandes secretos y lo que puede contribuir más a su adelanto en la perfección y al adelanto de los demás.

Algunas veces Ntro. Señor apareciéndose al alma radiante de gloria en una visión imaginaria, pero muy sublime, la decora con la gloriosa cualidad de Esposa, y bajo sombras misteriosas, prendas de su amor especial, se une a ella un intercambio de intereses. El alma ya no vive para sí misma; es el Espíritu de Jesucristo quien la anima y vive en ella. Jesucristo le comunica sus sentimientos y para hacerla más semejante a sí mismo, exteriormente le participa de sus

¹⁸⁹ Este capítulo forma un cuerpo con el XL. Lo dice expresamente el primer párrafo. Sin embargo, han sido separados debido a los fenómenos que pueden acompañar al matrimonio espiritual; se describen aquí, después de los caps. XLII a XLV dedicados a los favores extraordinarios encontrados en la oración pasiva. Efectivamente, la visión intelectual de Nuestro Señor no acompaña al alma todo el tiempo que dura el estado de matrimonio espiritual. En cambio en este permanecen el gozo por la compañía de las Tres Personas, la participación en la vida, en los ministerios, en los sufrimientos y en el Espíritu de Cristo, que son propios del matrimonio espiritual. Ver las *Moradas séptimas del CASTILLO INTERIOR* de Sta. Teresa. Conviene leer este capítulo teniendo en cuenta estas distinciones.

penas y sufrimientos. La vida, tanto interior como exterior de esta alma, tiene las relaciones más íntimas con la de su Divino Maestro. A ejemplo suyo, no se ocupa más que de hacer la voluntad del Padre Celestial (Jn 4, 3-4); allí está su alimento y lo que la sostienen en su destierro, que sin esto sería insoportable para ella. Su único temor es alejarse de Él en la menor cosa, y este temor la hace más vigilante que nunca (y más circunspecta para no condescender en nada con su amor propio que sabe no está bien muerto y hacer a Dios todos los sacrificios que puedan agradarle y que su amor pueda exigir).

Sería imposible decir con cuántas gracias recompensa Dios esta fidelidad.

TEXTOS DE LA SAGRADA ESCRITURA QUE SE REFIEREN A LA ORACIÓN O QUE SE PUEDEN APLICAR A ESTE SANTO EJERCICIO

“Dios es espíritu y la misma verdad; y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y verdad deben adorarlo”. (Jn 4,24)

“Cuando hubieres de orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre; y tu Padre, que ve lo más secreto, te premiará”. (Mt 4,6)

“Sentí que se inflamaba mi corazón; y en mi meditación se encendían llamas de fuego”. (Sal 38,4)

“Vuestra ley es el objeto de mi meditación”. (Sal 118)

“Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, como quien está a mi diestra para sostenerme”. (Sal 15,8)

“Como los ojos de los siervos están siempre mirando las manos de sus amos; como la esclava tiene fijos sus ojos en las manos de su señora; así nuestras ojos están clavados en el Señor Dios nuestro, para moverle a que se apiade de nosotros”. (Sal 122,2)

“Introdújome el rey en su gabinete. Saltaremos de contento y nos regocijaremos en ti, conservando la memoria de tus castos amores, superiores a las delicias del vino”. (Cant 1,3)

“El que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré, y yo mismo me manifestaré a él. Cualquiera que me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión en él”. (Jn 14, 21 y 23)

“Quien está unido al Señor, es con él un mismo espíritu”. (Cor 6,17)

“Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. (Col 3,3)

“Yo vivo ahora, o más bien no soy yo el que vivo; sino que Cristo vive en mí”. (Gal 2,20)

LAUDETUR JESUS CHRISTUS.

ÍNDICE	PG.
NOTA ACLARATORIA	3
INTRODUCCIÓN	5
PREFACIO	33
PRIMERA PARTE. LA ORACIÓN	39
I. Naturaleza y excelencia de la oración	41
II. Necesidad de la oración	43
III. Ventajas de la oración	44
IV. Sentimientos de estimación y afecto que hay que tener oración	46
V. De la oración común	47
VI. De la oración continua	48
VII. Por quiénes y por qué fines hay que orar	50
VIII. Lo que hay que pedir y cómo pedirlo	51
IX. De la preparación remota de la oración	52
X. De la preparación próxima	55
XI. Características de la oración	56
XII. Del cuidado que se ha de tener para combatir las tentaciones contra la oración	62
XIII. Las Distracciones	63
XIV. Hay que pedir a menudo a Dios el espíritu de Oración	65
SEGUNDA PARTE	67
I. Estima que han tenido los santos de la oración mental	69
II. No hay quien no pueda hacer Oración	71
III. El ejercicio de la oración no es una cosa tan difícil como se imaginan los hombres del siglo	73
IV. Dificultades que se encuentran en el ejercicio de la oración	76
V. Ilusiones en la que se puede caer en el ejercicio de la oración	77
VI. La oración debe ser práctica	79
VII. De los diferentes grados de oración	82
VIII. Generalmente hay que aplicarse primero a la meditación	84
IX. En qué consiste la meditación	86
X. Del asunto de la meditación	88
XI. Del cuerpo de la oración	90
XII. Hay que poner cuidado en hacer práctica la meditación	91
XIII. De las resoluciones que hay que tomar en el curso y sobre todo al final de la meditación	93

XIV. Del coloquio	95
XV. Que no hay que hacerse demasiada violencia en la meditación	96
XVI. Es preciso vencer con ánimo las dificultades que se encuentran en la meditación	98
XVII. Fruto que se saca de la meditación	99
XVIII. Cómo hay que portarse en la meditación cuando se está en aridez	101 103
XIX. Cuando hay que dejar poco a poco el uso de la meditación para pasar a otro grado de oración	
XX. Práctica de la oración afectiva	105
XXI. Efectos que esta oración produce en el alma generosa	107
XXII. Faltas que se pueden cometer en este estado, y medios que hay que tomar para precaverse de ellos.	108
XXIII. Combates que a menudo el alma tiene que someter en este grado de oración y cómo debe portarse	110
XXIV. Marcas por las cuales puede conocerse si hay que pasar a la oración de recogimiento	112
XXV. Práctica de la oración de recogimiento o de simple mirada	113
XXVI. Virtudes que se practican en esta oración	116
XXVII. Que es preciso seguir con libertad de alma y con suavidad, los buenos pensamientos que se presentan al espíritu durante la oración	117
XXVIII. Distinción entre el verdadero recogimiento y la inacción natural en la cual es fácil caer	118
XXIX. Grandes bienes que proporciona la verdadera oración de recogimiento	121
XXX. Virtudes que deben acompañar a esta oración y peligros que hay que evitar con cuidado	123
XXXI. Reglamento formulado por Bossuet para las almas que se hallan en este grado de Oración	125
XXXII. Que no hay que desear la oración pasiva	130
XXXIII. De la oración de quietud	132
XXXIV. De las diversas formas de oración	135
XXXV. Efectos de la oración de quietud	138
XXXVI. Peligrosos lazos que el demonio tiende al alma en este grado de oración	140
XXXVII. Pruebas por las que el alma pasa generalmente en la oración de quietud	143
XXXVIII. De la oración de unión	146

XXXIX. Grandes pruebas que sufre el alma en este estado	150
XL. Estado de unión más estable y perfecto	155
XLI. Reflexiones sobre lo que se ha dicho	158
XLII. Favores que distinguen la oración pasiva extraordinaria	160
XLIII. De las palabras anteriores	161
XLIV. De las visiones	164
XLV. De los éxtasis y raptos	167
XLVI. Del desponsorio espiritual	171
